

BELOT

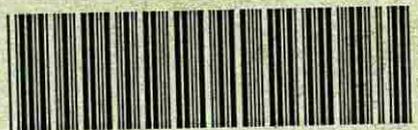
LA

CULEBRA

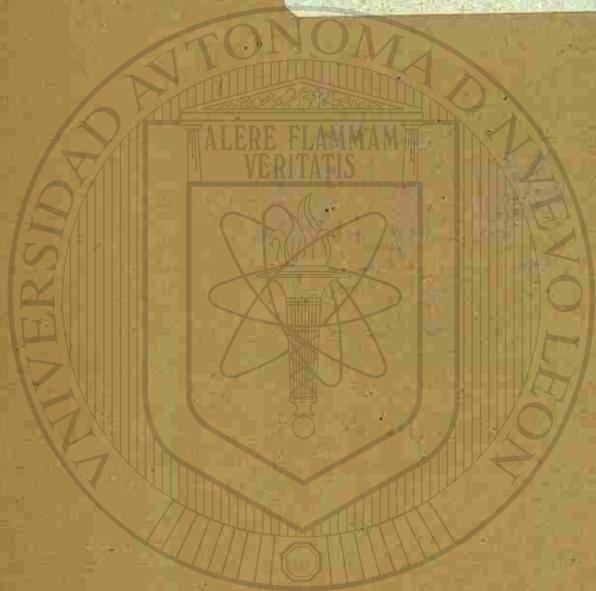
P02193

.B7

C88



1020026083

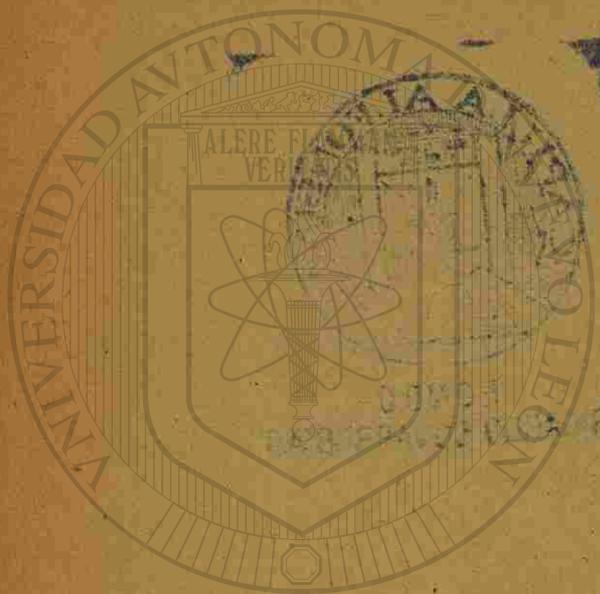


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA CULEBRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. _____
Núm. Auto. NOB 4522
Núm. Agg. 29770
Procedencia -8-
Precio ECAS
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó [Signature]

098152

LIBRERÍA
DE
EL COSMOS EDITORIAL.

OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE LA CASA Y SE HALLAN DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS.

Jullio Simon.—*Dios, Patria y libertad*: un tomo, 5 pesetas.
Edouard Delplé.—*Las represalias de la vida*: un tomo, 2,50.
Ulrich.—*El Suplicio de un padre ó la confesión de un sacerdote*: un tomo, 2,50.
Emery.—*El Principio de Moria*: un tomo, 2,50.
X*.**—*Al lado de la dicha*: un tomo, 2,50.
Henri Rivière.—*El Combate de la vida*.—Tres tomos.
 1.ª parte.—*La juventud de un desesperado*: un tomo, 2,50.
 2.ª id.—*El Coronel de Brestac*: un tomo, 2,50.
 3.ª id.—*Las Fatalidades*: un tomo, 2,50.
Edmond.—*La Leñadora*: un tomo, 2,50.
Cubas.—*El Angel del presidio*: un tomo, 1,50.
Cubas.—*La Mortaja de Timosa*: un tomo, 1,50.
Ortega Munilla.—*Orgia de hambre*: un tomo, 2,50.
Zaccane.—*Los dramas de la Bolsa*: un tomo, 2,50.
Gautier.—*Fortunio y La Muerta enamorada*: un tomo, 2,50.
Vasciano.—*Invier Malo*: un tomo, 2,50.
Bouvier.—*Las Borgoñas del día*: dos tomos, 5.
Arsène Houssaye.—*La Comedianta*: un tomo, 2,50.
Jorge Ohnet.—*Lise Fleuron*: un tomo, 2,50.
Cuentos escogidos de varios autores: un tomo, 2,50.
Cañizo.—*Justicia y Providencia*: un tomo, 2,50.

Barbey d'Aureville.—*Lo que no muere*: un tomo, 2,50.
Cubas.—*El Panal de miel*: un tomo, 2,50.
Arambllet.—*Agnes* (narración del día): un tomo, 1 peseta.
J. de La Cerda.—*La Tela de Araña*: un tomo, 1 peseta.
Diekens.—*Días penosos*: un tomo, 2,50.
Fortunio.—*La Virgen de Belém*: un tomo, 2,50.
J. de La Cerda.—*El gran problema*: un tomo, 2,50.
Solís Eguitaz.—*En el quinto cielo*: un tomo, 2,50.
Eca de Queiros.—*El Primo Bastiño*: dos tomos, 5 pesetas.
Mahatín.—*La Bella Horehatera*: dos tomos, 5 pesetas.
 1.ª parte.—*La Víctima inocente*.
 2.ª parte.—*El Castigo del culpable*.
Trueba.—*El Gabán y la Chaqueta*: dos tomos, 5 pesetas.
Enault.—*Gabriela de Celestange*: un tomo, 2,50.
E. Zola.—*Germinal*: dos tomos, 6 pesetas.
Jorge Ohnet.—*El Gran Margal*: 2.ª edición; un tomo, 3 pesetas.
Ossorio y Bernard.—*Romanes de ciego*: un tomo, 1 peseta.
Galería de desgraçados, por varios escritores y escritoras: un tomo, 1 peseta.
Ossorio y Bernard.—*Cuadros de género trazados á pluma*: un tomo, 2 pesetas.
Ossorio y Bernard.—*Viaje crítico alrededor de la Puerta del Sol*: un tomo, 2 pesetas.

BIBLIOTECA DE «EL COSMOS EDITORIAL»

LA CULEBRA

(CONTINUACIÓN DE «LOCA DE AMOR»)

POR

ADOLFO BELOT

RICARDO COVARRUBIAS
VERSIÓN CASTELLANA

DE

JUAN J. DE LA CERDA

SEGUNDA EDICIÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 A. A. U.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO RUIZ"
 Año. 1925 MONTERREY, MEX.

MADRID
 EL COSMOS EDITORIAL
 Monterrey, núm. 24

1887

meter
 su parentesco
 jamás existido.

098152

B.

PQ2193
BA
88



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

*Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.*

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Jorge...
tomo, 2,
Cuentos es...
autores: un tomo, 2,5.
Cañizo.— *Justicia y P...*
un tomo, 2,50.

Imp. de A. Pérez: Flor Baja, núm. 22.

LA CULEBRA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Lucía Fontaine recibió en Nantes la carta en que su hermano la aconsejaba que volviese á París, y no dudó en atenderle, porque á su vez estaba convencida de la inutilidad de sus pesquisas. El Moreau en cuestión no se parecía físicamente á Pedro, y en punto á condiciones de criminal, fuera de cierta irregularidad en su vida, punible pero no infame, seguramente estaba muy lejos de ser hombre capaz de cometer un asesinato. En cuanto á su parentesco con Laura Vivian, no había jamás existido.

098152

B.

PQ2193
BA
88



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Jorge
tomo, 2,

Cuentos es.
autores: un tomo, 2,5.

Cañizo.— *Justicia y P...*
un tomo, 2,50. Imp. de A. Pérez: Flor Baja, núm. 22.

LA CULEBRA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I.

Lucía Fontaine recibió en Nantes la carta en que su hermano la aconsejaba que volviese á París, y no dudó en atenderle, porque á su vez estaba convencida de la inutilidad de sus pesquisas. El Moreau en cuestión no se parecía físicamente á Pedro, y en punto á condiciones de criminal, fuera de cierta irregularidad en su vida, punible pero no infame, seguramente estaba muy lejos de ser hombre capaz de cometer un asesinato. En cuanto á su parentesco con Laura Vivian, no había jamás existido.

Y, por último, después de bien averiguado todo, resultaba que el sospechoso Moreau estaba en su casa, y no en París, la noche en que tuvo lugar el crimen que á Pedro le imputaban.

Á su regreso á París, el primer cuidado de Lucía, al saber que su amigo estaba ya en comunicación, fué encarecer á Jorge su deseo de verle.

— ¡Cómo! (la dijo su hermano). ¿Prendes penetrar en una cárcel?

— Sin duda. ¿No es el puesto de las mujeres aquel en donde sufre un infeliz? Y, además, ¿Pedro no es mi hermano?

— Para el mundo no.

— ¿Piensas en él cuando se trata?... ¡Ah! La duquesa de Limours puede temer su juicio.... Mas yo, que no opino como ella, desafío las censuras de la sociedad cuando mi conciencia está tranquila.

— Pero ¿te permitirán ver á nuestro amigo?— se apresuró á preguntar Jorge, para impedir que continuase hablando de Diana.

— ¿Por qué no si tú lo pides? Estando el preso en comunicación ya...., puede recibir á sus amigos...

— No, perdona, Lucía. Puede ver á sus parientes y á su defensor. La comunicación con un preso cuya causa está en sumario no creas tú que es tan lata....

— Pero tú has estado en Mazas, ¿no?

— Por favor especial.

— Pídelo de nuevo para mí....

— ¿Al Juez de instrucción? Estamos en malas relaciones.

— Eso no debe ser cosa del Juez; él ya cumplió su cometido. Dirígete á la prefectura de policía, explica las razones en que se funda tu petición, di los lazos íntimos que nos unen con Pedro, nuestro fraternal cariño y nuestra gratitud, y verás si te conceden ó no el permiso pretendido.

— Bueno. Probaré; pero.... ¿cuándo quieres ir á Mazas?

— Lo antes posible; hoy mismo. ¿Qué te impide?....

— Nada,— repuso Jorge con viveza, temeroso de que Lucía sospechara su propósito de ir á ver á Diana.

Se trasladó á la prefectura de policía, fué admirablemente recibido, y obtuvo en el acto el pase que deseaba. Apenas volvió á su casa y la joven vió en sus

hermanos para que entraran en sus habitaciones particulares.

— Deseo evitarles á Vds. el disgusto de penetrar en el recinto de la cárcel. En vez de hacer que les conduzcan al locutorio, voy á mandar que traigan aquí al señor de Morlain. Únicamente les ruego que tengan en cuenta la responsabilidad en que incurriría si, aprovechando mi deseo de complacer á Vds., infringiesen el reglamento de la casa, dando al preso algún objeto, como cartas, etc., prohibidos por la ley....

— Puede V. estar tranquilo, caballero (dijo Fontaine). En nombre de mi hermana y mío, me comprometo, bajo palabra de honor, á no hacer nada que pueda perjudicarle, y por ella y por mí le doy mil gracias por la bondad con que nos distingue.

El Director se retiró, y los dos hermanos quedaron esperando ansiosos la llegada de Pedro. Lucía olvidaba el triste lugar en que se hallaban, pensando que iba á ver á su amigo más querido. Jorge trataba en vano de dominar su inquietud, y, á su pesar, sintió rubor en el rostro y vergüenza en el corazón.

Por fin se abrió la puerta, y apareció Morlain.

Lucía se le abalanzó sin poder contenerse, y le abrazó con entusiasmo:

— Pero ¿eres tú, mi querida Lucía?—exclamó Pedro.

Y luego, dirigiéndose á Jorge, prosiguió:

— Y tú, amigo mío, ¿qué haces que no me abrazas?

Fontaine se acercó, procurando aparecer sereno. Pero su mano temblaba al estrechar aquella que tan noblemente le tendían, y sintió en las venas como si hielo en vez de sangre corriese por ellas.

— Por fin estamos reunidos como en otros tiempos (exclamó Pedro, tratando de que su acento fuera jovial). Tan lujoso me parece este gabinete comparado con mi celda y el locutorio, que me figuro estar en vuestra casa ó en la mía. ¡Eso de no ver reja en la ventana me parece tan raro!

— No te esfuerces por manifestarte alegre, hermano (le replicó Lucía, enjugándose una lágrima). Ese esfuerzo te hace daño, y es peor que tu natural tristeza. Desahoga tu corazón. Venimos á compartir tus dolo-

res en lo que pueda ser, y no á mortificarte exigiendo que nos finjas lo que no sientes.

— ¡Gracias, gracias, Lucía! (dijo Pedro, estrechándola la mano con emoción). Dios os pague vuestra visita, que me hace mucho bien.... Porque no esperaba veros tan pronto.... Jorge me dijo que estabas en Nantes ocupándote de mí, de buscar á un desconocido asesino cuyo crimen me imputan....

— Es verdad. Hubo un momento en que creí poder salvarte sin más que mi propio esfuerzo. Pero pronto se desvanecieron mis ilusiones, y ya no las tenía cuando llegó la carta de mi hermano llamándome.

— Te habías propuesto encontrar á un tal Moreau, que suponías era el matador de Laura Vivian: eso me dijo Jorge.

— Sí; pero no es ese.

— Ya lo sabía. En cuanto supe que vuestras sospechas eran debidas á Aurelia, perdí toda esperanza de que fueran fundadas.

— ¿Acaso crees?....

— Ni creo, ni sé nada, Lucía. Pero cuanto más recapacito sobre la conducta de esa muchacha, me extraña más. Recuerdo mil

pequeñeces, mil detalles á los que nunca di importancia.... ¿No te ha dicho Jorge lo que le conté sobre el hallazgo del botoncito de pechera?

— Sí, y me parece tan extraño como á tí. ¿Por qué niega que le encargaste buscarle pocos días antes de cometerse el asesinato?

— No lo niega. Es demasiado astuta para eso. Dice sólo que no lo recuerda. Y entre su declaración, que fortifica el criterio primitivo del Juez, ó la mía, contra la cual estaba mal dispuesto desde un principio, la justicia no vacila. Opta por aquélla.

— Pero esa prevención del Juez, ¿á qué se debe? — interrogó Jorge, obligado á intervenir en el diálogo.

— Y ¿qué sé yo? No puedo creer que se funde más que en mi conducta. Me rebelé contra él, contra su autoridad.... Pero ¿quién no hubiera hecho otro tanto? No era dueño de mí; la indignación me embargaba. Figuraos lo que me pasaría al verme acusado de un crimen tan horrible, siendo inocente. Luego ya recobré mi sangre fría, y entonces comprendí que la cólera sólo podía servir para perjudicarme.... Pero me

agobiaba á preguntas, á las cuales no podía responder, y tomé el partido de callarme. Este silencio tan pertinaz también me hizo daño, porque exasperó al Juez, del cual estaba pendiente mi suerte. Y el caso es que no se trata de un mal hombre. Es un magistrado imparcial y justo, pero se equivoca, y su error....

Lucía, que estaba pensativa hacía algunos instantes, interrumpió á Pedro, exclamando:

—Volvamos á la doncella de la señora Vivian, y no nos ocupemos de otras cosas. El tiempo es oro. ¿Nunca le has hablado de ella al Juez? ¿No le has indicado su extraña conducta?

—Sí; pero no me ha hecho caso, y no he insistido por eso. Ya os he dicho que procuró hablar con él lo menos posible.

—Sea. Pero entre nosotros todo puede contarse. Anda, dinos todo lo que piensas.

—Con mucho gusto. Ese es mi deseo. ¡Á ver si entre los tres hacemos algo de provecho!....

15.

Pedro estaba en pie. Se apoyó contra una librería que ocupaba el hueco comprendido entre los dos balcones, y comenzó así:

—En primer lugar, ordenemos la discusión. Procedamos con método. Ocupémonos de Aurelia como lo hubiese hecho el Juez si viera en ella un presunto culpable, en vez de considerarla como una testigo tan sólo. Vais á ver cómo sé dirigir el juicio (añadió sonriendo tristemente). Tengo la experiencia de esas cosas....

—Venga, —dijo Lucía.

nos hicimos esta misma pregunta, y la dejamos sin respuesta. Fijémonos en ella ahora. ¿Qué motivos podía tener para desear mi mal? Creo que ninguno. No soy de los que se franquean con los criados; pero jamás los trato mal, y siempre recompensó sus servicios con largueza.... El pobre Francisco me adora.... Vosotros lo sabéis tan bien como yo.

—¿Si vieras qué afligido está el infeliz!....

—¿Sabe ella que le aconsejé á su ama que la despidiese? Es verdad que la encontraba demasiado bonita para criada; que sus maneras me disgustaban; que observé un no sé qué misterioso en todos sus actos, y que, sin darle gran importancia, hice notar á Laura todo esto; pero estoy seguro de que nada le dijo, porque á nada conducía, y, por otra parte, no era tampoco aficionada á dar confianzas á su doncella.

—No teniendo motivos de queja en ese sentido (objetó Jorge), sólo cabe....

—¿El qué?

—Otras causas de rencor; acaso....

—¿Qué quieres decir?

Jorge se detuvo, señalando á Lucía con

la mirada. Pero ésta le comprendió, y dijo:

—Habla, Jorge, habla. Es demasiado grave el asunto para que te detenga ninguna consideración....

—Bueno, pues: quería decir que como el rencor de Aurelia no nazca en el corazón.... Siendo joven y bonita, tierna y apasionada, pudo muy bien enamorarse del único hombre á quien veía todos los días en casa de su ama. Esto sucede á cada paso....

—No tanto como crees, Jorge (interrumpió sonriendo Pedro). Además, esas cosas se conocen á la legua. Y nunca una palabra ni un gesto de Aurelia me pudieron hacer sospechar....

—Razón de más.... Si tú no caíste en lo que ella deseaba que notaras, y, por lo tanto, te mostrabas indiferente á sus insinuaciones, nada extraño es que te odie de muerte. Una mujer herida en el amor propio, despreciada ó que cree serlo, es capaz de cualquier cosa....

—No; no hay nada de eso. Es más: no creo que es ella mujer tan recatada como se necesitaría para que hubiera sucedido lo

que imaginas. Si mucho me apuras, me atrevería á afirmar, fundándome en ciertos detalles que le oí referir á Laura, que, si no fuera de la casa, porque salía muy poco, en ella misma tenía la tal Aurelia alguna intriga. Mas, con respecto á mí, desecha todo temor de que sea lo que supones la causa de su inquina.

—No insisto.

—Indudablemente la razón de su conducta es otra. Que tiene interés en perderme, un interés particular en que recaiga sobre mí toda la culpabilidad del asesinato, es indiscutible. Por eso miente y exagera. Pero, ¿cuál es ese interés?

—Para mí es claro (dijo Lucía). Su interés se reduce al que le inspira el verdadero culpable. La mejor manera de apartar de él las sospechas, es hacerlas recaer sobre ti, que te niegas á defenderte.

—Lo mismo creo yo, y me alegro de ver que coincidimos en nuestro juicio.

—No es extraño,—murmuró Lucía.

—Esa idea, vaga en un principio (prosiguió Pedro), se ha fortificado, y no se me quita de la mente desde que he sabido que trató de extraviar vuestras pesquisas, seña-

lando un sujeto ilusorio, para que mientras le perseguíais se pasara el tiempo.

—¿De modo que crees que, al señalar á Moreau como posible asesino de su ama, procedió con intención determinada?

—Sin duda. En tu conversación adiviné ella el interés que por mí te tomas. Te consideré peligrosa, y se dijo: «Si busca con fe, al azar es muy fácil que tropiece con la verdad.» Entonces te envió á Bretaña, lejos de París, para que, mientras tanto que la causa se sentenciaba, no tuvieras ocasión de poner á la justicia sobre la pista del verdadero criminal.

—Es verdad; tienes razón. Se propuso sencillamente desembarazarse de mí (exclamó Lucía, cuyo semblante se dilataba por momentos). Pero no hay nada perdido, porque, de todas maneras, hemos dado un gran paso.

—Puede ser. Mas no hay que hacerse ilusiones. Estamos muy lejos de tener en nuestro poder al asesino, cuya infamia me atribuyen. Sabemos quién le conoce, es cierto; pero no basta con eso.

—Además, se trata de una mujer muy

astuta que representa una comedia, pero que la representa admirablemente, y con dificultad se dejará sorprender.

—¿Y por qué no ha de ser culpable esa muchacha? (exclamó Jorge de pronto.) Estamos seguros de que el móvil del crimen fué el robo. Los cincuenta mil francos que la entregaste á Laura han desaparecido del cajón del *secretaire*. ¿No será Aurelia misma quien los haya robado?

—El robo fué seguido de asesinato,— objetó Pedro.

—¿Y por qué no pudo la misma ladrona cometer el homicidio, después de robar á la víctima?

—Porque no tiene fuerza bastante. Si la conocieras, no dirías eso. Es una muchacha débil, bajita....

—Pero quizás fuerte y nerviosa.

—Así y todo, Laura era mucho más fuerte y más nerviosa que ella. Seguramente no se hubiera dejado matar sin luchar mucho, y es más que probable que no la hubiese vencido. Además, los cincuenta mil francos se hubieran hallado en su poder, porque ¿dónde pudo ocultarlos? Se hace la enferma, y desde el día mismo del

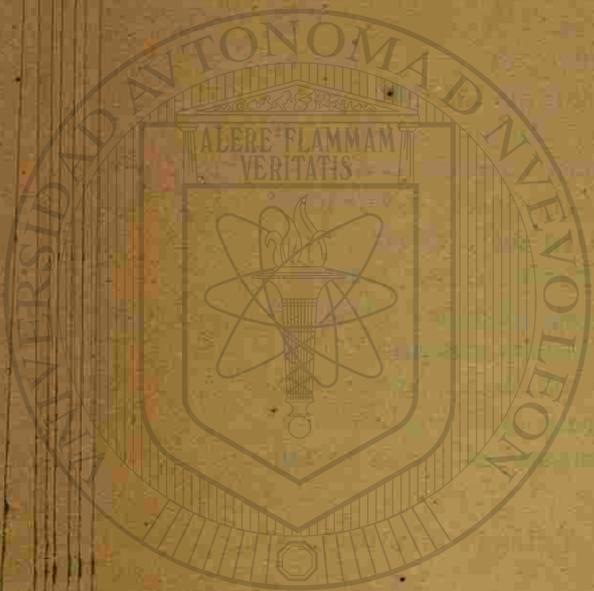
crimen no ha salido de su cuarto, según asegura todo el mundo:

—¿Han registrado bien?

—Hasta en los rincones menos sospechosos de su alcoba. Es una satisfacción que se dió el Comisario, que me manifestó cierta simpatía, y que no está, ni con mucho, convencido de mi culpabilidad.

—¿Y no encontraron ningún indicio?

—Ninguno. Ni en el cofre, ni en los colchones, ni en los cuartos inmediatos, que se registraron también. No tengáis duda ninguna. Aurelia es cómplice sólo; el culpable de asesinato es otro á quien precisa encontrar.



III.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Tras breve silencio, Lucía tomó la palabra.

—Creo, como Pedro (dijo), que si esa muchacha está comprometida en el asunto que nos ocupa, tiene uno ó más cómplices. Y lo creo tanto más, cuanto que así comprendo una porción de circunstancias extraordinarias.

—¡Á ver!—exclamó Morlain.

—Desde luego queda explicada la declaración de ese Bertin, que afirma haber visto entrar á uno que se te parecía; el

mismo que vieron salir después los porteros. Aurelia, previsora y bien enterada de todo lo necesario, dió á su cómplice detalles precisos sobre tu manera de vestirte, y para extraviar á la justicia, aquel procuró hacer de suerte que le confundieran contigo.

—¿Pero quién puede ser ese individuo?
¿Dónde buscarle?

—¿No podría ayudarnos la policía?

—¡La policía! (exclamó vivamente Pedro.) Está á las órdenes de la justicia, y como quiera que yo no soy un presunto reo, un sospechoso, sino un acusado, no tiene interés en buscar al que realmente debía ocupar mi puesto. El Juez y todo el mundo me han declarado asesino: ¿por qué habían de lanzarse en busca de otro contra el que no recaen sospechas? ¿Por qué habían de darme armas para combatirles, para probarles, al fin y al cabo, su ligereza en juzgarme? No os hagáis ilusiones; como oficiosamente no logremos algo en mi favor, es inútil intentar que me proteja nadie. Y, si no llegamos á esto antes de que recaiga sentencia, entonces, todo se ha perdido.

—¿Recaerá pronto?

—Supongo que sí. Despliegan una actividad inaudita. Otras causas tardan en sumariarse seis meses ó más....; pero esta.... Depende la duración de mil cosas, de la salud ó las ganas de trabajar del Juez, y de las dificultades que se ofrecen al sumario. Mas ¡como en la mía el Juez tiene ganas de concluir, y todo va como sobre ruedas, porque nadie se opone!.... Luego, cuando se trata de un pobre diablo que nadie conoce, y el cual á nadie interesa, no corre prisa probar que la justicia no descansa jamás. Entonces pasa el infeliz el tiempo esperando: la defensa, y todo el mundo, agota los plazos legales hasta el último día, y aunque luego resulte inocente el acusado, nadie le quita la temporada que pasó en la cárcel. Pero cuando el asunto impresiona al público; cuando se trata de un reo que es persona conocida, que produce *sensación* (esta es la frase de los periodistas), varían las circunstancias. Los tribunales tienen que volver por su honra, y demostrar que velan por la tranquilidad de todo el mundo, de ese *todo el mundo* que espera ansioso el resultado de los debates.

—¿Y no tendremos tiempo?—dijo Lucía inquieta.

—Quizás sí, procediendo con gran actividad.

—¡Oh! Sin perder un momento. Pero, ¿qué haremos? ¿Qué camino es el que debemos emprender?

—Desde luego vigilar á Aurelia lo más posible (dijo Pedro). Ahora no debe guardar tantas precauciones, porque, terminada la instrucción del proceso, ya no tiene nada que temer. Además, por muy lista que sea, puede cometer una ligereza...., y es preciso aprovecharla. Tarde ó temprano se reunirá con su cómplice, y sorprenderla entonces debe ser nuestro objeto principal.

—Pero y eso, ¿cómo se hace? ¿Á quién dirigimos para que le espíe á todas horas del día y de la noche?—interrogó Lucía.

—¿Francisco no nos servirá?—objetó Jorge.

—No. En primer lugar es viejo, y luego no tiene picardía suficiente para desempeñar un papel tan difícil. Para eso se necesita cierta disposición y alguna costumbre en el oficio.

—Sí, es como el de agente de policía. Pero si no quieres que ella nos ayude....

—Es que hay dos, Jorge. Una verdadera, oficial, y otra privada. La primera se pone en movimiento mediante la requisitoria de un juez. La otra mediante el dinero de los particulares.

—¡Ah! Vamos. ¿Te refieres á esas agencias privadas de que tanto se hablaba hace poco tiempo?

—Exactamente. Debe dudarse de su importancia cuando se trata de un asunto muy delicado en que se compromete la honra de alguien. Por ejemplo: siempre he criticado al marido que emplea á los agentes de esos centros para espíar á su mujer. Como les conviene que haya *negocio*, ó la calumnian, ó exageran lo que ven. Pero en el caso presente varía. No me interesa sólo á mí descubrir la verdad; todo el mundo tiene interés en que el malhechor sea preso y castigado: se trata de perseguir á un asesino. Si pudiéramos contar con verdaderos polizontes, con los oficiales, sería mejor. Pero si no nos los dan, tenemos el derecho de utilizar los que podamos.

—La mayor parte de ellos habrán servido

probablemente en la prefectura, de manera que, después de todo....

—Por lo común todos proceden, en efecto, de la policía oficial. Unos, porque cometieron alguna falta con sus jefes; otros, por cualquier motivo de descontento ó por afán de ganar más sueldo, porque en las agencias tienen gratificaciones de los clientes que no pueden recibir estando al servicio de la prefectura. Todos ó casi todos han pasado de un campo á otro, de la mayor á la más pequeña.

—¿Y son de fiar esos hombres?— preguntó Lucía.

—Bajo el punto de vista de su tacto, su vigilancia y su paciencia para buscar lo que se desea sin desanimarse.... es indudable. Y nosotros no necesitamos más.

—¿Cómo haremos para ponernos en relaciones con una de esas agencias?

—Eso no puedo decíroslo yo. Como comprenderéis, nunca anduve en negocios con ninguna. Pero es muy fácil saberlo: mi abogado os lo dirá.

—¿Has elegido ya tu defensor?

—Sí. Llamé á Z., cuyo talento es indiscutible y cuya honradez corre parejas con

su inteligencia. Espero convencerle de mi inculpabilidad, y me defenderá como yo deseo; tratando de convencer á los jueces, no enterneciéndolos. No quiero deber nada á la clemencia, porque soy acreedor de justicia. Si quieres hacerme el favor, Jorge, te agradeceré que le veas, y le digas que venga á conferenciar conmigo lo antes posible.

—Ya sabes que estoy á tu disposición en todo y por todo.

—¿Y crees que Jorge debe indicarle algo sobre las sospechas que abrigamos?— preguntó Lucía.

—No. Vale más que esperemos poder confirmarlas. Hasta nueva orden, me parece que mi abogado debe limitarse á estudiar mi causa tal como es, procurando sacar el mejor partido posible de ella. Porque si se le da la esperanza de entregarle al verdadero culpable, y nuestras pesquisas resultan estériles, el desaliento se apoderaría de él, y esto me traería perjuicio. Por ahora trabajemos en secreto: luego ya veremos.

Hacia muy cerca de una hora que estaban juntos, y aunque ninguno de los tres se atrevía á romper el hielo, cada cual

pensaba que no convenía abusar de la bondadosa complacencia del Director de la cárcel. Morlain fué el primero que habló de la necesidad de separarse.

—Es verdad: ya es hora (dijo con tristeza Lucía). Apenas si nos quedará tiempo para ir á casa de tu abogado y de allí á la agencia que nos indique.

—Excuso advertirte, Jorge, que no regatees con el agente. Acepto las condiciones que quiera. Nunca serán muy caras mi libertad y mi rehabilitación, por mucho que cuesten.

—Descuida, — dijo Lucía.

Y decidiéndose de pronto á decir algo que la costaba trabajo callar, tomó por la mano á Pedro, y le dijo con acento breve y nervioso:

—Si fracasan todas nuestras tentativas, ¿sigues resuelto á guardar silencio, renunciando á defenderte?

—¿Qué quieres decir? ¿Sobre qué he de guardar silencio?

—Me comprendes perfectamente. No me obligues á ser más explícita.

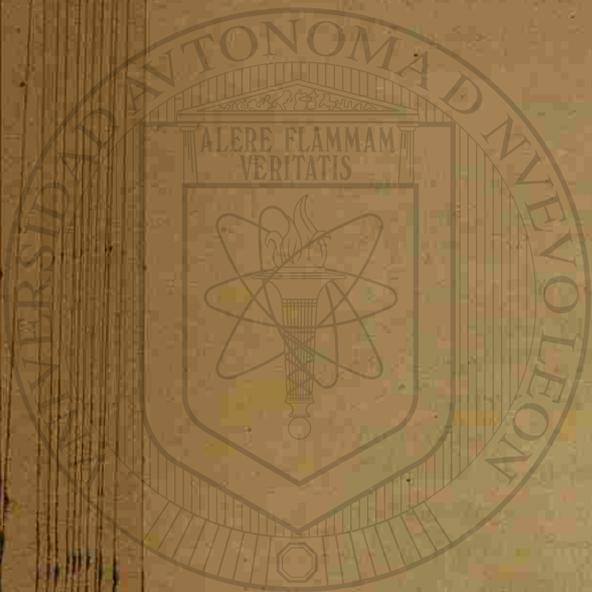
—Pues bueno, sí. Estoy resuelto á callar, suceda lo que quiera. Es mi deber, y como

hermano que te quiere mucho, te ruego que nunca insistas sobre este asunto: me darías un gran disgusto.

—¡Está bien! — murmuró Lucía resignándose.

Al separarse, los tres estaban muy emocionados. Mientras Jorge y Lucía cruzaban los umbrales de la cárcel y salían á la calle, Pedro atravesó los de la verja y penetró en su celda, conducido por un vigilante. Unos y otro llevaban el corazón oprimido y los ojos preñados de lágrimas.

Aquella misma tarde, á las seis, Fontaine vió al abogado defensor de su amigo, y obtuvo la promesa de ir á Mazas para conferenciar con él el próximo día por la mañana. Cumplida esta primera comisión, y enterado en lo tocante á la agencia, en seguida Jorge se presentó en ésta. Procedía con una actividad febril, con un ardor extraordinario. Tenía afán por congratularse consigo mismo para mitigar en parte sus remordimientos.



IV.

Mazade se llamaba el director de la agencia adonde Jorge se había dirigido, y no bien hubo hecho un rápido examen de su nuevo cliente, cuando, deshaciéndose en galanterías, le introdujo en su despacho.

El joven tomó asiento, y sin ambages, manifestó el objeto de su visita.

—¡Caramba! Algo complicado es el asunto (dijo el director, cuando Jorge acabó de explicarse). Viene V. á proponerme que entable una lucha contra la policía.

—No comprendo por qué.

—Pues es claro. Si logro lo que V. desea, descubriendo al asesino ó asesinos de la señora Vivian, les enmiendo la plana á los jueces y á la prefectura, probándoles que mi modesta agencia les da ciento y raya.

—¿Y qué pierde V. con eso?

—¡Oh! Quizás mucho: la justicia ve con malos ojos que los extraños á ella nos ocupemos de asuntos criminales. La administración, tratando seguramente de escarmentarme, no escaseará crearnos todo género de obstáculos. ¡Y si supiera V. qué cansado me tiene ya!....

—En cambio su amor propio de V. quedará bien satisfecho cuando acredite que vale más que la policía oficial su policía privada, por cuanto descubre lo que aquélla no supo descubrir.

—No crea V. que no lo tengo en cuenta; y si no fuera por eso, desde luego le hubiese declarado que no me encargaba del negocio. Pero esto no obsta para que siga creyendo que arriesgo mucho.

—¿Quién lo niega? El negocio es arduo, tengo gran interés por él, y no reñiremos por el precio. El principal interesado, el

señor de Morlain, es rico, y yo, á mi vez, no estoy mal de intereses. Quizás mi nombre no le sea desconocido. Me llamo Jorge Fontaine.

—¿Es V. el célebre pintor?

—Sí, soy pintor.

—¿Entonces estará en relación con muchos periodistas?

—Con bastantes.

—De modo que si salimos adelante con el negocio, ¿no tendrá V. inconveniente en hacer que digan los periódicos que fui yo quien dió cima á la empresa? He sacado tantas veces las castañas del fuego, que me gustaría comérmelas alguna vez.

—Pues esta lo conseguirá V., yo se lo fío. ¿Aún teme V. comprometerse?

—¡Hombre.... qué diablo!.... Es verdad que arrostra mucho la reputación de la casa. Pero, en primer lugar por amor propio, y además porque el asunto se sale de lo ordinario y me gusta...., me decido. ¿Si no he oído mal, asegura su amigo de V. que es inocente del crimen que le imputan?

—Lo es sin duda.

—No me extrañará, francamente. Yo tengo mucha costumbre de andar en asun-

tos criminales, y leyendo en los periódicos el del señor de Morlain, me pareció desde luego que algo raro había en él. ¿Quiere V. ponerme en antecedentes?

—Pregunte V.

Mazade apoyó los codos en la mesa de despacho, y la cabeza en las manos, y comenzó:

—Me ha dicho V. que de resultas de sus conversaciones con el acusado, y después de haber hecho muchas minuciosas observaciones, cree V. que esa testigo, Aurelia, la doncella de la víctima, tiene algo que ver en el crimen....

—Sí, señor; esa es mi creencia.

—Y ha pensado V. que sería muy conveniente ponernos en autos sobre todos los detalles de la vida de esa muchacha, vigilarla de cerca, y sorprenderla con su cómplice, si fuera posible.

—En efecto: repite V. mis pensamientos.

Mazade reflexionó, y dijo después:

—Por desgracia no tengo á mis órdenes persona á propósito para el papel que necesitamos hacerle representar. Esa joven debe ser mujer astuta, y sospechar hasta de su

sombra; para vigilarla hacía falta un hombre de condiciones especialísimas, tenaz, prudente, y, sobre todo, más astuto que ella. Y el caso es que le tenía. Pero se me escapó. Era un tal Merle, antiguo inspector del tiempo de N.... Cuando su jefe presentó la dimisión, se creyó en el deber de hacer lo mismo él. Yo lo supe tarde. Si no, le tendría en la casa con el sueldo que hubiese querido. Pero, amigo, cuando me dijeron que estaba cesante, no le hallé en París. Se había ido á Monte-Carlo.

—¿Es jugador? — dijo sonriendo Fontaine.

—¡No! Pero sabe al dedillo todas las gaterías de los tahures, de los *griegos* y los *filósofos*, como los suelen llamar. Antes de pertenecer á la policía estuvo empleado en la prefectura como agente de la sección destinada á perseguir el juego. La administración del casino de Monte-Carlo, á la cual fué recomendado Merle por su jefe, creyó que podía utilizarle para señalar á los jugadores sospechosos, impedirles entrar en el local, y si entraban vigilarlos, y le mandó llamar.

—Pues yo creía que á la ruleta y al

treinta y cuarenta no se podían hacer trampas.

—Es más difícil que al baccarat; pero el tahir nunca desmaya; cuando en París no puede vivir ya, emigra, acude á los centros en los cuales no se le conoce, y ganando aquí un tanto, levantando allá un muerto, *prohijando* acullá *un huérfano*, pasa, hasta que lo reconocen y lo echan á la calle.

—¡ *Un huérfano!* Hombre, ¿qué quiere decir eso?

—Una puesta abandonada sobre el tapete porque el dueño creyó haberla perdido.

—De modo que nuestro hombre, ese Merle, es el encargado....

—De vigilar el salón de juegos. Y como su destino debe ser muy bueno, difícil que lo deje.

—Sin embargo, ofreciéndole una cantidad tal que le resarciese de todo lo que pudiera perder, y prometiéndole otra gratificación al terminar el negocio.... Porque, si bien se mira, no tiene necesidad ni de renunciar á su destino. Que pida licencia para una temporada, y cuando ya no le

necesitemos, sobrarán relaciones en Monte-Carlo para conseguir que le repongan, si por acaso su ausencia excediese del tiempo convenido.

—Sí, es verdad.... Todo pudiera arreglarse. Pero, ¿cuánto tiempo no perderemos? Entre escribir y recibir la respuesta suya, y refutar las observaciones que él nos haga, y unas cosas y otras.... Va á ser el cuento de nunca acabar.

—Vaya V. por él en persona.

—¿Que vaya yo?

—¿Por qué no? Toma V. el rápido de las siete y trece minutos, que llega á Monte-Carlo mañana á las cinco. Ve V. á Merle, le explica el negocio, discute con él, y si consiente en servirnos, se meten Vds. en el tren de la noche, y pasado mañana á las once y media están los dos en París. Ese mismo viaje lo hice yo esta primavera pasada, llamado por Garnier, que me pidió un cuadro para el salón de espectáculos....

—¿Y los negocios que tengo en marcha?

—objetó Mazade dudando.

—Este es el más importante de todos.... Decídase V., porque son las seis, y no le queda más que una hora para arreglarlo todo....

29770

— ¡ Oh! Lo que es por eso.... Sobra tiempo.... Estos viajes súbitos no me cogen de nuevas. Pero necesito dejar instrucciones á mi gente...., y no tengo en casa á nadie. Cada uno anda por su lado.

El timbre de la puerta sonó en aquel momento, se oyeron pasos en el despacho de recibo, y Mazade exclamó saliendo :

— Si fuera Grimard....

Á poco volvió á entrar, y con acento que revelaba su satisfacción, dijo :

— Es precisamente el empleado principal que tengo. Le he dado instrucciones, y puedo partir.

— ¿ Necesita V. dinero ?

— No. Gracias. Ya ajustaremos cuentas á su tiempo. Con su permiso de V., voy á prepararlo todo.

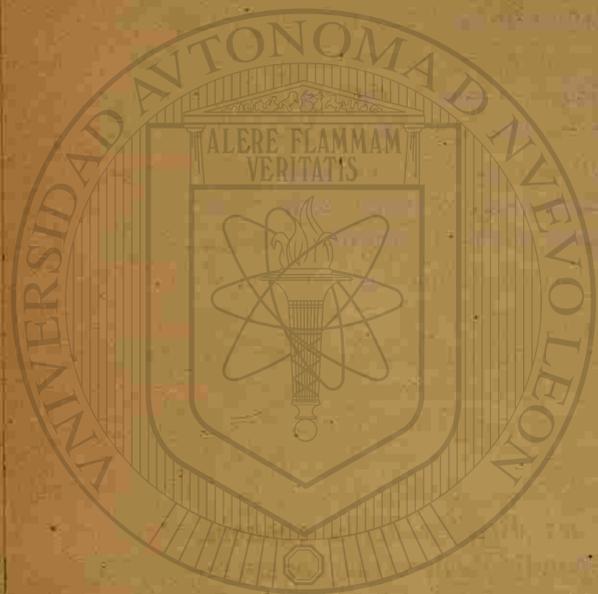
— Vaya V. con Dios. Y en cuanto sepa algo de ese Merle que nos interesa, ponganos un telegrama.

— Un despacho convencional, por supuesto, y firmado también de cierta manera, ¿ no es eso ? Si Merle acepta, telegrafio : « Combinación dió resultado, » y si no : « Combinación quebró, » y firmaré « Martingala » ¿ Dónde vive V. ?

— Calle de Prony, número....

— Perfectamente. Señor Fontaine, hasta la vista.

Jorge volvió á su casa para comer con Lucía y darle cuenta del resultado de sus gestiones, tanto cerca de Z.... como en el asunto de la agencia; pero después de la comida se fué en casa de la duquesa de Limours, á la cual no había visto en todo el día.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

v.

Antes de ser director de la agencia, Mazade fué dependiente de otras. Por eso tenía el hábito y la habilidad de disfrazarse. Según las necesidades y conforme con la calidad de las personas cuyo trato había de frecuentar, usaba gorra, sombrero hongo ó de copa, y vestía blusa, americana ó frac. Tan pronto tomaba el aspecto de un burgués acaudalado, como el de un artista ó un obrero. Pero sus instintos, sus gustos, sus aficiones, eran aristocráticas. Gustaba vestir elegante y vivir con lujo. Por su

gusto, y á no ser porque alguna vez solía enseñar la oreja, se hubiese hecho pasar siempre por un socio del Jockey-Club ó de la Unión. Como su viaje á Monte-Carlo era en pleno invierno, no dejó escapar la ocasión de satisfacer su inocente manía, y al verle en traje de camino, con su maletilla de mano, corriendo para alcanzar el tren, seguramente los más expertos en punto á distinguir unos hombres de otros, le tomaran por lo que no era.

Profesaba asimismo el principio de que cuando se viaja no debe escasearse nada, y como, por supuesto, sus viajes siempre eran por cuenta ajena, claro es que llevaba al extremo la práctica de su teoría. No le bastaba un asiento de primera clase; necesitaba algo más, y mediante su dinero, es decir, el de Morlain, la compañía de Lyon-Mediterráneo le facilitó un *sillón-cama*, en el cual pudo dormir hasta Marsella. Allí almorzó lo mejor que pudo, se proveyó de buenos cigarros, y fumando con delicia, y contemplando el sorprendente paisaje que cruzaba por delante de sus ojos, llegó á Monte-Carlo á las cinco de la tarde, como le había dicho Fontaine.

En su lugar, otro cualquiera se hubiese echado á buscar á Merle, objeto de su excursión; pero el director de la agencia Mazade no era *cualquiera*. Se hizo conducir al hotel de París, cambió de traje, y después de asearse y cargarse de perfumes, atravesó la plaza, subió al Casino, pidió una tarjeta de entrada, la obtuvo (¡tenía tan buena facha!....), y penetró en la sala de juego.

Á pesar de su vida aventurera, que le había llevado á todas partes, no pudo evitar la sorpresa que le produjo aquel espectáculo, nuevo del todo para él.

Primero la terraza; después el atrio de columnas de mármol lleno de cuadros y estatuas, obras maestras de arte; luego los salones de juego y la inmensa galería morisca, le causaron un gran efecto.

Se creyó trasladado á un palacio de hadas; y á conocer algo la literatura, hubiese visto desfilas por delante de su vista los cuentos todos de las *Mil y una noches*.

Encantado, se acercó para ver mejor. En torno á seis mesas de ruleta y dos consagradas al treinta y cuarenta, se apiñaba una multitud abigarrada compuesta de gente de todo el mundo y todas las clases que pue-

den jugarse su dinero ó el ajeno. Había allí grandes señores, atraídos por los placeres, las carreras de caballos y el tiro de pichón: jugaban para matar el tiempo y poder decir luego: «Yo he jugado en Monte-Carlo.» Junto á ellas, personas de todas las profesiones, de todos los orígenes, ricos ó no, pero ardientes jugadores, ansiosos de ganar. Codeándose con altas damas, tan altas, que casi eran testas coronadas, estaban las mujeres más humildes, y entre unas y otras las horizontales de alto y bajo coturno. Jóvenes, ancianos, muchachas, viejas (muchas viejas), unas ostentando lujosos trajes, otras exhibiendo humildes prendidos y alardeando de sencillez ó mal gusto; jugadores de esos que van de una á otra mesa, siguiendo una inspiración supersticiosa; otros de *sistema*, incrustados, por decirlo así, en sus asientos, apuntando juego y haciendo cábalas; éstos alegres; aquéllos taciturnos; unos comunicativos manejando el dinero con delicia; otros mudos, viéndoselo manejar.... Rusas, polacas, hermosas americanas, inglesas andando en fila como los patos; italianas (demasiadas italianas), pero italianas encantadoras....

En fin, una mezcla confusa de todos y de todo, de celebridades y medianías, de belleza y fealdad, de virtud y de vicio: he aquí el aspecto de aquel inmenso salón, digno de un emperador que fuera el amo del mundo!....

Pero en medio de aquella multitud reinaba un profundo silencio, un silencio propio de una iglesia. Sólo que en la casa de Dios es el respeto quien le impone, y allí eran el miedo y la ansiedad quienes lo hacían reinar; esos dos satélites del ídolo del Azar, adorado en aquel templo profano erigido al vicio.

De cuando en cuando la voz de los *crupiers* dejaba oír: «¡Hagan juego, señores!.... ¡No va más! Trece, negro, impar y falta;» y un murmullo acogía estas palabras; un murmullo, en donde había risa, llanto, carcajadas de gozo y blasfemias, todo formando tenue ruido.

Pasado el primer momento de sorpresa, Mazade pensó que no había ido á Monte-Carlo para divertirse. Su misión era delicada, y urgía terminarla. Á pesar del barullo, la cosa le parecía muy fácil. Merle debía andar de mesa en mesa ó estar quie-

to en una, acechando á un sospechoso.

Se puso, pues, á buscarle, y á medida que recorría los salones sin lograr su objeto, fué comprendiendo que no era tan sencillo hallar un hombre entre tantos.

—¡Diablo! (pensó.) ¡Habré corrido doscientas leguas para nada? ¡Habrá vuelto mi hombre á París, y yo no lo sabré?

Estaba ya resuelto á preguntar á cualquier empleado, cuando llamó su atención la espalda ancha, cuadrada, de un hombre sentado junto á una mesa de ruleta. Los polizontes avezados al oficio, conservan recuerdos exactos de los más pequeños detalles. Sobre todo de la facha que cada cual tiene visto de espalda. De tal suerte, que en el modo de andar reconocen á una persona, cuya fisonomía desfigurada podría escapar á su perspicacia.

Mazade creyó reconocer las espaldas de Merle. En seguida notó el lugar que aquellas espaldas ocupaban; el segundo puesto al lado del cilindro de la ruleta: dió vuelta á la mesa, y examinó de frente al individuo en cuestión.

Era, en efecto, el que buscaba; con su rostro indiferente y sus ojos de mirar viví-

simo, sólo que tenía la cara más encarnada que de ordinario.

—¿Qué hace? (pensó.) Parece que juega.

En efecto: Merle acababa de poner una pieza de cinco francos al negro.

—¡Cuidado que es listo! Le reconozco (signió pensando Mazade). Para vigilar mejor á algún *griego* y hacerle confiarse, juega también. ¡Qué habilidad!.... ¡Qué inteligencia!.... Pero si el cielo es justo, debe ganar, y voy á seguir su suerte. Y Mazade, como un gran señor que no se preocupa de contar el dinero... de otros, puso un luis al negro, junto al napoleón de Merle.

Salió el rojo. Merle, sin alterarse, puso quince francos al negro.

—Me engañé. Está de malas (se dijo Mazade). Voy á jugar contra él.

Cayó la bola en la casilla que el azar dispuso, y el *crupier* cantó un número negro.

Mazade perdió también, y Merle ganó diez francos.

—¡Bah! ¡Bah! Esto no sale (pensó el director de la agencia). Yo no he venido aquí á perder dinero. ¡Vaya una necedad!....

Mi cliente, el señor Fontaine, espera mi telegrama.... Y dando vuelta de nuevo á la mesa, volvió junto al ex-polizonte, y le tocó en un hombro. Pero el jugador no se movió. Para que atendiera, fué necesario que Mazade se inclinase hacia él, y murmurara á su oído:

—Señor Merle, tengo que hablar con V. Soy yo, Mazade.

—¡Mazade! —repitió el jugador, sin sorprenderse por lo imprevisto del caso, apuntando una moneda al *impar* y otra al *falta*.

—Sí, Mazade; el director de la agencia de París. Ya sabe V.....

—Sí, sí. ¡Ya sé! —murmuró Merle con igual indiferencia.

Y al ver que el juego se iba á dar por hecho, se apresuró á gritar:

—¡Cinco francos á la tercera docena!

—He venido expresamente para verle á V. y hablarle, —añadía con impaciencia Mazade.

—¡Ahora es imposible!.... Estoy jugando mi combinación.

—¿Y cuándo estará V. visible?

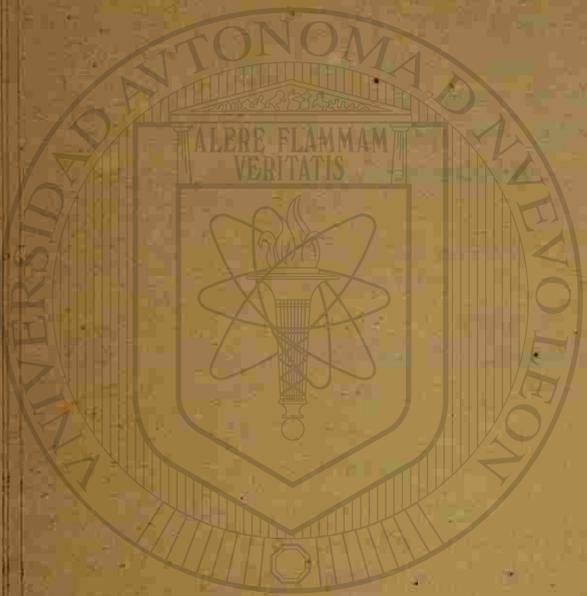
—Á la tirada doscientos.... Llevo ya

ciento cincuenta.... Cuestión de una hora, poco más ó menos.

—Bueno. Comeremos juntos. Le espero á V. en el hotel de París: ¿le parece bien?

—Me es igual. Pero hágame V. el favor de marcharse.... Me distrae V., y eso no me conviene....

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE NÚÑEZ"
Fondo 1625-1911, SAN ANTONIO, MEXICO



VI.

Mazade quedó en pie detrás del antiguo inspector de policía. Deseaba descubrir el sospechoso objeto de la vigilancia de Merle, al cual éste sin duda observaba de soslayo, fingiendo no ocuparse más que de su juego. Pero se cansó en vano, y concluyó por retirarse, murmurando:

— ¡Vaya si es cómico este diablo de hombre! ¡Qué manera de trabajar! Hasta á mí propio me engaña. No me convendría poco atraérmelo....

Á la hora de comer, los habitantes de

Niza y de Menton habían tomado el tren. Se podía circular con más facilidad por los salones del Casino, acercarse á las mesas, y jugar ú observar cómodamente el juego de algún jugador ó jugadora célebres.

Mazade optó por este último entretenimiento, menos caro que el otro, con nó poca ventaja para la bolsa de Morlain.

Bien pronto llamaron su atención dos mujeres cubiertas de alhajas. La una, hermosa hasta el extremo, jugaba fuerte; pero con gravedad, sin conmoverse ni pronunciar palabra. No la conocía, y preguntó quién era. Le contestaron que se llamaba Alicia Howard. La otra, graciosa, muy joven, viva, inquieta, se inclinaba sobre el tapete y le llenaba de luises, sin orden ni concierto. Ponía á caballo, á pleno, en transversal, de tal suerte á tontas y á locas, que llenaba todos los números menos dos ó tres, que eran precisamente los que el *croupier* tenía el mal gusto de hacer salir. Esta loca de la ruleta perdía generalmente, mejor dicho, perdía casi siempre; pero si por casualidad le llegaba un día bueno, tenía tal *estómago*, á tal punto era capaz de abusar de la suerte, que, con unos pocos

golpes de fortuna se reponía de sus derrotas y las cambiaba en victorias. Mazade no necesitó preguntar su nombre, porque la conocía, en su calidad de parisién que conoce á todas las celebridades. Era María Delanoy. Detrás de ella ó á su lado, y en las mesas de treinta y cuarenta, jugando, viendo jugar, hablando con unos, riendo con otros, elegantes, bonitas unas, peor que bonitas otras, estaban Elisa Fleury, Delamotte, miss Clery, Delaroche, Elisa Volter, Beckmann, Francina de Sancy, Judith Vedener y las dos simpáticas hermanas Enriqueta é Isabel Drouard.

Á las siete y cuarto, como hombre esclavo de sus deberes, Mazade abandonó las salas de juego, bajó á la plaza, paseó respirando la fresca brisa para abrir el apetito, y admirando aquel cielo purísimo y aquella mar tranquila como un lago, por fin dió en el restaurant del hotel tan famoso en todo el mundo. Por el camino se hizo poner en el hojal una camelia blanca. Seguía no privándose de ningún capricho.

Pidió la comida; una comida elegantísima. Era glotón, y contaba además con la ayuda de los buenos manjares para seducir

á Merle.... Cuando éste apareció en la puerta, le llamó, le hizo sentarse enfrente de él en una mesa aislada, y le dió unos golpecitos en el hombro sonriendo, mientras el polizonte decía:

— Pero, ¿cómo por estas tierras, amigo Mazade?

— ¡Ahí verá V.! Habiendo recorrido doscientas leguas para venir, y proponiéndome deshacer lo andado para volver sin más objeto que verle á V.

— Es V. muy amable (dijo el antiguo inspector, impasible por costumbre de no consentir que ninguna impresión suya se manifestara al exterior. Y como á su frialdad unía una prudencia extraordinaria, añadió): hablemos bajo, si le parece á V. Nadie sabe aquí lo que soy, ó, mejor dicho, lo que he sido.

— ¿Qué me dice V.? (exclamó Mazade sonriendo). Pero veamos cómo están estas ostras.... Tiempo tenemos de hablar luego. Está V. bueno, amigo.

— En efecto, muy bien estoy. Llegué con una bronquitis crónica, debida á los malos ratos del oficio.... Y en ocho días me curé.... Este es un país privilegiado y ben-

decido por los dioses. Un verdadero paraíso.

— Sin embargo, se lleva una vida muy agitada en él, amigo Merle. Tanto espectáculo, tanto juego, tanta diversión.... permanente.

— ¡Permanente! No. Á las once de la noche en punto se tira la última bola. El Casino se cierra en seguida, y los cafés no tardan en imitarle. Á las doce no se ve una rata ni en la plaza ni en los jardines de este Monte-Carlo tan calumniado: todos, jugadores, grandes y chicos, están en la cama ya. No sucede eso en París. Allí los casinos están abiertos toda la noche, y partida de baccarat hay que dura hasta las nueve de la mañana. Así son de ver las caras de los jugadores parisienses, pálidos, con los ojos enrojecidos por el insomnio.... sin hablar de que todos andan con el estómago perdido y la salud comprometida. No hay que darle vueltas; el baccarat mata, la ruleta conserva.

— Bien, aboga V. por los suyos. ¿Vaya una copa de este rico *sauterne*?

— Con mucho gusto.

— Pero á pesar del elogio que acaba de hacer, amigo mío, no me convence. No

reconozco la utilidad de un establecimiento como el de Monte-Carlo.

—¿Admite V. en principio que la pasión del juego existió, existe y existirá mientras el mundo sea mundo?

—Sin duda. ¿Qué le parece á V. este frito?

—Excelente. Pues bien: admitido el principio, y desde el momento en que se reconoce la imposibilidad de extirpar el vicio, la utilidad de un casino como el de Monte-Carlo, salta á la vista. En todos los garitos que he conocido durante mi larga experiencia, cuando fui individuo de la brigada de vigilantes del juego, nunca sabe el jugador adónde irá á parar, y cuánto perderá. Llega con unos cuantos luises, persuadido de que no jugará un céntimo más; pierde, se irrita, se ceba, y no tarda en recurrir al crédito, ya sea de la caja del círculo, bien de la de un amigo. No hay cosa peor que las fichas para jugar; créalo V. Aquellos pedazos de nácar ó de marfil no parecen dinero, y se van sin sentir.

El primer crédito trae otro, y otro, y otro, y ciento, y muy pronto el infeliz centuplica las pérdidas. ¡Ah! ¡El crédito de

los círculos cuántas ruínas y cuántos desastres ha ocasionado!

—No digo lo contrario, amigo Merle; ¡pero en Monte-Carlo no hay ese crédito?

—No, señor. Se juega sólo con dinero contante ó con billetes. Verdadero oro y verdaderos billetes; nada de fichas... Y además, no se permite hacer postura bajo palabra.

—Sin embargo, á ciertos jugadores....

—La administración les da el *viático*.

—¿El *viático*?

—Sí; los gastos de viaje para marcharse, proporcionados á la categoría del perdidoso. Y una vez recibida esa suma, no puede volver á entrar en las salas de juego.

—¿De veras? ¿Quiere V. un poco más de este filete de sollo.

—Con mucho gusto. Está exquisito.

—Pero (prosiguió Mazade, después de servir á su huésped), si la administración no presta, habrá en Monte-Carlo banqueros, usureros que presten.

—Los hay, á pesar de los esfuerzos que se hacen por evitarlo. Pero son muy contados. Sus préstamos son raros, y á interés bajo; de suerte que á fin de temporada están

peor que sus prestatarios. Y ya que estos detalles le interesan, oiga V. otra ventaja que disfrutamos aquí.

—Diga V. ¿No le parece que esta perdiz está demasiado hecha?

—Para mi gusto las perdices nunca están demasiado hechas: tengo el gusto pervertido. La ventaja en cuestión es ésta. En Monte-Carlo la mayoría de los jugadores defienden mal su dinero; juegan como locos, y pierden. Pero no se les roba. Los mismos tahurés, cuando logran penetrar en las salas, tienen que jugar con lealtad. Porque, ¿cómo podrían hacer fullerías? Jamás tocan á las cartas del treinta y cuarenta ni á los cilindros de las ruletas.

—Y los *crupiers*, que sí los tocan, ¿no pueden hacer de modo que ciertos números salgan con preferencia?

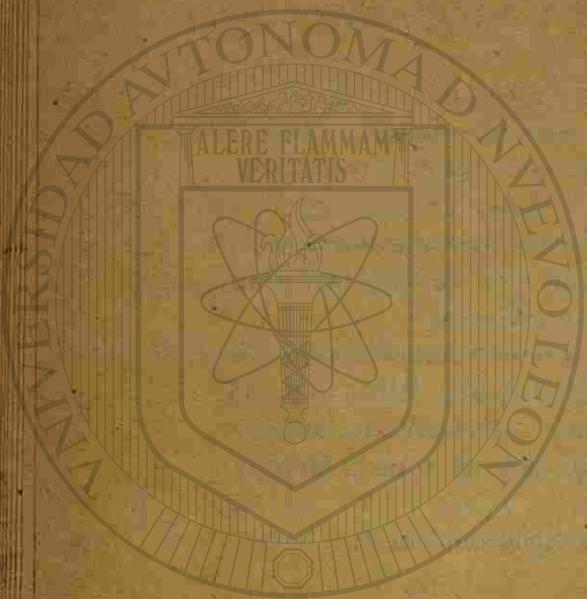
—No. Han probado muchos inútilmente. La ruleta es un instrumento de precisión, muy sensible, y al cual no puede dirigirse á voluntad. La bola halla á cada instante obstáculos que la desvían del lugar adonde se la querría dirigir. Y, además, ¿qué interés tendría una casa como la de Monte-Carlo en robar unos cuantos cente-

nares de luíses? ¿Por cuenta de quién lo haría? ¿De un X., un accionista á quien las más de las veces no se le conoce? Los que roban son los necesitados, los hambrientos.... Y la administración del casino es demasiado rica, sus rentas son demasiado considerables, demasiado seguras, demasiado matemáticas, para que descienda á esos detalles. Aquí todo se hace con gran limpieza: créalo V., Mazade.

—Lo creo. V. no es hombre á quien se puede engañar fácilmente. Pero, dejando esta conversación, ¿quiere V. que hablemos del negocio que me trajo á Monte-Carlo?

—Estoy á la disposición de V.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO



VII.

Á las perdices siguieron unos exquisitos espárragos, no obstante ser época en que éstos se encuentran difícilísimamente y cuestan un dineral. Saboreándolos escuchaba Merle á su huésped, que comenzó así:

—¿Ha oído V. hablar de un crimen cometido en París, en la calle Blanche, á primeros de Noviembre último?

—¿En la calle Blanche? Espere V..... Sí, ya caigo. Se trata del asesinato de cierta actriz por su amante.

—Ó por otro cualquiera...., —concluyó Mazade.

—¡Otro! Puede ser.... Recuerdo que me chocó la circunstancia de haber de por medio un robo.... en el que nadie creía. Tanto, que si hubiera seguido en mi antiguo destino, hubiese tratado de que mi jefe me encomendase el negocio.... porque me gustaba.... ¿Y cómo anda ese asunto?

—El amante de la asesinada comparecerá muy pronto ante la Cour d'Assises.

—¡Ah! Quizás está confeso....

—No. Todo lo contrario. Sostiene que es inocente, y trata de entregar á la justicia al verdadero criminal.

—No es mal sistema.... cuando se logra un éxito. ¿Tendrá sospechas de alguien?....

—Sí. Recaen sobre cierta muchacha, doncella de la muerta. Pero ésta debe tener un cómplice, y para descubrirlo precisa vigilarla á ella.

—Nada más fácil.

—No tanto, amigo Merle. Es una pájara de cuenta, muy astuta, muy desconfiada, y con la cual será menester luchar muchísimo.

—Vamos, una bribona de primera fuerza.

—Exactamente. Y por eso, en cuanto me hablaron del negocio, me acordé de V.

—¿Que se acordó V. de mí?

—¡Claro! El asunto es de cuantía; producirá una buena cantidad, y requiere un hombre como V. para llevarlo á término.

—¡Una gran cantidad!.... —exclamó Merle, contemplando el último espárrago con fruición.

—Desde luego puedo ofrecerle á V. diez luíses diarios de sueldo, tres mil francos si no sale V. con el empeño, y diez mil si encuentra al asesino...., sin contar con el pago de todos los gastos que importen las gestiones, que son de mi cuenta. ¡Eh! ¿Qué le parece á V.?

—Pues que no puedo aceptar, —contestó Merle sin vacilar.

—¿Cómo? ¿Le parece á V. poco lo que le ofrezco?

—En otro tiempo hubiese aceptado desde luego; pero hoy no puede ser.

—¿Desempeña V., pues, aquí un destino de gran cuantía, que le produce á V. muchísimo?

—No. No desempeño ningún cargo.

—Entonces.... ¿qué hace V. en Monte-Carlo?

—Ya lo ha visto V.: juego.

—¡Bah! Hablamos en serio, y....

—Por eso me niego, porque hablamos en serio. En doscientas tiradas he ganado doscientos tantos: á cinco francos cada uno, suman mil.... La sesión de esta mañana me produjo otra cantidad igual. Ó, lo que es lo mismo, sin contar lo que ganaré esta noche, llevo ya embolsados cuatrocientos luisas.... Comprenda V. que cambiar este sueldo por uno de diez, y que requiere mucho más trabajo, sería un disparate.

—Vaya, no lo eche V. á broma, Merle. Hablemos formalmente. Aquí no se ganan mil francos diarios. Lo que se hace es perderlos.

—Según.... Teniendo una combinación buena....

—¿Y V. la tiene?

—Sí, señor, y merced á ella gano seguramente siempre que me pongo á jugar.

—¿Será invención de V.?

—No. Me la enseñó un italiano. ¿Quiere V. que se la explique?

—Con mucho gusto.... ¡Qué postre prefiere V.?

—Ninguno. No me gustan ni el dulce ni la fruta. Tomaré café y una copa de *fine champagne*.

—Y un cigarro, ¿eh?

—Vaya por el cigarro.

Merle encendió el que le ofreció Mazade, y luego que saboreó un par de bocanadas del aromático humo, apoyó los codos en la mesa, y prosiguió:

—Hará como cosa de tres semanas venía con dirección á este sitio, precisamente llamado, como V. sabe, por la administración del Casino, cuando la suerte me deparó un compañero de viaje, italiano, joven, como de unos treinta años, y en extremo comunicativo. Como es natural, trabamos conversación.... Me gusta hablar con la gente desconocida cuando viajo, porque siempre se aprende algo nuevo, sobre todo, como se escuche con propósito de aprender. Llegamos á Marsella, y al tomar de nuevo el tren, nos quedamos solos en el vagón.... De pronto mi compañero se levanta, toma de la percha un objeto redondo muy empaquetado, lo desenvuelve,

y pone delante de mis ojos una ruletita, con su correspondiente tablero numerado.... Una miniatura preciosa de las que hay en el salón de juego del Casino. «Te veo (pensé). Pero te engañas, amiguito, porque no en vano me encargaron de vigilar las líneas férreas de los alrededores de París cuando estuve en la brigada, á la cual correspondía atrapar á los fulleros, y les vi operar en sus faenas de pelar inocentes.... Sacaban cartas ó dados del bolsillo, proponían á los incautos una partida para matar el tiempo, y les sacaban hasta el alma con una suavidad admirable.... Aquí, como estamos cerca de Monte-Carlo, vas á intentar robarme con tu ruleta....; pero ¡no tienes que trabajar poco para hacerme perder cincuenta céntimos tan sólo!....» ¡Vaya unos cigarros que gasta V., Mazadel!.... Este es superior.

—Están á su disposición todos los que tengo.

—Mientras que yo hacía mi pequeño monólogo, el italiano, sin preocuparse de mí, se puso la ruleta sobre las rodillas, y extendió el tablero sobre un diván. Hecho esto, lanzó la bola, y así fué jugando y apuntando las jugadas en un cuadernito,

siempre absorto en su trabajo, y sin despegar los labios. «Decididamente (pensé) he juzgado mal.» No trataba de vaciarme el bolsillo. Era, que el bueno del hombre tenía aquella manera de entretener el tiempo. Al cabo de un rato la curiosidad me aguijoneó tanto, que no pude menos de decirle: «Perdone V., pero me choca su juego, y....» «Déjeme V.: no me distraiga,» me replicó; y yo, por discreción, me callé, hasta que exclamó: «¡Eureka! Esto es. No quiebra. No puede quebrar. Ya está hecha mi fortuna....—No es V. poco feliz.... dije yo.—Pues necesita V. poco para serlo igual que yo, ¿quiere que le explique la combinación que he descubierto?—Hombre, empiece V. (le repliqué): eso podrá no hacerme bien, pero tampoco puede traerme ningún mal.»

—¿Y le explicó á V.?....

—Con gran claridad, toda una combinación matemática.... Durante el resto del viaje hicimos juntos más experiencias.... En Niza estaba convencido ya, y grité más fuerte aún que él: «No puede quebrar; es imposible.»

—¿Y no le inspiró á V. desconfianza aquel desconocido?

—¿Por qué? No me propuso siquiera, como yo temía, que nos asociásemos, poniendo él la idea y yo el dinero. Nada de eso: —« V. (me dijo) juega por su cuenta, y yo por la mía. La banca contará con un adversario más. Eso, allá ella.... Después de todo, es bastante fuerte para enriquecernos á los dos, y tendré el gusto de haber sido útil á una persona muy amable y muy simpática. »

—¡Y V.! —dijo Mazade.

—Me hacían falta dos mil francos para plantear mi negocio. Eran todas mis economías, y me arriesgué. ¿Qué quiere V.? Yo soy así. Al cabo de tanto ver jugar, acaba uno por aficionarse. Llega un día en que se le antoja hacer como los demás, y á mí me pervirtió mi antiguo oficio. En vez de presentarme á la administración con mi nombre, y decir: «soy el hombre que Vds. esperan,» me bauticé con el primero que se me vino á las mientes para entrar en el casino, y me dediqué á explotar la combinación del italiano. Todo ha salido á pedir de boca; no ha quebrado ni un solo día, y mi capital se ha centuplicado. Esta es mi historia, amigo Mazade. Después de cono-

cerla, comprenderá V. que sería un insensato si trocase esta ocupación cómoda y lucrativa por la incómoda y peligrosa de perseguir bribones en París. Ganaría mucho menos si tal hiciera; cogería, si á mano viene, otra bronquitis, y quién sabe si al fin y á la postre me pegarían una puñalada ó un tiro, que unas y otros son gajes del oficio de polizonte.

—¿ Es la última palabra, Merle?

—La última, amigo Mazade. Siento en el alma no poder aceptar sus ofrecimientos; le agradezco mucho que se acordara de mí...., y, como son las nueve, me permitirá V. que le deje. Me espera mi puesto junto á la ruleta, y no tengo más que dos horas para jugar. ¿ V. se vuelve á París?

—Á las doce de esta misma noche.

—Si no tiene otra cosa que hacer, véngase conmigo; se pone V. detrás de mí, hace mi juego, y verá cómo gana algo. Así no habrá perdido el viaje....

—Hombre, me parece bien. Vamos allá.

Pagó la cuenta sin discutir, porque.... ¿ no iba á reintegrarse de su dinero merced á Merle?

Mas no le sucedió como se lo había pro-

metido su amigo. Jugó, ganó un rato, pero luego comenzó á embrollarse y equivocarse las puestas, y perdió, mientras Merle ganaba.

Á las diez se acordó de que tenía ofrecido telegrafiar á Morlain, y, en efecto, lo hizo como estaba convenido, diciendo: «La combinación quebró», ó, lo que es igual, «Merle no acepta.»

— Y lo peor del caso (murmuraba al salir de la oficina de telégrafos), es que no miento, porque la combinación ha quebrado....

VIII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

No obstante los atractivos que Montecarlo le ofrecía, y el deseo que tenía de recobrar su dinero, Mazade se fué al hotel, lo arregló todo, y tomó el tren de las doce, como había dicho. De suerte que al día siguiente llegó á París, pasó la noche en su casa, y á las nueve de la mañana se presentó en la agencia, tranquilo y con el cerebro fresco, para poder ocuparse de sus asuntos. Grimard, que había desempeñado sus veces mientras estuvo fuera, le dió cuenta de lo ocurrido, y no bien quedó al corriente de todo, preguntó:

— Aquella persona que vino á verme el día de mi partida, ¿volvió ayer?

— Quién, ¿el señor Fontaine? Sí, señor; vino ayer tarde.

— Sabe V. su nombre, por lo que veo.

— Como vió que me quedaba al frente de la casa, le inspiré confianza, y se me dió á conocer.

— ¿Recibió mi telegrama?

— Sí. Y me parece que le contrarió. Me dijo que hoy por la mañana temprano vendría á hablar con V.

— ¿Tiene V. algo importante que hacer hoy, Grimard?

— No, señor; lo que V. mande.

— Pues va V. á ir á la calle Blanche en seguida, y con gran cautela me averigua si en la casa núm...., hay alguna habitación desalquilada.

— ¿Es la casa donde ocurrió el crimen?

— La misma. Por lo visto el señor Fontaine le ha dicho á V. algo.

— Algunas palabras sueltas me hicieron comprender de lo que se trataba.

— Entonces no es preciso que yo le encarezca la necesidad de proceder con gran tiento. No se dirija á la portera. Tome V.

los informes que necesitamos, de una manera indirecta. Pero los necesito antes de que llegue el señor Fontaine, ó cuando aún esté aquí.

Luego que Grimard se fué, Mazade abrió el correo, contestó á varias cartas, y aún estaba escribiendo, cuando llegó Jorge.

— ¿Con que no hemos hecho nada?— fué lo primero que dijo al entrar.

— Desgraciadamente así ha sucedido. Fueron inútiles todos mis esfuerzos para convencer al diantre del hombre aquel. Ocupa un buen destino, y no quiere dejarle á ningún precio.

Creyó oportuno ocultar el verdadero motivo de la negativa de Merle. Temía que Fontaine formara mal juicio de un hombre que jugaba una combinación á la ruleta, y pensara que semejante loco no merecía la pena de tanto trabajo, tanto dinero, y perder tres días. Mas en esto se equivocaba: Jorge, artista antes que nada, hubiese sin duda comprendido y disculpado la inocente manía del ex-polizonte.

— ¿Pero es irremplazable ese hombre á quien fué V. á buscar? (dijo el joven, que traía ensayada la lección por su hermana.)

Buscando bien, ¿no sabe V. de algún otro que puede servirnos?

—Precisamente estaba aguardando la pregunta. Tengo un muchacho activo, celoso é inteligente; el que me ha reemplazado estos días: Grimard. No tiene la perspicacia de Merle; pero, bien dirigido, puede sacarnos del paso. Hay que añadir que esta será su primera empresa, lo cual es una ventaja, porque no está gastado. La muchacha á quien vamos á espiar debe estar al cabo de la calle; quizás tenga alguna historia que la pusiera en otro tiempo en contacto con la policía, y no sería extraño que conociese á un agente viejo, aun bajo el disfraz mejor arreglado. Porque, fuerza es confesarlo, el oficio tiene un no sé qué, que deja rastro. Los polizontes despiden cierto olor á bellaco.... Perdone V. la expresión.

—Bueno; pues vamos á probar con Grimard, puesto que V. tiene confianza en él.

—De un momento á otro va á llegar. Lo envié á tomar más datos. Ahí está. El timbre ha sonado.

Un momento después llamaron á la puerta del despacho.

—Adelante,—dijo Mazade.

Grimard entró, y se acercó á su jefe.

—¿Sabemos lo que hace falta? ¿Hay algún cuarto desalquilado en la casa?

—No, señor. Pero uno de los inquilinos del quinto piso se marchó ayer por una temporada larga, encargando á la portera que alquilase su habitación, con muebles y todo, por tres meses.

—¿Habla de la casa de la calle Blanche? —interrogó Jorge.

—Sí (repuso Mazade): para vigilar á una mujer que so pretexto de su enfermedad no sale nunca á la calle, necesitamos que el encargado de hacerlo viva cerca de ella, en el piso sexto, en una habitación cualquiera de criados....

—No hay ninguna,—dijo Grimard.

—Sí las hay. Debe estar desocupada una, correspondiente al piso quinto que quieren alquilar. ¿Por qué no la tomamos?

—Como V. quiera. Yo lo decía por los gastos.

—De eso no hablemos. El precio nada importa. ¿Acaso se llama Bertin el inquilino que se ha marchado? ¿No será el testigo que asegura haber reconocido al

señor de Morlain la noche del asesinato?

— No, no, señor (repuso Grimard). Precisamente es el que vive tabique por medio de ese. Así me dijeron.

— Entonces, ¿ tomamos el cuarto?

Mazade reflexionó un instante, y después dijo:

— Sí, nos conviene. Grimard tiene buena facha; puede muy bien pasar por un provinciano que viene por una temporada á París.... Como las fondas son muy caras, prefiere un cuarto amueblado en sitio tranquilo.... Hablará con la portera, y antes de cerrar trato regateará como debe hacerlo un hombre económico.... Ella le ofrecerá sus servicios.... Pero él debe rehusar, fundándose en que la comida de restaurant le hace daño, y quiere que se la guisen en casa.... Tanto, que piensa ir á una agencia para que le proporcionen una criada.... No obstante su deseo manifiesto de economizar, gratificará á la portera para congratularse con ella. Después irá á comprar una maleta usada, la llenará de cualquier cosa, de lo que quiera; la facturará en una estación del ferrocarril, y luego irá en coche á buscarla. Es menester no

abandonar ningún detalle, y uno es evitar que el cochero charle y comprometa el golpe. Por eso hay que engañarle también.... ¿ Se ha hecho V. cargo, Grimard?

— Sí, señor. Pierda V. cuidado.

— Una vez instalado, ya no falta más que la criada. Conoce V. el personal de la casa tan bien como yo, y puede decirme mejor que nadie si tenemos entre las aspirantes á entrar en ella una que nos sirva para el caso.

— Tenemos á Josefina Cornu. Aquella que vino la semana pasada á pretender para espía de familias.

— Sí, ya me acuerdo. No me parece mal. Las señas de su domicilio estarán en el registro. Búsquelas V., y vaya á ponerse de acuerdo con ella para que mañana temprano se presente en la calle Blanche. Le dará V. el cuarto del sexto piso, y su nueva misión es vigilar á Aurelia hasta en los menores detalles. De esta suerte la sospechosa quedará entre dos fuegos. Por la escalera principal y por la de servicio. No puede recibir á nadie ni salir de casa sin que Vds. se enteren. Por supuesto, que esto no obsta para que si puede arreglarse, se pon-

ga V. en relación directa con ella. Los dos son jóvenes, ella es bonita...., y nada tiene de particular.... Pero mucho ojo con perder la cabeza y resbalar.... ¿Le parece á V. bien el plan, señor Fontaine?— concluyó Mazade.

— Excelente, y le felicito por él, — repuso Jorge.

El director de la agencia se puso en pie, y dirigiéndose á su dependiente con cierto aire quijotesco, exclamó:

— Señor Grimard, no obstante su inexperiencia, se le confía una misión difícil y de la más alta importancia. Espero que no me dejará mal. Su porvenir de V. depende del éxito.

— Y su fortuna también, — añadió Jorge, imaginando, no sin razón, que esta frase debía producir efecto.

IX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Grimard cumplió al pie de la letra las órdenes de su jefe, salvo algunas modificaciones que introdujo en su conducta, por creer que facilitarían el éxito. Después de recibir de manos de Mazade el dinero necesario para comenzar su campaña, fué á su casa de la calle Neuve-de-Petits Champs, dijo á la portera que iba á emprender un viaje de unos días, subió á su cuarto, sacó de un armario una maletilla todavía llena de las etiquetas que le pegaron el año anterior cuando la trajo desde su tierra á Pa-

ga V. en relación directa con ella. Los dos son jóvenes, ella es bonita..., y nada tiene de particular.... Pero mucho ojo con perder la cabeza y resbalar.... ¿Le parece á V. bien el plan, señor Fontaine?— concluyó Mazade.

— Excelente, y le felicito por él,— repuso Jorge.

El director de la agencia se puso en pie, y dirigiéndose á su dependiente con cierto aire quijotesco, exclamó:

— Señor Grimard, no obstante su inexperiencia, se le confía una misión difícil y de la más alta importancia. Espero que no me dejará mal. Su porvenir de V. depende del éxito.

— Y su fortuna también,— añadió Jorge, imaginando, no sin razón, que esta frase debía producir efecto.

IX.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RIVERA"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Grimard cumplió al pie de la letra las órdenes de su jefe, salvadas algunas modificaciones que introdujo en su conducta, por creer que facilitarían el éxito. Después de recibir de manos de Mazade el dinero necesario para comenzar su campaña, fué á su casa de la calle Neuve-de-Petits Champs, dijo á la portera que iba á emprender un viaje de unos días, subió á su cuarto, sacó de un armario una maletilla todavía llena de las etiquetas que le pegaron el año anterior cuando la trajo desde su tierra á Pa-

rís, encerró en ella cuanto poseía, así de trajes como de ropa de cama, la bajó con ayuda de un vecino, tomó un coche, se hizo conducir á la estación de Orleans, y allí la facturó. Entonces tomó á pie la vuelta, y se dirigió á la calle Blanche.

—Acabo de llegar (le dijo á la portera), y pienso pasar en París el resto del invierno. No me gusta vivir en la fonda; una persona que habita en la vecindad me ha dicho que tiene V. un cuarto para alquilar, y desearía saber el precio y las condiciones.

—Mil francos por trimestre; muy barato. Por igual precio que en una fonda tendrá V. aquí una habitación completa, bien amueblada, muy mona, y en extremo tranquila. ¿Quiere V. verla?

—Con mucho gusto.

Subieron, visitaron el piso, que Grimard encontró muy de su agrado, aunque manifestando que le parecía caro; se discutió, y acabaron por arreglarse, quedando en que pagaría trescientos francos al mes.

—Bien se conoce que viene V. de provincias (dijo la portera riendo). En París, las personas como V., por cien francos más ó menos no se preocupan.

—Será porque no tienen en cuenta á la persona que les alquila la casa, y se toma la molestia de enseñársela. No he regateado para mí. Ahí van los mil francos (dijo Grimard, sacando un billete de la cartera); pero como el precio convenido son noventa y cinco, restan cinco lises para V.

La buena mujer quedó encantada, y para sus adentros declaró que eran los provincianos muy superiores á los parisienses.

—¿Y quién piensa V. que le sirva?—le dijo con afectuoso tono.

—Mi criada. Llegará mañana en el tren mixto. Como V. comprende, no era cosa de traerla conmigo en el expés, donde sólo hay coches de primera clase. Es muy caro.

—¡Ya, ya! Pero....

—¿Qué?

—Es que yo esperaba encargarme de cuidarle la casa.

—¿Cuánto me hubiese V. llevado?

—Veinte francos. Es mi precio.

—Pues bien. Como quiera que no es justo que vea defraudadas sus esperanzas, aunque yo tenga una criada, le daré á V. diez francos, es decir, la mitad de lo que

ganaría si me sirviese sola. ¿Le parece bien?

— ¡Oh, señor! Es V. muy bueno. Pero no se arrepentirá de su generosidad, porque de cuando en cuando daré una vuelta por la casa, y así andará mejor.

— Veo que nos entendemos, porque es V. muy amable. Extiéndame el recibo, y mientras tanto voy yo á la estación por mi equipaje. Por supuesto (añadió), tendré cuarto para que se instale mi criada.

— Uno muy pequeñito, sí, señor. Ya ve V.: está en el sexto piso, y como es sólo para dormir....

— Con tal que quepan su cama y su baul, basta.

— Además, ¿qué inconveniente hay en que la aloje V. en el gabinete que está junto á la antesala? Así, si se pusiera V. malo, estaba más acompañado.

— No se me había ocurrido. Tiene V. razón, y puede que me resuelva á eso.

Desde la calle Blanche, Grimard se fué á buscar á la criada por quien le había preguntado Mazade como una de las aspirantes á trabajar por cuenta de la agencia. Pero desgraciadamente no la encontró en su casa.

Había salido, y no supieron decirle cuándo volvería. Entonces pensó que tendría tiempo de volver al otro día, y que lo más urgente era recoger su maleta, é instalarse cuanto antes en su nuevo domicilio, para preparar el espionaje.

Mientras él hacía todas estas cosas, Aurelia, ó, mejor dicho, Albertina Jeanroud, siempre alerta como estaba, supo por una criada que el cuarto contiguo al de Bertin (Pedro Vignot) había sido alquilado á un desconocido. Este detalle, para todo el mundo indiferente, la llenó de zozobra, porque desde la visita de Lucía pensaba, con razón, que tarde ó temprano los amigos del presunto criminal Morlain acabarían por hacerla vigilar. Así es que resolvió ponerse en guardia y no descuidarse un momento. Pero antes quiso oír la opinión de Vignot, su amante. Porque la rara casualidad de que un extraño ocupase la vivienda inmediata á la de éste la llenaba de miedo, y quería evitar que sucediese una desgracia por efecto de una imprudencia de su cómplice, cosa fácil no estando prevenido de antemano.

Sin perder, pues, un momento, bajó á

la portería, hizo que la mujer de Jerónimo le confirmase la noticia, y luego, mirando hacia la calle, dijo con el tono más natural del mundo:

—Hoy parece que está bueno el día. Hace sol, me siento mejor, y casi estaba por salirme á dar un paseo.

—Le sentaría á V. muy bien (afirmó la portera). ¿Cómo no se anima V. y deja esa vida que hace, siempre encerrada allá arriba? En lugar de restablecerse del todo, acabará V. por caer de nuevo, y entonces sabe Dios lo que puede suceder.

—Me animo. Voy á subir para arreglarme un poco, y me marcho.

—¿Á pie?

—Si tuviera recursos, saldría en coche, pero no teniéndolos....

—¿Cómo que no los tiene? ¿Pues y el dinero que nos dejaron las cómicas? Aún no se me ha concluído. Cuando baje V., Jerónimo irá á buscar una berlina de punto, se mete V. en ella, se baja en los Campos Elíseos, da un paseíto, y luego, antes de que caiga el sol, á casa. Hágalo V. así, y después me dirá si tengo ó no razón en aconsejarla que no se deje vencer por el mal.

—Voy á vestirme. Hasta ahora mismo.

Y al salir prosiguió, acariciando á la vieja:

—Y ya que es tan buena, ¿por qué no me hace un favor?

—¿Cuál?

—Dejarme subir por la escalera principal. La de servicio es tan empinada, y yo tengo las piernas tan flojas....

—¿Por qué no la he de dejar, hija mía! Puede V. subir siempre que quiera hasta que esté buena del todo. Yo soy muy severa en el cumplimiento de las órdenes del amo; pero cuando se trata de un enfermo....

Aurelia le dió las gracias por su complacencia, salió, y comenzó á subir la escalera poco á poco, apoyándose en el pasamano y flogiendo gran fatiga.

—Al llegar al quinto piso, se aseguró como de ordinario de que no era observada, y sacando del bolsillo una esquelita, escrita sin duda de antemano, la deslizó por debajo de la puerta de casa de Bertin. El billete aquel decía así:

«Querido mío: Ocurren novedades. No te asustes. Quizás no sea muy grave lo que

pasa; pero es necesario que te vea en seguida. Sal, y ven á reunirme conmigo en las Tullerías. Te espero en la plazoleta que corresponde á la calle de Rivoli. No entro en tu casa, porque dentro de una hora tendrás un vecino, y no sé cómo me las arreglaría para salir otra vez. Por eso te cito en otra parte.

»TU CULEBRITA.»

Hecho esto, la *Culebra* llegó á su habitación, se vistió como una enferma que se precave contra al frío; se envolvió la cabeza en una toquilla, encubriendo casi el rostro; se arropó con su mantón, y bajó de nuevo.

—Ya estoy dispuesta á echar á andar,
—dijo, al ver á la portera que estaba en su tabuco.

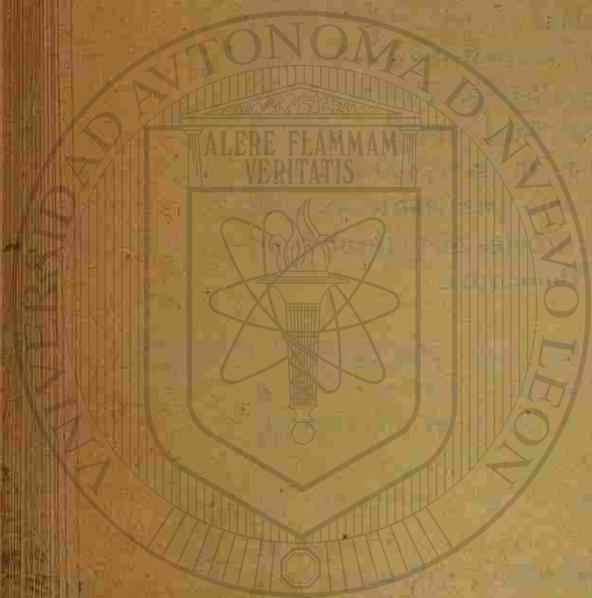
Ésta le predijo nuevamente un próximo restablecimiento, se empeñó en que llevase otro mantón suyo para envolverse las piernas, y ella misma se las abrigó cuando estuvo sentada en el coche.

En la calle Royale, Aurelia se asomó á la ventanilla, y le dijo al cochero á quien Jerónimo había dado orden de ir á los Cam-

pos Elíseos, recomendándole encarecidamente á la enferma:

—Tengo deseo de aprovechar el sol para dar una vuelta á pie por las Tullerías. Pare V. delante de la verja del jardín.

El cochero obedeció, la ayudó á bajar, y la vió desaparecer con paso lento y vacilante por entre los árboles que crecen frente á la plaza de la Concordia.



X.

Albertina fué la primera en llegar al lugar de la cita. Sentóse debajo de un árbol esperando á su amante, y para fingir mejor indiferencia, sacó un periódico antiguo que por casualidad llevaba en el bolsillo, y se puso á leer. Á poco un hombre como de cincuenta años, apoyándose en su bastón y cojeando un poco, desembocó en la plazoleta. Llevaba toda la barba, una barba gris y áspera, y ocultaba los ojos detrás de unas gafas cerradas de cristales azules. Su traje, sin poder llamarse elegante, era

bueno, y convenía á su edad y á su tipo. Parecía un antiguo comerciante retirado por causa de la salud, después de redondear una fortunita para poder vivir de sus rentas. Dos guardas del jardín que paseaban tomando el sol, se fijaron en él, y el más anciano dijo sonriendo:

—Mira; otro que anda renqueando. Hoy, como hace buen día, todos los lisiados de París han salido á tomar el sol, y el jardín está lleno de ellos. Parece la explanada de los Inválidos.

—Pero éste está más fuerte que los otros. Tendrá un poquitillo de reuma en la pierna; pero, por lo demás, anda bien tieso.

—Lo que es á juzgar por lo que se ve, no tiene nada que echar en cara á los demás carcamales.

—Mira, mira si es verdad lo que te digo.

—¡Hola! ¡Miren el Matusalén! Aquella chiquilla de allá abajo ha producido su efecto. Y es muy mona.

—¿Qué apuestas á que ese no ha salido para calentarse las espaldas al sol? ¿Á que se echa á la calle para calentarse el cora-

zón á la luz de unos ojos bonitos? Ya verás; ahora se le acerca poco á poco, la aborda, y no le faltará motivo para entablar conversación. Nosotros ya conocemos el sistema.

Los guardas no se equivocaron. El hombre á quien observaban paseando, se acercaba lentamente, y como por casualidad, al banco en donde leía Albertina Jeanrond. Cada vez era más estrecho el círculo que describía en su paseo, y acabó por ocupar una silla cerca de ella.

—¡Eh! ¿Qué te parece?—dijo el guarda joven, dando con el codo á su camarada.

—Ya ha puesto sitio á la plaza. Dentro de un poco romperá el fuego. Mira, ya ha cambiado de silla, y está junto de la muchacha.... Y la cosa parece que marcha.

—En efecto: sin darle muchas esperanzas, porque no ha levantado los ojos del periódico, no parece que sea muy esquiva la chica.

—¡Anda! Dejémosles, y vamos á ver otros por el estilo. Es la única diversión que se saca de nuestro oficio.

Los guardas se alejaron; pero Alberti-

na no esperó su desaparición para decir á su fingido perseguidor:

— Jamás te he visto tan bien disfrazado. ¡Estás admirable!

— ¡Verdad que sí? — repuso Vignot, sonriendo con fatuidad.

Cuando encomiaban su talento de cómico se ponía siempre contento. Pero esta vez no pudo menos de añadir:

— ¡Acaso me perjudica para tu cariño parecer tan feo y tan viejo?

— ¡Oh! Quitá allá.... Como quiera que te veo con el alma tal cual eres, joven, fuerte, y siempre amante...., esos disfraces me gustan. Así no eres para los otros como para mí: yo sola te aprecio y gozo de la realidad de tu vida. Cuando quiero, esa mirada se anima para mí; tu cuerpo se pone erguido y hermoso para mí sola.... No temas, no. Te quiero igual que el primer día. Lo mismo que aquel en que la niña abandonada en las calles de París se convirtió en tu querida. Te quiero por todas las miserias que hemos sufrido juntos.

— Gracias (interrumpió Vignot). Pero, mira, á tal punto me he identificado con el verdadero Bertin, que muchas veces se me

figura que soy, como él, viejo, y estoy, como él estaba, enfermo. Mas hablemos de cosas serias. Me has escrito que ocurren novedades, que voy á tener un vecino enfrente de mi cuarto. ¿Te da miedo eso?

— Miedo no. Pero creo que conviene desconfiar.

— ¿Conoces tú al vecino en cuestión?

— Sólo he oído hablar de él; no lo he visto.

— Yo sí. El cuarto suyo y el mío estaban antes reunidos, y sólo los separa un tabique correspondiente al gabinete oscuro que da sobre las dos antesalas. Esta mañana oí hablar, y pensé que se trataba de alquilar el piso. Tomé mis precauciones para encontrar al vecino al salir con la portera, y le vi.

— ¿Qué clase de hombre es?

— Desde luego estoy seguro de que no pertenece á la policía. Los polizontes tienen otra facha. Pero bien pudiera ser agente de algún particular.

— Opinas como yo. Quizás algún amigo de Morlain....

— Sin duda. La idea de mandar á la señorita aquella á Nantes fué muy buena,

porque nos desembarazó de ella por algún tiempo; pero como todo en el mundo tiene su pro y su contra, la de esto fué, que al convencerse de que te habías burlado de ella, quizás se le despertaron sospechas.

—¿De mí?

—De ti. Yo para nada figuro en ese asunto.

—Entonces, ¿por qué si ese hombre es un espía viene á vivir cerca de ti?

—Porque no había otro cuarto para alquilar en la casa. Mejor hubiera querido uno de criados cerca del tuyo; pero, á falta de pan, buenas son tortas. ¿Y sabes si va á vivir solo?

—No. Con una criada, según me dijo la portera.

—¿Tiene ya una?

—Mañana debe llegar de su país.

—¿De su país! ¡Ta, ta, ta! ¿Provincianos tenemos? Entonces hay que fiarse menos. La mirada que me dirigió cuando nos encontramos era de parisién.... Además, un muchacho joven de su facha, que viene á pasar en París unos meses divirtiéndose, no trae una criada de su tierra, que al volver cuenta las picardías de su amo. Son

detalles estos que ni siquiera merecen nombre de indicios; pero revisten mucha importancia. ¡Es lástima que tengaya criada ese hombre!

—¿Por qué?

—Porque tú estás sin colocación; necesitas ganar la vida, y, con la protección de la portera, podías haber entrado á su servicio.

—Buena idea....

—¿No te parece soberbia?

—¡Oh! Seguramente....

—Hecho así, en vez de ser vigilada por él, le vigilarías tú, y en pocos días sabríamos á qué atenernos de seguro. Si en efecto es un provinciano, le dejabas. Su servicio no te convenía.... Pero si era un espía, como sospechamos, entonces.... con tu cara y tu talento te pertenecería, dejando de obedecer á los que le hubiesen enviado. ¡Y que mi Culebrita no sabría hacer ese papel!.... Si no, ahí está el príncipe Polkine, que le volviste loco, estúpido, ciego....

—Á su edad no era peligroso, — murmuró Albertina.

—¿Y éste lo sería para ti?

—No. Mas para desempeñar ese papel, es preciso prometer mucho, y un hombre joven como tu vecino, exigiría que se cumpliera con él.

—Y tú no cumplirás. ¿Supones que te van á faltar medios para ofrecer mucho y no dar nada?

—Pero hablamos como si ya estuviese á su servicio. Y es muy difícil lograrlo. Ya te he dicho que espera una criada.

—Si la toma, no hay más remedio que tener paciencia, y desde luego no debemos apurarnos mucho, porque probablemente es lo que dice: un provinciano... Pero, ¿á qué me miras con esa cara de no entender?....

—¡Ah!... ¡Ya! Ya caigo....

—¡Gracias á Dios!.... Me admiraba tu torpeza.... No reconocía tu habitual perspicacia.

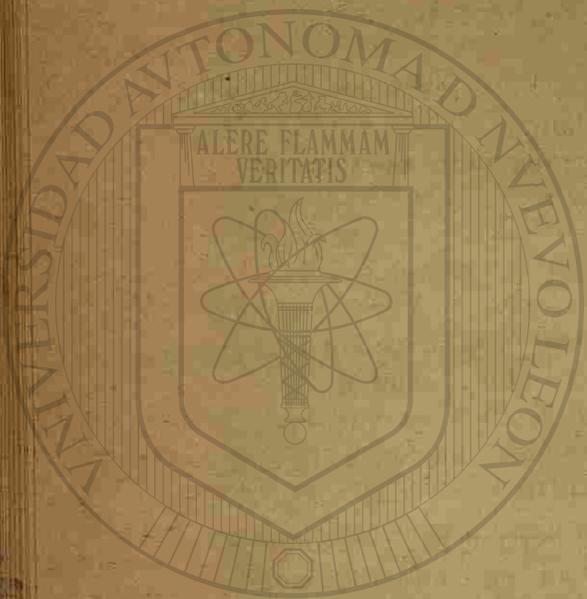
—Quieres decir que si viene á la casa por mí, por mí sola, se apresurará á aceptar mis servicios....

—Claro, mujer. Quedará encantado de su buena suerte. Como toda esa gente se cree muy fuerte, pensará como nosotros pensamos, pero con más razón que él:

«Nada se me escapará. Dentro de pocos días leeré en su corazón como en un libro abierto.»

—¡Está fresco!.... — exclamó Aurelia, haciendo un mohín.

Pero de pronto su frente se oscureció.



XI.

Pedro Vignot tenía el hábito adquirido de leer como en un libro en la fisonomía de su querida. Advirtió su repentina preocupación, y la dijo:

— ¡Vaya! ¿Otra vez vuelves á tus temores y tus apuros? Anda, confíesalo.... Prefiero oírte, mejor que verte así preocupada y atormentándote sin necesidad.

— Pues bien, sí (repuso Albertina). Me preocupa y me asusta nuestra osadía. Somos muy imprudentes, y al fin nos sucederá una desgracia.

—Pero ¿á qué llamas imprudencia? ¿En qué ha cambiado nuestra situación?

—Sospechan de mí. Tú mismo lo reconoces, y tienes miedo. ¿Te parece poco?

—No. El caso es grave, pero no por culpa nuestra. Tomamos todo género de precauciones, y así no es fácil que nos sorprendan. Además, esas sospechas, si existen, ¿han nacido en el ánimo de la justicia? Seguramente no. Las tienen sus adversarios, los que quieren salvar á un hombre que ella persigue y se apresta á condenar.... ¿Y qué hacen después de todo? Servirse de un agente exento de toda autoridad, oficioso, y que, por lo tanto, no tiene ningún carácter legal. ¿Te vigilan? Pues tu conducta es sencilla. Conducete de modo que te tomen por una santita.... Si nos siguiéramos viendo como antes, viniendo tú á mi casa, entonces habría el peligro de que nos sorprendieran. Mi nuevo vecino podría verte salir ó entrar, y decir mañana: «Los dos testigos de cargo más importantes, los que más abruman con sus declaraciones al acusado, son amigos, se conocen, sostienen relaciones íntimas.... La doncella de la señora Vivian es la querida de Bertin. La

que finge estar enferma y cuyas crisis nerviosas tanta lástima causaron al Juez instructor y al Comisario de policía, cena y duerme á diario con el vecino del quinto piso. Todo esto es muy grave, y requiere una nueva instrucción de la causa. El ministerio público no debe exponerse á un fiasco delante del público y del jurado....» Pero hoy por hoy nada temas. Procediendo con calma, lograremos salvarnos, y el que hará el *fiasco* será el acusado, ó, mejor dicho, sus protectores acérrimos. Nada sabrán, y si te manejas con tacto, lejos de ser víctima de tu espía, le trocarás en tu aliado. ¿Comprendes? ¿Estás ya tranquila?

—Sí. No sé cómo haces para convencerme siempre. Pero, ¿cuánto tiempo va á prolongarse nuestra separación?

—Unos pocos días. Mientras dure esto. Hasta que recaiga sentencia en la causa.

—¿Y luego?

—Luego tomaremos el portante, y *laus Christi*....

—¿Renuncias, pues, á los dos millones?

—¡Renunciar! ¡Nunca, mi vida!.... Están al alcance de mi mano. Mis temores se han desvanecido; ningún muro los oculta,

y, por consiguiente, para sacarlos sólo necesito una oportunidad.

— ¿Y cómo averiguaste eso?

— De igual manera que todo lo demás.

Cuando me conviene, sabes que nada se me oculta á la corta ó á la larga. Y ahora es claro que me convenía, y mucho, saber á qué atenerme. En todos mis paseos me dirigía desde hace mucho tiempo al parque de Monceau, al boulevard Malesherbes, y por lo tanto vigilaba el antiguo palacio Polkine, hoy de Limours. ¿Quién, al verme andar como tú hace poco, no diría que era un enfermo, un convaleciente, bien pacífico por cierto? Pero este carcamal tiene ojos de lince y paciencia de gato, y por eso sabe esperar y aprovecharse de todo.... Por fin logré mi objeto. Hace cuatro ó cinco días entró en el hotel un carretón cargado de macetas. El nombre del jardinero estaba escrito sobre uno de los varaes del carricoche. Lo apunté desde luego, y en seguida me puse á pensar: «¿Estas flores para dónde serán? ¿Para la estufa? No, porque no la hay en la casa. Para los salones del piso bajo tampoco, porque los Duques no reciben. El marido se pasa la vida en el

Círculo, y la mujer en el estudio. No tienen objeto en las habitaciones de recibir. Deben, pues, estar destinadas para el estudio, en donde veo, ó mejor, presiento á la Duquesa siempre que miro las ventanas de los que fueron mi cuarto y mi saloncito cuando ya no era Pedro Vignot.... Aquellos lugares donde se encierra mi ignorada fortuna, los millones que serán mi felicidad y la de mi Culebrita de mi alma....»

— ¿Y qué hiciste después?

— Un jardinero (prosiguió Vignot sin apresurarse) cuida las flores todas de la casa. Cambia las que se estropean, cultiva las otras, y las riega. Resolví, pues, por algunas horas ser el jardinero de la duquesa de Limours.

— Eres el diablo....

— Sí; algo hay de eso. Tengo talento de invención. Entré en un almacén de florista que hay en el boulevard. Observé el tipo y las maneras de los dependientes que van á llevar macetas á las casas. Luego una mañana salí de la mía, alquilé un cuarto amueblado, me arreglé en él una cabeza á propósito, y con gran frescura me fuí al hotel de Limours. El portero me

preguntó qué quería : « Vengo de parte del amo (le dije) para ver las plantas , y cambiarlas si hay necesidad. » Y así diciendo, le di el nombre del jardinero. El portero llamó á un criado, y éste me llevó al piso segundo.

— ¡ De modo que entraste en el estudio de la Duquesa !....

— No con tanto desahogo como cuando era el secretario, el amigo, el confidente del príncipe Polkine....

— ¡ Y el amante de su mujer ! — exclamó Aurelia sin poder contenerse.

Vignot prosiguió, sin hacer caso de este arranque de su querida :

— Entonces entraba en el hotel siempre que me daba la gana.... Esta vez subí por la escalera de servicio, y acompañando.... ¡ Cómo ha de ser !.... Al llegar frente á la puerta del estudio, el lacayo abrió, y me dijo : « Despache V. lo que tenga que hacer. » Pero el grandísimo animal no se fué.... No sé si me espiaba.... Quizás tendría orden de no dejar solo á ningún extraño en el santuario de su ama.... De todos modos, el caso fué que, paseándose de arriba abajo, mirando los cuadros, como quien no

quiere la cosa, allí se estaba el bueno del hombre. Yo había sacado del bolsillo una podadera, cortaba las ramas sobrantes de las plantas.... Y no lo hice del todo mal.... Cualquiera me hubiese tomado por un jardinero de oficio....

— ¿ Y el escondite de los dos millones ?

— Á pesar de las reformas introducidas en el local, reconcí mi antigua vivienda, y en el fondo del estudio el cuarto oscuro donde arreglé el escondite. De maceta en maceta, me fuí acercando. Por fin, cuando estuve delante de él, dije : « Esta planta necesita agua. ¿ Dónde la habrá ? » — « Por ahí.... en algún rincón.... La señora Duquesa riega ella misma sus flores.... » Y mientras decía esto, miraba en torno suyo, buscando la regadera. — « Este es un simple lacayo. Nunca se ha ocupado de la limpieza del estudio, » pensé. De pronto recordó el lugar en donde debía estar el agua, y se dirigió precisamente hacia el sitio que yo no perdía de vista ; alzó la cortina, que ha sustituido á la puerta, y me dijo : « Aquí, en este cuarto, encontrará V. lo que necesita. »

— ¡ Ah !

—Sí. Era el cuarto mismo de otros tiempos. Sólo que hoy no sirve más que para guardar caballetes, lienzos y otros mil objetos indispensables, que alterarían la armonía del aposento predilecto de la Duquesa.

—¿Nada han cambiado en él?

—Nada. El armario está como antes; el papel que cubre el muro es el mismo que yo pegué.... De modo que los billetes de banco me esperan allí, detrás de los ladrillos que yo removí.... Un momento de descuido del lacayo, me hubiese permitido recogerlos.

—¿Y no tuviste la tentación?

—¿De lanzarme sobre él y estrangularle? ¡Vaya!.... ¡Hasta le miré con ese propósito!.... Si se hubiera tratado de algún alfeñique, como hay Dios que le ahogo. Pero era un mocetón de cinco pies y seis pulgadas, robusto, imponente con su librea, y tuve miedo de errar el golpe.

—¿En seguida te marchaste?

—Como había entrado, con las manos vacías. Pero ya comprendes que mi visita no fué inútil, y representa un gran paso en nuestros negocios.... Los dos millones es-

tán al alcance de nuestra mano. Ningún obstáculo insuperable los separa de nosotros.... Ahora sólo hace falta hallar ocasión propicia para recogerlos. Con media hora que esté solo en el estudio, basta para poder salir con el *gato* debajo del brazo.

—Es muy difícil eso, Pedro....

—No lo niego; pero lo es mucho menos que escapar del presidio de Caledonia...., y me escurrí dos veces ya....

—Tienes razón, — dijo Aurelia.

—Pero de eso no hay que hablar. Corresponde al porvenir, y corre de mi cuenta. Hablemos del presente, que es lo que más nos interesa. ¿Me has comprendido bien? Hasta nueva orden es menester que no nos veamos, suceda lo que quiera. Procura á todo trance ser recibida por el nuevo inquilino como criada. Después de lograrlo, compóntelas de modo que se vuelva loco ó tonto; para el caso es igual. La cuestión es que se enamore de ti, y se deje cortar el pelo como Sansón... ¿Eh? Ya ves que en presidio no se olvida la Historia Sagrada.... Y adiós, Culebrita de mi alma. Tu paseo pudiera parecer demasiado largo, y es preciso que vuelvas á la calle Blanche.

Se estrecharon las manos, cruzando entre sí una mirada ardiente y cariñosa, y Pedro Vignot, siempre arrastrando la pierna, se alejó.

Los dos guardas desembocaban en la plazoleta al propio tiempo que él salía, y el viejo exclamó, haciendo un gesto picaresco:

— ¡Hola! Parece que la cosa marcha. Deben haberse dado cita, porque la pequeña se ha puesto ya en pie, y se dispone á marcharse como quien no quiere la cosa....

XII

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al volver á su casa, Aurelia se detuvo en la portería. Llevaba el rostro animado, y en sus labios vagaba una sonrisa de satisfacción.

— ¡Ay, señora Magdalena! (dijo, dirigiéndose á la portera.) ¡Qué bien me ha sentado el paseo! Á no sentirme tan mejorada, no lo creería. Me encuentro fuerte como antes de estar mala. Igual que si nada hubiese sufrido...

— Ya lo decía yo. No hay nada peor que acobardarse y pasar el día y la noche en-

cerrada en su cuarto. Si me hubiese V. hecho caso desde un principio, el ejercicio, el aire libre y el sol la hubiesen curado antes. Ahora, ¿sabe V. lo que le hace falta? Una buena colocación en casa de poco movimiento; en la de un hombre solo, por ejemplo.

— ¡No crea V., que ya lo he pensado! Pero cuando sepan que salgo de una larga enfermedad....

— ¿Y qué necesidad hay de enterar á la gente de eso? Porque como V. no lo diga, nadie, al verla con esos colores y esa cara llena de salud, lo sospechará.

— ¿Me aconseja V. que me dirija á una agencia de sirvientes, para buscar esa colocación, señora Magdalena?

— Tengo esperanzas de poderla colocar á V. en casa del inquilino del piso quinto, que acaba de tomar posesión de él. Espere V., y si no consiguiéramos nada, entonces apeláramos al recurso de la agencia.

— ¿No tiene criada ese señor?

— Por ahora no; pero espera una de su tierra. Si pudiese yo decidirle á que la tomase á V. en vez de la otra....

— ¡Cuánto se lo agradecería!

— Ya probaremos..., aunque tengo cierto reparo....

— ¿Por qué?

— Porque él es joven y V. también. Él es guapo, y V., vamos, no es para despreciarla.... Y, francamente, tengo miedo....; porque, como dice Jerónimo, el hombre es fuego, la mujer estopa..., y.... ya sabe V. lo demás....

— ¡Oh! ¡Qué cosas tiene V.! Piense en mis antecedentes. Soy una mujer honrada. ¿Cuándo me ha visto V. andar en líos desde que estoy en esta casa?

— Nunca; eso es verdad. Como formal y prudente, no hay otra que lo sea más que V. Así le dije siempre al Juez de instrucción y al Comisario. Si tiene V. algún novio, no sé dónde diantres lo esconde, porque casi nunca la he visto salir de casa ni recibir en ella á nadie.

— Como que no tengo novio, y cuando lo tenga, será para casarme con él.

— Así me gusta. Si todas las muchachas que viven en la casa pensarán de esa manera.... De suerte que si entrase V. en la del vecino del piso quinto, ¿no habría nada que temer?

—Seguramente no. Cuando una se quiere hacer respetar.... Y, después de todo, nada se pierde con probar. Si ese señor no se portara como corresponde, la avisaría á V., y buscaríamos otra casa.

—Entonces, decididamente le hablaré del asunto. Si no la admite á V., tampoco yo le sirvo.... que de todos modos no pensaba andar subiendo y bajando. Voy á ver si quiere algo, y aprovecharé el viaje.

Así lo hizo la portera, y desde luego abordó la cuestión con Grimard.

—¡Qué lástima (le dijo) que espere V. criada!.... Tenía yo una chica que recomendarle....; vamos, que no hay cosa mejor....

—¿Y quién es ella?

—Una que vive en esta casa hace un año. Su ama murió hace poco, y está desacomodada.

Grimard, ocupado en colocar su ropa en el armario, no se volvió siquiera; pero al oír las palabras últimas de la portera, aguzó el oído. Aquella criada que le ofrecían, que habitaba en la casa hacía un año, ¿se llamaría Aurelia? Si así era, ¡qué fortuna! La mujer que debía desempeñar el papel

de sirvienta, y á la cual no encontró en casa, no le inspiraba gran confianza. La agencia no la había empleado aún, y, por lo tanto, se ignoraba si era ó no mujer inteligente y discreta como requería el caso. ¡Y si una ú otra propiedad le faltaban!.... En cambio, ¡qué ventaja poder pasarse sin ella! ¡Y vaya un golpe maestro para un principiante, tomar á su servicio, hacer depender de él, vivir bajo el mismo techo que la persona á quien tenía orden de vigilar en todos los detalles de su vida!.... Pero si, en efecto, se trataba de Aurelia, después de haber dicho que esperaba á la criada de su país, ¿cómo arreglarse para poder aceptar aquélla en vez de ésta?

—¿Es joven esa mujer de quien me hablaba V.?—preguntó, mientras plegaba un gabán.

—Sí, señor. Tiene de veintidos á veintitres años. Y, además, un aire tan señor y una figura tan bonita.... No digamos que es una preciosidad.... Las preciosidades no son criadas mucho tiempo en este pícaro París.... Pero sí es guapita.... Vamos, que le conviene á V.

—Caramba, ¡qué lástima!....—exclamó

Grimard, fingiendo dejarse seducir por el retrato que de Aurelia le hacía la portera.

— Vaya si lo es.... Lo que es yo, en su caso de V. no vacilaría. Entre una parisíen joven, bonita y lista, ó una palurda torpe, y puede que vieja....

— ¡Ah! Lo que es eso.... La que espero pasa de los cincuenta, y no es de las que descubrieron la pólvora,—interrumpió riendo el espía.

— ¿Y la prefiere V. á la que yo le propongo?

— Tanto como eso, no. Pero la conozco hace mucho tiempo, y en punto á honrada....

— ¡Toma! Aurelia lo será tanto, por lo menos.... De eso yo le respondo á V.

— ¿Aurelia se llama? ¡Vaya un nombre bonito! ¡Aurelia!.... (dijo Grimard, conteniendo á duras penas su alegría.) ¡Me ha dicho V. que su ama murió hace poco?

— Sí. Y de un modo bien terrible por cierto.... ¡Pobre señora!.... ¿No ha oído V. hablar del asesinato de una cómica llamada Laura Vivian, que murió á manos de su amante, un tal Morlain?

— Sí, lo leí en los periódicos; y allá en

mi pueblo se habló mucho de ese crimen.... ¿Pero estoy en la casa en que éste tuvo lugar, y no me había V. dicho nada?....

— Pues, hombre, ¡bueno fuera que pudiéramos un anuncio en la puerta para espantar á la gente!.... Se lo he dicho á V. cuando ha venido á pelo.... ¿Acaso le da miedo vivir en la casa por eso?

— ¡Miedo! ¿Por qué? Todo lo contrario. Ya sabe V. aquello que suele decirse: «No hay camino mejor guardado que el recién robado.»

— ¡Bendito sea Dios! No es V. tan provinciano como temía; y me choca cómo puede entenderse con su criada vieja y torpe.

— ¡Ah! ¡Caramba! ¡Si no fuera porque á las ocho de la noche de hoy tomará el tren para estar aquí mañana, como se lo encargué!

— ¿Y para qué quiere V. el telégrafo?

— ¡El telégrafo! ¡Calla, pues es verdad! Aún había tiempo para ponerle un telegrama. Pero V., ¿me responde de su recomendada?

— Con toda el alma; y cuando yo respondo de una persona, ya puede cualquie-

ra fiarse de ella. Infórmese por ahí, en el barrio, y verá V. lo que le dicen.

—No, eso no: me basta con su palabra. Con sólo verla á V., ya se comprende que es persona inteligente y honrada. Nosotros los provincianos somos muy reparones... Pero me dispensará que no acepte desde luego. Antes quisiera conocer á esa chica...

—Nada más justo. Precisamente está en mi casa. Voy á llamarla, y así pueden Vds. tratar lo que más les convenga.

Así diciendo, la señora Magdalena salió, felicitándose por su habilidad, y contenta de la amabilidad del nuevo inquilino, en tanto que éste se felicitaba también por su perspicacia y su tacto, desenvueltos admirablemente en aquel caso. Tan sólo una cosa le preocupaba. Durante el día iba á poder espiar á Aurelia con toda comodidad; pero, ¿y por la noche? Si salía, si recibía á alguno ó abandonaba su casa, ¿cómo haría para saberlo? Vivir en el quinto piso y vigilar el sexto, ser á la vez amo y criado, era un poco difícil, si no imposible. De pronto se dió una palmada en la frente, y sonrió: había recordado que la portera le

habló de un cuarto oscuro junto á la antecámara, muy á propósito para servir de alcoba á su criada. ¿Por qué no podía instalar en él á Aurelia? De esta suerte estaba resuelto el problema. Por eso murmuraba: «Vaya, que soy un hombre de provecho,» cuando oyó que llamaban á la puerta.

Se apresuró á abrir, y al primer golpe de vista se convenció de la exactitud del retrato hecho por la portera. La joven que tenía delante, con los ojos bajos y su aspecto humilde y recatado, no era guapa ni mucho menos, pero tenía una gracia especial, y Grimard, que no era lerdo para apreciar estos detalles, los estimó en su justo valor. Semejantes piezas merecían la pena de ser cazadas. El oficio tenía algo de agradable.

—La señora Magdalena me ha recomendado los servicios de V. (dijo), y por mi parte tengo deseos de serle agradable. Estoy, pues, decidido á recibirla á V. á mi servicio..., siempre y cuando sus pretensiones no sean muy exageradas. En provincias no se pagan las criadas como en París.

—Lo sé bien, señor; y como á mi vez deseo complacer á la señora Magdalena,

estoy dispuesta también á conformarme con lo que ella estime justo.

—¿Quiere V. que me entienda con ella para fijar el salario?

—Sí, señor. Es lo más conveniente.

—Bien...; pero debo hacerle á V. una advertencia antes de tratar de otra cosa.

—¿Y cuál es?

—Que deseo que deje V. su cuarto y duerma aquí, en la pieza que hay junto á la antesala. Podía ponerme enfermo cualquier noche, y deseo tener alguien cerca de mí.

—No tengo inconveniente en lo que V. desea.

—Entonces, ¿estamos conformes?

—Decididamente eres lo que me figuraba,—pensó Aurelia, mientras Grimard desaparecía por la puerta del salón.

XIII.

Jorge Fontaine dividía su actividad toda entre Pedro de Morlain y la duquesa Diana de Limours. Para él, uno tenía el desinterés, la amistad persistente, no obstante la traición, á causa de la traición quizás, porque con ella trataba de atenuar á sus propios ojos la fealdad de la falta. Para la otra, guardaba el amor dichoso, satisfecho, á pesar de los remordimientos que le causaba. En cuanto al trabajo, lo mismo el material que el intelectual, los tenía abandonados en absoluto. Se despertaba tarde,

estoy dispuesta también á conformarme con lo que ella estime justo.

—¿Quiere V. que me entienda con ella para fijar el salario?

—Sí, señor. Es lo más conveniente.

—Bien...; pero debo hacerle á V. una advertencia antes de tratar de otra cosa.

—¿Y cuál es?

—Que deseo que deje V. su cuarto y duerma aquí, en la pieza que hay junto á la antesala. Podía ponerme enfermo cualquier noche, y deseo tener alguien cerca de mí.

—No tengo inconveniente en lo que V. desea.

—Entonces, ¿estamos conformes?

—Decididamente eres lo que me figuraba,—pensó Aurelia, mientras Grimard desaparecía por la puerta del salón.

XIII.

Jorge Fontaine dividía su actividad toda entre Pedro de Morlain y la duquesa Diana de Limours. Para él, uno tenía el desinterés, la amistad persistente, no obstante la traición, á causa de la traición quizás, porque con ella trataba de atenuar á sus propios ojos la fealdad de la falta. Para la otra, guardaba el amor dichoso, satisfecho, á pesar de los remordimientos que le causaba. En cuanto al trabajo, lo mismo el material que el intelectual, los tenía abandonados en absoluto. Se despertaba tarde,

con el cuerpo, si no fatigado, enervado por los placeres de la víspera, y solía quedarse largo espacio meditando antes de levantarse, indolente, incapaz de crear y sentir el arte, sin más fuerza de inteligencia que para evocar dulces recuerdos y forjar más dulces esperanzas. Por fin, saltaba del lecho, se vestía, é iba en busca de su hermana, que había cambiado mucho para con él, pues ya no era tan expansiva como antes: pasaba junto á ella unos momentos, sin echar de ver, en apariencia, su semi-frialdad, cuya causa conocía, y se marchaba en casa de Mazade para saber si el espionaje cerca de Aurelia había producido algún fruto. Desde la agencia se trasladaba á casa del defensor de Pedro, le llevaba los antecedentes que ésta le solía pedir, y procuraba espolear su interés por el preso y comunicarle su criterio sobre la inocencia de aquél.

Con mucha frecuencia el itinerario se alteraba en parte. Aprovechando las atenciones que le detenían en la prefectura de policía y la autorización que había obtenido para poder visitar cuando quisiera á su amigo, hacíase conducir á Mazas, y pasaba en compañía de Pedro media hora antes de

visitar al abogado. Entonces le rendía cuentas de sus gestiones, se ponía de acuerdo con él sobre algún punto dudoso, le daba esperanzas para infundirle ánimo, y reanimaba aquel espíritu, á quien el aislamiento y la impaciencia comenzaban á abatir. La falta de lesa amistad que había cometido tornaba en sufrimientos lo que de otra suerte fueran instantes placenteros. Aquellas entrevistas eran para Jorge un verdadero tormento. Pero se condenaba á padecerlo, con tal de llevar al preso un átomo de la vida exterior, un eco de la libertad, que iluminase su alma como un rayo de sol en medio de la noche sombría.

Cumplidos estos deberes, olvidando al amigo para pensar sólo en la mujer amada, ahogando escrúpulos en egoísmo, iba al palacio de Diana. Hacia las tres de la tarde todos los días entraba en el estudio, cuyo camino conocía tan bien. La Duquesa le estaba esperando ya, temblorosa desde que escuchaba sus pasos en la escalera, y no bien se cerraba la puerta y las cortinas les ponían á cubierto de toda indiscreción del servicio de la casa, caían el uno en brazos del otro. Primero estallaba un prolongado

beso; luego un torrente de ellos. Después de esta primera explosión, Diana llevaba á su amante al fondo del estudio, al lugar preferido por los dos; sentábase junto á él, le tomaba las manos, mirábase en sus ojos, y de sus labios, aún candentes por el beso abrasador, salían un sin fin de palabras vivas y de preguntas apremiantes que no esperaban respuesta:

—¿Qué has hecho desde que nos separamos? ¿Has pensado mucho en mí, sólo en mí, siempre en mí? ¡Si supieras qué largo se me ha hecho el tiempo!.... Esta noche he soñado contigo.... ¡Soñé que ya no me querías, y que me volvía loca de pena!.... ¿Te parece á ti si es desgracia la mía? ¿Por qué habré soñado eso? Por fortuna, no soy supersticiosa.... ¿Me quieres mucho, mucho, mucho? ¿Y nunca me olvidarás? Mira, no sabría pasarme sin ti. Eres mi vida entera. El mundo me es indiferente. Ya, ni hago visitas, ni recibo á mis amigos, ni voy á ninguna parte. Existo por ti y para tí...., y cuando no te tengo cerca, me parece que no vivo. Cuando te marchas, me quedo aquí, en el estudio, y me parece que aún te veo y te hablo. ¡Pero tú no me contestas,

y cuando mis labios buscan los tuyos, no los encuentran!.... Mas ahora sí los hallan; mira, mira si los hallan, y.... los devoran.... á besos....

Y al hablar así, Diana no exageraba. Su amor hacia Jorge no tenía límites. Le amaba con locura, con negación de ella propia, como nunca había amado por todo el tiempo en que su corazón estuvo como adormecido. Era una revancha de su ayer, de sus aspiraciones desairadas, de sus entusiasmos sin objeto, de sus sacrificios á la sociedad, de la falta de expansión por espacio de muchos años.... Estaba enamorada con la inteligencia, con el corazón y con los sentidos. Sensaciones y sentimientos, impulsos del alma y deseos de la carne, todo se confundía, se mezclaba, se combinaba, hasta no formar más que un todo concreto. ¿Cómo fué que alcanzó tanto desarrollo su pasión en tan poco tiempo? Muchas veces, reflexionando, trató de explicarse esto, y como para Jorge no tenía nada oculto, como delante de él pensaba en voz alta, solía decirle, con una ingenuidad adorable, interrumpiéndose con caricias, viendo su imagen retratada en las pupilas de su

amante, y sintiendo que su aliento le acariciaba la boca :

— Desde el primer día que te vi me dominaste. Tu belleza masculina y femenina al mismo tiempo me deslumbró. Tu mirar dulce y ardiente, abrasador y sonriente al paso, me penetró en el alma. Buscaba defectos en ti, y no los encontraba.... Eres mi ideal realizado. Cuando niña, soñaba un hombre como tú.... Cuando defendías la causa de tu amigo con aquella elocuencia y aquella pasión, tu palabra sonora, acompañada, ardiente, entusiasta, me encantó. « Sabiendo querer así á un amigo (pensaba), si tan bien comprende la amistad, ¿cómo comprenderá el amor? »

Se detenía, le daba un beso muy rápido en la boca, y proseguía :

— Sin embargo, te oculté mi nombre, te engañé, y huí.... ¿ Crees que sólo lo hice por respeto á mi reputación? Pues te engañas. Obedecí á otro móvil: tenía miedo de ti y de mí.... Cuando me enviaste mi retrato, pensé: « Para retratarme tan parecida, para recordar hasta el menor detalle de mi cara, ¡cuán honda impresión debe haberle causado mi presencia!.... » É in-

conscientemente estaba satisfecha.... Era dichosa.... Te escribí para que vinieras, porque necesitaba verte.... ¿ Y recuerdas cómo te recibí? ¡ Con qué frialdad!.... ¡ Con qué dureza!.... Era que me proponía ponerme en guardia contra mí misma, interponiendo entre nosotros obstáculos infranqueables.... Pero tu mirada los abrasó; el soplo de tus labios, al besarme con el alma y con el deseo, las redujo á polvo.... Por eso te dije: « Vuelva V. » Y tú volviste.... Y aquí, en este estudio mismo, durante nuestras conversaciones, en las cuales tú me revelabas tu alma, como yo te mostraba la mía, en aquellas conversaciones en las cuales me exhibías tu corazón joven, puro, ardiente y lleno de virginidad, se fundó mi cariño, mi amor de todo el ser, y te adoré, después de admirarte, como un artista admira al ideal perfecto de sus ensueños....

Así le decía cuanto pensaba, hasta lo más oculto en el fondo de su corazón. Y Jorge la dejaba hablar sin interrumpirla, dichoso, con el espíritu henchido de ventura y el amor propio satisfecho; como adormecido ó en éxtasis delicioso, con ese dulce

bienestar del hombre que se siente amado: con esa indolencia del criollo que se cree bajo la acción del sol ardiente de su patria: y se adormecía al sonido de aquella voz enamorada, igual que en los días de su niñez al vaivén de la hamaca mecida por la mano de su madre.

Pero la reacción era violentísima, ardiente, impetuosa. Al despertar de su ensueño, la atraía junto á su pecho, la estrechaba contra él con frenesí, y le decía amores con más elocuencia aún, con más fuego todavía que ella describía los suyos.

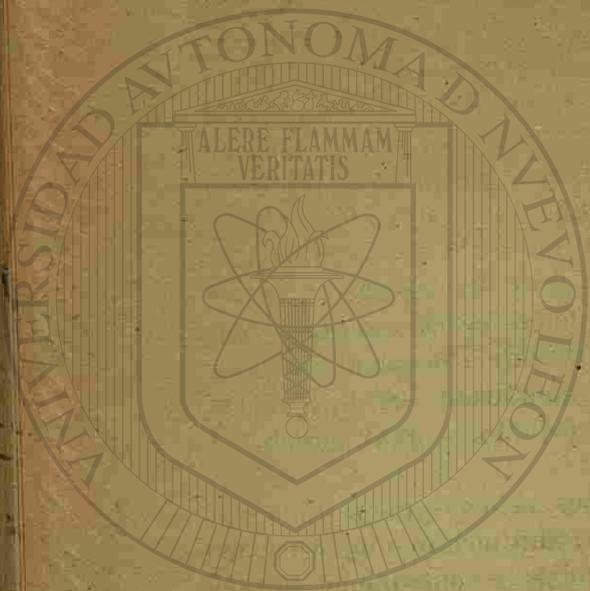
Aquella mujer, hasta entonces tan cuidadosa de su reputación, tan llena de orgullo por su posición social, que para ir al boulevard Pereire en otro tiempo tomaba tantísimas precauciones é imaginaba mil astucias, era otra distinta. No quiso que Jorge alquilase una casa donde pudieran verse:

—No (le dijo); no quiero hacer nada de lo que hasta ahora he hecho.... No quiero que un nido te recuerde otro.... Aquí, en mi casa, en mi santuario, transcurrirán los días felices de nuestros amores. Aquí, en este rincón de mi hogar, en el cual he so-

ñado tanto, seremos felices.... (Y añadió luego sonriendo:) No quiero salirme del cuadro.

Para evitar indiscreciones ó sorpresas, Diana no tomó otra precaución que la de dividir el estudio en varios departamentos por medio de biombos, so pretexto de evitar las corrientes de aire y combinar las luces según le conviniera. De este modo, entre la puerta y la pared del fondo, cerca de la cual se refugiaban de ordinario los amantes, y en donde habían constituido el asilo de su ventura, se levantaban una porción de obstáculos.

—Y después de todo (había dicho un día la Duquesa, para terminar la discusión con Fontaine sobre la conveniencia de tener un rincón ignorado donde pudieran verse): Después de todo, ¿qué me importa de nada? Te adoro, eres el universo entero para mí, y con tal de que tú seas la causa, no me importa perderme.



XIV.

Jamás espía alguno fué mejor espiado, ni hubo agente de policía mejor burlado que Grimard. Era verdaderamente triste que Albertina Jeanrond desempeñase gratuitamente cerca de su vigilante el oficio que éste debía desempeñar cerca de ella, y por el cual cobraba pingüe precio la agencia Mazade.

Al día siguiente de su entrada en casa del inquilino del piso quinto, ya sabía Albertina-Aurelia cuanto necesitaba. Por cuenta de qué casa trabajaba el agente, de

dónde venía, y, en una palabra, cuál era su objeto. Según su propia frase, *lo había vaciado completamente*. Pero no vaya á creerse que Grimard lo había hecho espontáneamente; nada de eso. Sin cometer ni una indiscreción ni una imprudencia, *la Culebra* logró su objeto. Se deslizó junto á él sin ser notada, hizo poco á poco su camino sin que la sintiera arrastrarse, y llegó al fin, á fuerza de astucia y picardía.

—Un provinciano (pensó desde luego) que paga trescientos francos al mes por su casa y da mil adelantados, tendría mejor ropa blanca y mejores vestidos que éste. Las camisas están desfilachadas; los trajes ajados; no tiene decente más que el que lleva puesto, y ese, sin duda, es porque acaba de comprarle para las necesidades de su oficio. Además, un provinciano, no bien llega á París, sólo tiene una idea: divertirse recorriendo los boulevards, yendo al teatro, buscando aventuras...., y éste no sale de casa para nada.... ¿Por qué? Es sencilla la razón: porque anda á mi alrededor, me vigila, y trata de hacerme charlar. ¡Es, pues, un espía! Luego, ¿á quién escribe los ratos que me deja en paz? ¿á un pariente?

¿á un amigo? ¿Por qué, entonces, no me envía á llevar las cartas al correo, y prefiere hacerlo por sí mismo, después de poner las señas, procurando esconderse de mí? No son, por lo tanto, cartas lo que escribe; son algo así como noticias sobre sus gestiones, y van dirigidas á una persona, que es la que le emplea y le paga.»

Estos razonamientos, estas deducciones fueron seguidos bien pronto por descubrimientos de más valor. Una palabra de aquellos escritos sorprendida mirando á hurtadillas por encima del hombro de Grimard al pasar afectando indiferencia, una palabra técnica del oficio dejada escapar por él mismo sin darse cuenta de ello, un papel olvidado en el rincón del baul hecho precipitadamente al mudar de domicilio, una roseta de muchos colores que no se cuidó de quitar del ojal de una levita, mil detalles, en fin, que á otros menos suspicaces que Aurelia les hubieran despertado sospechas, confirmaron las que ésta había concebido.

Como era joven, se aburría mucho, le gustaba divertirse, y como, merced á su amante, llevaba bien estudiado el papel,

representó la comedia á las mil maravillas desde por la mañana hasta por la noche. Encontrando muy natural que su amo conociera sus antecedentes (como ella conocía los suyos, á pesar de su presunción de hombre listo), le contó su historia. Sus padres, que fueron ricos, le dieron una brillante educación; pero se arruinaron en la Bolsa y murieron de pena. Huérfana... (sólo le faltaba una hermanita ciega para ser la heroína del drama de Ennery), fué á París en busca de fortuna. Pero, por desgracia, cuando una mujer se resuelve á ser honrada, no tiene medios para hacer suerte. Por eso hubo de resignarse á entrar de doncella en casa de la señora Vivian, á la cual creía casada, un día en que careció ya de lo más preciso y perdió la esperanza de que la empleasen como señorita de compañía ó institutriz en casa de alguna persona rica. Su ama la tomó cariño, y seguramente le hubiese ayudado á encontrar mejor destino, si la muerte no la hubiese sorprendido, sin la catástrofe que la privó de su protección.

De tal suerte contó esta historia Aurelia, tal sinceridad revelaba su acento, y á

tal punto supo darle caracteres de realidad, que Grimard no pudo menos de pensar: «Después de todo, ¿por qué ha de ser mentira? Además, inocente como una paloma, no tenía picardía. Hablándole como joven incapaz de tener malos pensamientos, procedía con un descuido encantador. Se le acercaba; le tropezaba en las rodillas, en el pecho, en el hombro; le miraba sin pestañear con sus ojos picarescos y penetrantes, y no perdía ocasión para reír á carcajadas y enseñarle los dientes blancos como la nieve y las encías rojas como cerezas. Y cual si con esto no bastase, recordando el vicio de otros tiempos, con su lengüecilla, semejante al dardo de las serpientes, se acariciaba sin cesar los labios frescos como los gajos de una granada madura.

Grimard acabó por no saber qué pensar. ¿Se burlaba de él? ¿Era, en efecto, aquella mujer la miserable criatura á la cual le habían indicado como capaz de todo, incluso de ser cómplice de un asesinato? ¿No se trataría, como opinaba la justicia (que debía saber á qué atenerse), de una pobre chica calumniada, y de la cual se sospechaba injustamente?

De todos modos, buena ó mala, por entonces llevaba una conducta ejemplar. Después de concluir sus faenas caseras, desempeñadas con extrema pulcritud, se iba al comedor, y se ponía á coser. Si salía á buscar algo en la tienda inmediata, Grimard la seguía con la vista desde el balcón, y nunca la veía detenerse en la calle ni dejó de volver antes aun de lo que él esperaba. Por las noches se retiraba al gabinete oscuro que le servía de alcoba, dejaba abierta de par en par la puerta de la antesala, y su amo podía á cualquier hora convencerse de que dormía tranquila con el sueño de la inocencia.

Grimard, que tenía costumbre de hacer una vida mucho más activa que aquélla, se aburría también de lo lindo. Su oficio de espía le resultaba pesadísimo, y decidió hacerle la corte á su criada para entretenerse, y al paso, porque quizás así lograrse espíar mejor. En lugar de pasarse las horas en el salón pensando en las musarañas, se iba al comedor, le echaba flores á Albertina, y sostenía con ella largas conversaciones, ó bien la llamaba y la obligaba á sentarse junto á él, cerca del fuego. Poco á poco se

fué atreviendo á bromear, á darle palmaditas en las mejillas, y á tomarle la barba ó el talle. Ella, por su parte, no se mostraba esquiva; le miraba con sorpresa; parecían halagarle aquellas muestras de simpatía, y le dejaba hacer. Un día ya llegó al extremo: se decidió á abrazarla, y la besó en los labios. Aurelia, en vez de enfadarse, le dijo ingenuamente:

— ¿Es que quiere V. casarse conmigo?

— ¿Por qué no? — le replicó Grimard.

Y, en efecto; ¿por qué no había de casarse con ella, siendo buena, ilustrada, inocente, como parecía?... Mucho tiempo hacía ya que Grimard soñaba con el matrimonio. Después de un día de trabajo, siguiendo á alguna persona por orden de la agencia Mazade, ó paseándose arriba y abajo delante de alguna casa encargada á su vigilancia, debía ser muy hermoso entrar en la suya y hallar una mujercita bella y cariñosa, y bastante instruída para escribir el informe para el principal, mientras él se metía en la cama dictando al paso.

No obstante esto, y á pesar de gustarle mucho Aurelia, tanto por interés propio como por deber profesional, no dejaba de vi-

gilarla, deseoso de conocerla bien á fondo.

—Se deja besar; ¿no ira más allá? (pensaba.) Veremos hasta dónde llegan su inocencia y su simpatía por mí.

Y para convencerse, una noche pasó desde el salón á la antesala, y de la antesala á la alcoba de la joven, donde ésta acababa de acostarse.

Parecía dormida. Grimard avanzó sin hacer ruido, se agachó..., y recibió una soberbia bofetada, acompañada de estas frases, dichas con acento de profundo disgusto:

—Es una picardía tratar así á una pobre muchacha, que no tiene más patrimonio que su honradez.... Ó se va V., señorito, ó empiezo á gritar, para que los vecinos se enteren y me defiendan....

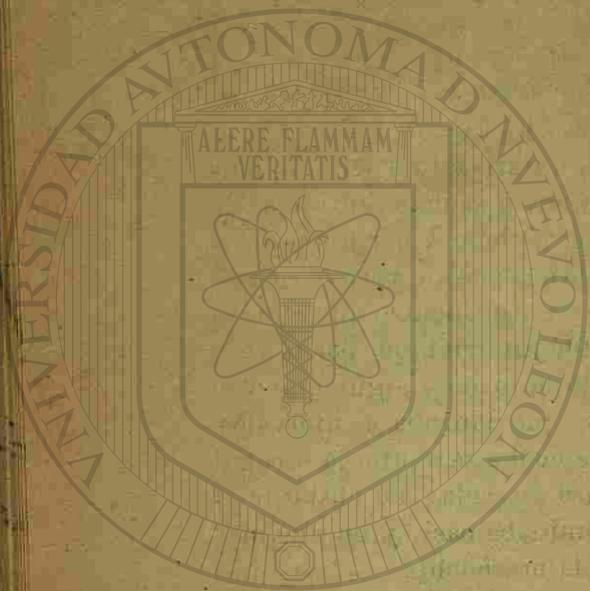
El espía tuvo miedo, y se retiró sin insistir más. Estaba edificado al ver tan digna conducta. Aurelia estimaba su honra y sabía defenderla.

Por la mañana, apenas se levantó, le fué á buscar, y le dijo que no podía continuar sirviéndole. Pero Grimard le suplicó tan encarecidamente que se quedara, que ella consintió, con la expresa condición de que por las noches le permitiera cerrar la puerta

del comedor que daba á la antesala, para quedar así al abrigo de toda sorpresa. El agente aceptó sin obstáculo, porque se le recrudecieron las sospechas con el desaire, y pensó que acaso, una vez se viera libre de su vigilancia, intentaría salir. Por eso aquella noche la pasó entera haciendo centinela. En vez de acostarse, no bien Albertina se encerró, aplicó el oído á la puerta, y así permaneció hasta el día. Pero el silencio que reinaba en la casa sólo fué interrumpido por la respiración igual de la joven y algún que otro suspiro nervioso que lanzaba á intervalos.

La siguiente noche se repitió la escena: el agente la pasó en vela, no obstante el sueño que le dominaba casi, y no fué más afortunado que la precedente.

Convencido ya, no quiso hacer la tercera guardia, y rendido de fatiga se acostó. Entonces Albertina, que á su vez le expiaba como las noches pasadas, á cosa de las doce abrió poquito á poco la puerta de la escalera, la volvió á cerrar, dando dos vueltas á la llave para que Grimard no pudiese salir, en el caso de que forzase la de la antesala, y se deslizó en casa de Bertin, ó, mejor dicho, de su amante Pedro Vignot.



XV.

Éste la esperaba. Prevenido por un billetito deslizado debajo de la puerta durante el día, aguardaba la llegada de su querida, y abrió sin hacerla esperar ni un instante. Viviendo cerca el uno del otro hacía tantos días; sintiéndose á través del tabique, débil, pero infranqueable obstáculo que los separaba, ansiaban reunirse. Por eso, apenas se encontraron juntos, se abrazaron con furia, como dos fieras, macho y hembra, entre las cuales se levanta la compuerta que divide las jaulas, y se

lanzan una sobre otra, y se acarician rugin-do y se muerden. Esta comparación no es hiperbólica: los amores de aquellos canallas no eran más respetables que los de las fieras.

Después de cambiadas las primeras caricias, pasaron á la alcoba, más lejana del cuarto vecino que el salón, y Pedro dijo:

—¿Estás segura de que duerme?

—Profundamente (repuso Albertina). No hay que temer, yo te lo fío. Además, aunque se despertara, está encerrado por todas partes; de modo que, en todo caso, podría saber, cuando más, que había salido yo, pero de ningún modo adónde fuí. Por consiguiente, estás á salvo de toda sospecha.

—Mucho hay que cuidar de que nunca recaiga sobre mí ni la más insignificante presunción. Pero sobre ti conviene que tenga algunas.

—¿Por qué?

—Los que le pagan pueden cansarse de hacerlo, viendo que nada consigue, acusarle de negligencia ó torpeza, y sustituirle por otro más listo, que lograrse algo más práctico.

—Es verdad. No pierdes ripio, chico.

—¿Y cómo perderle? No tengo otro quehacer. Pensar en ti y en mí es mi única ocupación á todas horas.

—¡Pobre mío!—exclamó Aurelia abrazándole.

—Es preciso, pues (prosiguió el falso Bertin, sentándose á los pies de la cama), que te hagas más sospechosa. Busca pretextos para salir á la calle.... Inspírale temores.... Así esperarán descubrir algo. Esto les ocupará el tiempo, y llegará el día del juicio oral.

—¿Está próximo?

—Sí. Está señalado para el 17. Á fines de la semana que viene se celebrará. Pronto recibirás la citación para asistir á él.

—Entonces, preciso es que me disponga á caer enferma de nuevo.

—No. Lo he pensado mejor, y creo más conveniente que comparezcas.

—¡Qué dices! ¡Comparecer ante la *Cour d'Assises!* ¡No lo esperes!

—¡Si no te ha de pasar nada, mujer!.... El otro día, en las Tullerías, me fijé bien, y ni remotamente te pareces á la mozuela condenada en otro tiempo.

—¿Estoy más fea?

—Al contrario. Más guapa.... Ahora estás hecha lo que se llama una buena mujer....

Aurelia le pagó la galantería con un prolongado beso. Luego, como la idea de aparecer ante el público la repugnaba sobremedida, prosiguió:

—¿Crees que estoy tan cambiada que las personas de quienes hablábamos el otro día no me reconocerían? Entonces eras el primero en temerlas.

—¿Á quién te refieres? ¿Al antiguo jefe de policía y á Merle?

—Sí.

—X*** he sabido que vivía en el campo, retirado de la vida de Paris. Está escribiendo un libro. Y en cuanto al otro, ¿á que no sabes dónde ha ido á parar?

—No caigo....

—Está á trescientas leguas de aquí, pequeña. Nada menos que en Monte-Carlo, encargado de vigilar á los jugadores por cuenta del Casino. Como comprenderás, no han de venir á verte expresamente, y, por lo tanto, nada puedes temer. Además, te arreglas la cabeza como tú sabes.... Porque, mira, tu presencia en el juicio es indispen-

sable. Nuestro testimonio es demasiado importante para que prescindan de él. Nosotros somos los que convenceremos al jurado si vacila.... Y una vez pronunciada la sentencia, quedaremos libres, tranquilos.... y ricos.

—¿Tienes medio de penetrar en el hotel de Limours?

—No. Aún no. ¿Te parece tan fácil? Pues, mira, es endiabladamente difícil colarse en aquella casa con tanto criado.... Más de treinta, contando los cocheros, mozos de cuadra y marmitones.... Un verdadero ejército de lacayos.... Lo de menos sería que me cogieran antes de sacar el tesoro; pero si me echaran mano con dos millones debajo del brazo.... Adiós nuestro dinero.... No lo volviamos á ver. Sólo de pensarlo me pongo á temblar...., y mi prudencia aumenta.

—Pero el caso es que el tiempo vuela, y me tenías prometido que nos iríamos al extranjero tan pronto como la causa de Morlain hubiese concluido.

—No te apures, que todo se andará. El acaso, que siempre me ha favorecido, no me abandonará esta vez.

No pasaron hablando toda la noche. Sabían compartir el tiempo entre negocios y placeres. Pedro Vignot, recordando sus ayunos de cuando estaba en presidio, tan duros para él, que era sensual por excelencia, se desquitaba del pasado y se prevenía para el futuro, por si de nuevo se veía arrastrando la cadena. Hacía como el hambriento, que no sabe cuándo volverá á comer después que termine el banquete que el azar le proporciona. Era glotón, ansioso, insaciable.... En cuanto á la *Culebra*, cuando mejor llevaba este apodo era en cuestiones de amor. Era un verdadero reptil, por su agilidad, la flexible ondulación de su cuerpo, por sus hábiles ataques, por su astucia, por sus bruscas sorpresas.... Tan pronto se apoyaba en el pecho de su amante como se deslizaba lejos de él. Mas para volver de súbito y anegarse aún más en el placer, para agotar hasta el último refinamiento de la carnalidad, que sólo cede con el aniquilamiento.

Á las tres de la madrugada salieron de la alcoba, y andando quedo, de puntillas, se trasladaron al gabinete contiguo al que Albertina ocupaba en casa de Grimard.

Aplicando el oído al tabique, escucharon con gran atención; y cuando se convencieron de que ningún ruido sospechoso interrumpía el silencio, la *Culebra*, después de un postrero abrazo, se separó de su amante. Una vez en la antesala de su habitación, se cercioró de que las puertas estaban cerradas y el agente de Mazade no había hecho ninguna tentativa para abrirlas, y se acostó tranquila.

Á la mañana siguiente, dejó el lecho á las siete, se vistió, y entró en la estancia de su amo, que aún dormía profundamente. Abrió las ventanas, separó las cortinas, y preparó el desayuno.

Á todo esto Grimard, ya despierto, no pensaba en levantarse. ¡Estaba tan á gusto!.... Su natural pereza le ofrecía todas las satisfacciones. Seguía con la mirada las idas y venidas de Aurelia, que cruzaba por el cuarto, deslizándose mejor que andando, sin producir ruido, acercándose al lecho alguna vez, sonriente, cariñosa, para arreglar el edredón que se caía, ó recoger la colcha que rozaba en el suelo. ¿En dónde ni cómo hubiese podido estar mejor? Cumplía con su deber. Vigilaba á Albertina como tenía

encargado...., y esto podía hacerlo sin molestarse, en una buena cama, bien abrigado y viendo á una mujer bonita.... Pero así sólo ganaba su salario. Veinte francos diarios.... La recompensa prometida por Mazade y por Morlain se le escapaba de entre las manos. Para obtenerla era preciso descubrir algo importante...., y hasta la fecha nada había descubierto.

Como si Aurelia adivinase lo que pensaba el espía, se acercó á la cama con una taza de te en la mano, y le dijo:

— Señorito; tengo que pedirle á V. un favor.

— ¡Si de mí depende, hijita!.... — replicó Grimard, en tanto que la *Culebra* le ahuecaba las almohadas para que estuviera más cómodo.

— Pues deseaba que me diera V. permiso para ir á Versalles.

— ¿Á qué? ¿Se puede saber?

— Á visitar á una señora que vivía antes en esta casa.... Mientras estuvo en París fué muy buena conmigo; la portera me ha dicho que se ha puesto enferma, y me gustaría hacerle una visita.

— Es muy laudable el motivo, y no me

opongo. Escoja V. un día de la semana próxima; el martes, por ejemplo....

— Muchas gracias, señorito. ¿Á qué hora podré irme?

— Á eso de las diez. En cuanto me deje corriente el almuerzo.

— Bien; tomaré el tren de las diez y media.... ¿Va V. á levantarse temprano hoy?

— Sí, ahora mismo. Lléveme V. la ropa al cuarto-tocador.

Grimard ansiaba ya verse con su principal, darle cuenta de lo que pretendía Aurelia, y convenir con él el plan de campaña.

Mazade, por su parte, se alegró mucho de ver al agente. Fontaine le atormentaba diciéndole: «Esto no marcha. Su encargado de V. no hace nada. Llegará el día de la vista sin haber avanzado un paso nosotros.» Pero las novedades que ocurrían hacían injustas estas quejas. Era de suponer que Aurelia, prudente hasta entonces, se resolvía á tomar alguna medida indispensable casi en visperas del juicio oral. Quizás iba á reunirse con su cómplice para consultarle sobre la conducta que debía seguir de-

lante de los jueces, ó tal vez se tratase de algo más grave: de repartirse los cincuenta mil francos y emprender la fuga.

Después de un maduro examen, se convino en que el martes próximo, Grimard, demasiado conocido para espiar á Albertina, se quedara tranquilamente en su casa, y en su lugar, tres de los *sabuesos* más listos de la agencia, se lanzarían sobre la pista de la ex-doncella de Laura Vivian. Bien enterados de las señas de la joven, se pondrían en acecho en varios puntos de la calle Blanche, y, no bien saliera, la seguirían adonde quiera que fuese, y aunque se tratara de un viaje al extranjero. Además, vista la importancia del negocio, Mazade en persona entraría en campaña al frente de sus dependientes.

XVI.

El día esperado con tanta impaciencia, no sólo por los agentes de Mazade, sino también por Pedro de Morlain, Fontaine, Lucía y Diana de Limours, llegó por fin.

Á la hora convenida salió Aurelia, muy tapada con su mantón; tomó hacia la estación de Saint-Lazare, y partió en el tren de las diez y media para Versalles, sin parecer que sospechara ser perseguida de cerca por varias personas que ocupaban diversos vagones próximos al suyo.

En Versalles, alegre y satisfecha al pa-

recer, respirando con delicia el aire puro, tomó por la calle de Plessis, torció por el boulevard de la Reina, y después de buscar el número de la casa á la cual se dirigía, se detuvo delante de una de muy buena apariencia.

Levantó el aldabón; le volvió á dejar caer, y cuando abrieron, desapareció detrás de la puerta. Pero ni siquiera volvió la cara una vez sola antes de penetrar, para ver si alguien la seguía.

Pasaron tres horas. Los empleados de la agencia y Mazade en persona hicieron centinela, vigilaron bien todo el boulevard, pero no vieron alma viviente que á su vez intentase entrar donde la joven sospechosa. La casa permaneció cerrada á piedra y lodo, silenciosa, discreta, indiferente al ruido del exterior, y sin producirse ninguno dentro de ella. Sólo al mediodía se interrumpió esta calma para abrirse la puerta poquito á poco y dar paso de nuevo á Aurelia, que apresuradamente se dirigió á la estación: llegó en el momento preciso de marchar el tren de las tres, se colocó en un vagón de segunda, y partió.

Á las cuatro y media en punto estaba

ya en la calle Blanche y se entregaba á sus quehaceres domésticos.

Mientras los empleados seguían la pista de la joven, Mazade se quedó en Versalles. Un tanto corrido, y sin muchas esperanzas de obtener ningún resultado práctico, por tranquilizar la conciencia más que por otra cosa, deseaba recoger antecedentes sobre los inquilinos de la casa visitada por Aurelia. Supo que la habitaba una señora sola, delicadísima, ó, mejor dicho, muy enferma; la ocupó seis meses antes, creyendo que los aires del pueblo la sentarían mejor que los de París, en donde habitó hasta entonces; y acababa de recibir la visita de Aurelia, una buena muchacha, que en otro tiempo fué vecina de la enferma, cuando ésta vivía en la calle Blanche, y á la cual entretenían las bromas y la alegre cháchara de la joven. Todo esto lo supo Mazade por los criados de la señora en cuestión.

No contento con esto aún, requirió á otras personas, y por fin hubo de convenirse de la torpeza que sería atribuir complicidad en el crimen de Aurelia á la pobre señora aquella, anciana, enferma, respe-

table y muy respetada. También reconocía que la joven no había engañado á su amo: la razón invocada para obtener el permiso, era de las más legítimas, y aquel día tan esperado, en el cual todos aguardaban sorprenderla, su conducta fué de lo más regular y honroso, digna de un premio á la virtud. Se habían, pues, empeñado en la contienda sin razón. La agencia en masa, á la órdenes de su director, no hizo más que Grimard solo entregado á sus propias fuerzas. Sin duda posible: ó Aurelia era inocente, ó tenía tal cantidad de picardía, que no había medio para cogerla en un renuncio.

Esta conclusión, la víspera misma de la vista de la causa, debía afligir mucho á Morlain y á sus amigos. Pero urgía poner al primero al corriente de todo, y Jorge se decidió á ir á verle para contárselo.

Hacia ya muchos días que Pedro pasó á la Conserjería. En esta cárcel es donde los acusados aguardan el día que deben verse las causas; allí es donde pasan largas horas conferenciando con sus defensores, y en donde el presidente de la Sala *d'Assises* los ve y los interroga.

— Todas nuestras tentativas han fracasado (le dijo Jorge). Y no sólo ha sucedido esto, sino que casi redundan en beneficio de Aurelia.... ¿Por qué no te decides á dar cuenta de tus sospechas á la justicia?

— No (replicó el preso). He consultado con mi defensor, y opina que no debemos decir una palabra mientras no descubramos algo concreto. No teniendo ninguna prueba que ofrecer, me acusarían de calumniar á los testigos, y esto me quitaría las pocas ó muchas simpatías que por mí pueda sentir el jurado. Debo, pues, no salirme de mi terreno. Reconozco la gravedad de los cargos que se me hacen; pero no puedo ser culpable por tal ó cuál razón. Proclamaré mi inocencia con tanta energía y con tanta fe, que quizás llegue á convencer á los jueces. Es decir, esto lo haré, si Aurelia no excede ciertos límites al declarar en el juicio oral; porque en tal caso, es posible que me decida á atacarla. Pero antes precisa husmear, por decirlo así, los vientos que corren por el jurado, saber qué opina.... Y, hablando de otra cosa: ¿tú asistirás á la vista?

— Claro, hombre....

— ¿Y Lucía?

— También. Ya tengo una papeleta á su favor.

— Dile que se prepare á tener mucha calma ; que no se exalte y vaya á hacer alguna cosa que pueda perjudicarme ó perjudicarla...., y que le agradezco más que ella se figura las pruebas de cariño que en esta temporada me lleva dadas.

— Se lo diré.

— Y á la Duquesa, ¿ la has visto estos días ?

— Sí, — murmuró Jorge, bajando los ojos.

— ¡ Dichoso tú ! Mira, á ti que eres mi mejor amigo, te lo puedo confiar. Mucho me alegraría poder salir pronto de todos estos líos, por mi honra, por mi libertad y por mi amor propio....; pero el pensamiento que á todas horas me domina, mi afán más ardiente por ser libre, consiste en el deseo de volver á verla y reanudar un pasado que me hacía tan feliz.

Jorge sufría una tortura espantosa oyendo estas palabras ; estaba pálido y tembloroso, pero tuvo ánimos para decir :

— ¿ Estás seguro de que su declaración te salvaría ? Aún es tiempo. ¿ Quieres que hable la Duquesa ?

— No ; mil veces no. De ningún modo. ¿ Insiste acaso en su propósito ?

— Sí, — repuso Jorge.

— Y suspiró, como si aquella mentira le quitase un peso de encima del alma.

Después se despidió de su amigo, y salió de la Conserjería. Estaba tristísimo, desconsolado. Las últimas confidencias de Pedro le impresionaron mucho. Su amor había tomado mayores proporciones con el aislamiento y la soledad, en medio de la desgracia. Si llegaba á ser libre, ¿ qué sucedería ? Jorge no quería ni pensarlo siquiera, porque los celos le roían el alma.

Al llegar á su casa, Lucía le asedió á preguntas. Él le contó la conversación con Pedro, sin ocultarle más que lo referente á Diana.

— De modo que el abogado de nuestro hermano (exclamó la joven), opina que durante el curso del debate podrá juzgar de la impresión del tribunal y apreciar el grado de simpatía que el presunto reo le inspire.

— Sin duda. Los buenos letrados, á fuerza de mucha costumbre, llegan á saber

apreciar los más mínimos detalles; un rumor, ciertas corrientes eléctricas (digámoslo así) que recorren la sala, y esto les sirve de norma para apreciar las impresiones del jurado y del público, y aprovecharlas según les convenga.

—Es decir: ¿al terminar la vista pueden afirmar si han logrado la absolución ó solo deben esperar una condena?

— Tanto como eso no. El jurado tiene á veces sus rarezas.... Pero casi puede asegurarse que rara vez se engañan.

— Eso quería saber, — murmuró Lucía para sus adentros.

Y luego prosiguió en voz alta:

— ¿Has hablado con Pedro de la duquesa de Limours?

— ¡ Sí! Un momento.

— ¿ Y está resuelto á callar, suceda lo que quiera?

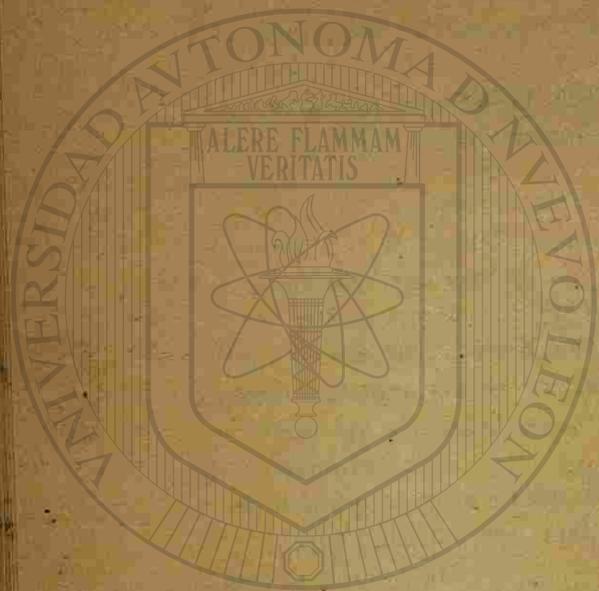
— Más resuelto que nunca.

— Y.... ¿ ella? Tú la ves con frecuencia. Estáis en íntimas relaciones, y debes conocer sus propósitos. No ha cambiado, ¿ verdad? Aunque condenen á Pedro, ¿ no dirá nada?

— ¡ Pero si él se opone á que declare!....

— ¡ Y tú también!.... — añadió la joven, mirando á su hermano con semblante irri-tado.

Y sin esperar la defensa que de su conducta iba á hacer Jorge, se retiró á su cuarto.



XVII.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los debates del asunto llamado vulgarmente por los diarios y el público «El crimen de la calle Blanche,» comenzaron el día 17 de Enero de 188...

Desde muy temprano una multitud de curiosos con papeletas para las tribunas, ó sin ellas, invadió el palacio de Justicia. Esta multitud se componía de elementos muy diversos; pero el femenino y mundano dominaban. Se trataba de una de esas causas que no apasionan al vulgo, ávido de crímenes brutales que le proporcionen

emociones melodramáticas. Interesaba al público escogido, *goloso*, no *glotón*; curioso, corrompido, pero de vicios elegantes; amante del escándalo, pero no del escándalo sin vergüenza, sino velado, reticente, con claro-oscuro; ese escándalo que deja adivinar las cosas, pero jamás las propala. No era *París* el que acudía al palacio de Justicia aquella mañana, era *todo París* que corría á la *Cour d'Assises*, de igual modo que lo hubiese hecho si se tratara de una primera representación. Dispuesto á conmovirse, á llorar, ó á sonreír; pero seguro de que no iban á espantarle, de que no se trataba de un espectáculo de esos que hacen temblar y no tienen en cuenta los nervios de la concurrencia.

Las mujeres, provistas de sus papeletas, debidas á la amabilidad del presidente del tribunal, estaban en mayoría. Desde muy temprano se deslizaron en la sala, y ocuparon los lugares mejores; algunas hubo que se atrevieron á invadir el banco de los testigos, y unas cuantas llevaron su poca aprensión hasta tomar asiento en el de los abogados. «Un puestecito, señores (decía sonriendo una actriz hermosísima); que yo

también llevo faldas....—Pues nadie lo diría,» replicó uno de los letrados estrechándose contra su vecino.

En el estrado del fondo, detrás de las butacas destinadas á los jueces, se colocaron varios hombres políticos, magistrados en traje de calle, socios de varios círculos elegantes, sobre todo del Mirlitón, al cual pertenecía Morlain, y que, por consiguiente, tenía en él muchísimos amigos. En una palabra: era un público aquel de lo más selecto.

Á las once y media, el presidente ordenó que trajeran al reo, y apareció éste entre dos soldados de la guardia republicana, pálido, pero tranquilo, con la frente erguida sin descaro, y correctamente vestido, con levita negra y pantalón oscuro.

Después de inclinarse delante del tribunal y del jurado, paseó la mirada por el público; reconoció entre él á una porción de amigos, pero ni siquiera pestañeó. Sólo para Lucía, que estaba sentada en primera fila, debajo de la tribuna de los abogados, cerca del defensor, por gracia especial tuvo una imperceptible sonrisa, que la advirtió de que la había visto.

El acta de acusación era relativamente moderada: en ella sólo se acusaba á « Pedro de Morlain » de lesiones graves hechas sin intención de producir la muerte, pero que la produjeron.

El delito estaba comprendido en el artículo 309 del Código penal, y la pena correspondiente á él eran trabajos forzados por tiempo fijo. Pero, con arreglo al artículo 463, modificado por ley de 13 de Mayo de 1863, en el caso de que el jurado hallase circunstancias atenuantes, podía el tribunal conmutar la pena antedicha por la de presidio ó reclusión en los grados máximo ó medio, cinco ó dos años, según el delito se atenuase. Llenas las primeras formalidades, y luego que los testigos todos se retiraron, el presidente interrogó al acusado.

Este respondió sin vacilar, con acento firme y enérgico, quizás un poco dure, en tanto que las preguntas no le herían. Pero cuando llegaron á interrogarle sobre su conducta en la noche de la perpetración del crimen, como ya lo había hecho otra vez, guardó el más profundo silencio, sin que ni la insistencia ni los esfuerzos del

Presidente lograran romper su firme voluntad. « Nada tengo que decir; no quiero defenderme, y nada diré. » Estas fueron sus palabras, y no pronunció ninguna más.

En el público hizo sensación esta insistencia. Todos creían que á última hora se decidiría á hablar, y esperaban alguna revelación que sirviera de pasto á sus comentarios. Visto que nada decía, fué tal la decepción que sufrió la gente, que muchos se inclinaron á creer que nada tenía que revelar. Así es que el auditorio femenino, que al principio lo encontró muy simpático, cambió de juicio, y le reprochaba su frialdad y su mutismo.

Hubieran querido verle más emocionado, que respondiese á las preguntas del Presidente con menos sequedad, que en sus ojos y en su voz hubiese siquiera un poco de llanto. Una señora del gran mundo murmuró al oído de su vecina: « Es un buen galán joven. Dice bien; pero no conmueve: parece de madera. » Creía estar en el teatro, en donde el artista debe provocar las lágrimas ó la risa, poniendo en juego todos sus recursos para lograrlo. No comprendía que á Morlain debía repug-

narle hacer testigo de sus emociones á aquella multitud, sólo curiosa, y del todo extraña á ellas. ¡Ah! ¡Si hubiesen podido leer en su alma! ¡Si se hubiera visto el esfuerzo que empleaba para aparecer frío, tranquilo y dueño de sí, hasta el punto de no conmoverse ni conmover á los otros!.... Entre toda aquella gente, sólo una persona, Lucía Fontaine, sentía y adivinaba lo que debía padecer el infeliz.

Uno por uno fueron llamados los testigos. Todos se ratificaron en sus declaraciones. Bertin, el inquilino del piso quinto de la calle Blanche, después de fijarse bien en Morlain, afirmó todavía más rotundamente que la primera vez que el acusado se parecía, como una gota de agua á otra, al desconocido que encontró á las diez de la noche del crimen en la puerta de entrada, y que se introdujo en la casa al tiempo que él salía.

Los amigos de Morlain pensaron que éste era un error tan sólo; pero ninguno sospechó de la buena fe del testigo, cuyo aspecto respetable concordaba con sus antecedentes honradísimos. Aurelia fué la que se manifestó menos explícita delante del

tribunal, menos firme, más reservada. Sin rectificar ni retractarse, procuró dulcificar sus cargos indirectos. Parecía dolerse de haber perjudicado al presunto criminal con sus primeras declaraciones. Cuando el abogado defensor de Pedro hizo notar que, según afirmaba su defendido, el botón de pechera hallado junto al cadáver lo perdió muchos días antes, y que la testigo debía saberlo, pues le advirtieron la pérdida y le encargaron buscarlo, en vez de negar, respondió: «Puede ser eso, señor, no lo niego; pero no me acuerdo. Y es muy natural. El susto que sufrí y me causó una enfermedad, puede muy bien haberme debilitado la memoria.»

Esta nueva actitud de Albertina Jeanrond, de acuerdo con Pedro Vignot sin duda, era habilísima. Desarmaba al acusado y al defensor, dispuestos á atacarla si se manifestaba demasiado hostil, demasiado dura, excesivamente violenta. Dada su conducta, cuando se la veía con deseos de atenuar el crimen, no podían agredirla sus adversarios. Su moderación, su aspecto dolorido, su voz débil y el encanto de su fiso-

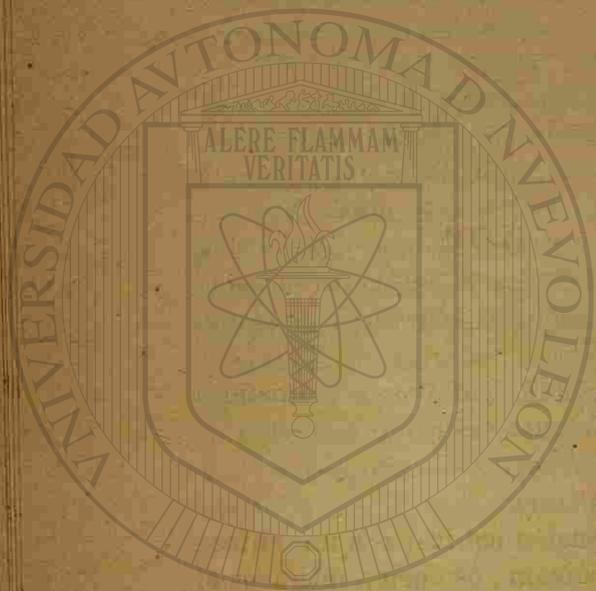
nomía, le habían hecho, por otra parte, que se captara las simpatías de la concurrencia.

—Nuestra última esperanza se desvanece,— murmuró Lucía, al ver que el letrado defensor de Pedro no hacía presa en la declaración de Albertina.

A los testigos de cargo sucedieron los de descargo. Los amigos de Morlain y sus cotejas del casino. Todos afirmaron su honradez nunca desmentida, su rectitud y la nobleza de su carácter. Jorge fué el último que compareció. Le dominaba la más honda emoción, y hubo de interrumpirse muchas veces antes de llegar al término de su discurso, en el cual contó sus relaciones con el acusado, su noble conducta para con él cuando le sacó de la nada, le hizo todo cuanto era, y le puso en camino de poseer todo lo que poseía. Después, con el brazo extendido y la frente erguida, protestó con energía de la inocencia de su amigo, de su hermano del alma. Esto produjo un gran efecto en el auditorio. Las multitudes se dejan dominar á veces por la belleza personal, y Jorge, cuya fisonomía estaba en aquellos momentos animadísima, jamás estuvo tan hermoso.

Pero sólo esto valía su testimonio. Morlain, honrado, noble, con un corazón nobleísimo, pudo muy bien perder la cabeza hasta cometer un homicidio. No se le imputaba un crimen vergonzoso, uno de esos crímenes que implican la bajeza y la completa ausencia de sentido moral. Un acto de violencia que la ley llama delito, y debe castigarlo, puede ser cometido por el mejor de los hombres en un instante de acaloramiento.

Antes de dar la palabra al ministerio fiscal, el Presidente suspendió la sesión.



XVIII.

Esta suspensión equivalía á un entre-acto. *Caido el telón*, es decir, retirados el tribunal y el jurado, *el público*, abogados, testigos, curiosos, espectadores de *los palcos*, *del patio de butacas* y *del gallinero*, todos, grandes y pequeños, discutían entre sí. Tomaban la revancha del tiempo que tuvieron que guardar silencio y prestar una atención demasiado sostenida. Los nervios se debilitaban, los cuerpos descansaban cambiando de postura, y las bocas se abrían después de tan largo espacio de

estar cerradas. *Ésta* saludaba á *aquella* con la mano ó por un gracioso movimiento de cabeza. « ¡ Calla ! ¿ V. por aquí ? No la había visto. ¿ Está V. buena ? » Otras, más atrevidas, abandonaban sus palcos.... (no, sus bancos) y visitaban á sus vecinos. « ¿ Le interesa á V. el debate ? — Sí ; vengo por primera vez á presenciar este espectáculo. Es curioso. — Yo no pierdo ni una sesión de estas. Coñezco á todos los presidentes de sala, y siempre me envían papeletas. He visto juzgar á Billoir, Morian el herbolario, la viuda Gras, á María Bière, á Moyaux, á Prevost, á la Fenayron.... Aquellos procesos eran más conmovedores que el de Morlain. — ¿ De veras ? — Sin comparación. Este asunto es tan frío.... Sin ningún incidente notable.... Es cosa de pedir que nos devuelvan el dinero. ¿ Ha almorzado V. ya ? — No ; temí llegar tarde y no encontrar sitio. — ¿ Quiere V. *brioche*s y chocolate ? Es lo único que puedo ofrecerle. — ¿ Pero se atreverá V. á comer aquí ? — ¿ Por qué no ? Cuando el tribunal no está presente, somos dueños de hacer lo que nos parezca ».

El tribunal no está presente, es verdad. Pero sí están los amigos del acusado,

su familia, alguna vez su mujer y sus hijos, ó su madre, refugiados en un rincón, apretándose los unos contra los otros, temburosos y angustiados. Estas suspensiones de la audiencia, que para el público son un paréntesis, un motivo de recreo, un placer, resultan mortificantes para aquellos que ven en ellas una demora cruel, un prolongamiento de su agonía. Se miran y se preguntan : « ¿ Qué efecto habrá hecho sobre el jurado la declaración ? ¿ Qué pensará el defensor ? ¿ Y él ? ¡ Infeliz ! ¡ Cuánto sufrirá allá arriba entre sus guardianes !.... »

Después prestan oído á las declaraciones del público : « ¿ Qué pensarán ? » (mururan.) ¿ Qué dirán ? ¿ Le serán favorables ú hostiles sus juicios ? ¿ Se interesarán por él ? ¿ Desearán que le absuelvan, ó que le condenen ? »

Pero, de ordinario, el público se ocupa poco del acusado. Harto tiempo pensó en él durante el curso de la instrucción, y harto tendrán que verle y oírle hasta que la sala sentencie en pro ó en contra. Conviene distraerse un poco, y por eso se trata de mil asuntos distintos, ajenos al proceso. La pobre madre, la infeliz esposa ó el hijo

desventurado, buscan en vano una frase de consuelo que anime su esperanza, y... «¿Va V. mañana al estreno de Dumas?», ó alguna otra cosa por el estilo suelen escuchar. Interrogan con los ojos llenos de lágrimas, y se les contesta con risa ó indiferencia.

Lucía Fontaine no había abandonado su puesto. Volvía la espalda á los indiferentes, á los curiosos, y tenía echado el velo, porque observó que desde enfrente la miraban con gemelos. Porque hay quien los lleva al *Tribunal d' Assises* como al teatro.

Estaba hablando con su hermano, con el defensor y con otros varios letrados que se acercaron á éste. Todos sabían que el acusado estaba unido por vínculos de amistad con los dos jóvenes Fontaine; pero no sabían hasta qué punto eran atractivos estos lazos. No habían medido su fortaleza. Por eso hablaban con cierta libertad.

—El jurado es *difícil* hoy (dijo uno de ellos). Conseguirá V. uno de los triunfos más legítimos, si obtiene lo que otras veces. La suerte ha escogido para jueces unos cuantos hombres á propósito para ob-

cearse. Son comerciantes, y no se explican la actitud del reo al callar con tanta obstinación. Las ideas caballerescas no están á su alcance. No llegan á comprender que se deje uno conducir á presidio por no comprometer la reputación de una dama. Las tenderas al por mayor ó menor que supieron apartar de sus deberes en sus buenos tiempos, no merecían tamaño sacrificio, y no pensaron nunca en que pudiera hacerse.

— Además (añadía otro letrado), la instrucción se ha llevado con gran habilidad, y los testigos parecen dignos de fe... Por fortuna V. hace imposibles. Ha ganado V. lauros más difíciles aún que éste.

— ¡Pero con otro jurado!... Opino como Vds., y no tengo grandes esperanzas.

X*** habló así, sin cuidarse de la presencia de Lucía. Esta le oyó, y pensó en seguida: « ¡Será condenado!... »

Sonó la campanilla. Un murmullo de satisfacción recorrió la sala. El entreacto había sido muy largo. El público tenía curiosidad por conocer el desenlace. Los que abandonaron sus puestos se apresuraron á ocuparlos de nuevo.

— ¡El tribunal! — gritó un alguacil.

El presidente, los consejeros y el fiscal ocuparon sus asientos. El acusado apareció entre los guardias y fué á sentarse en el banquillo. Á invitación del presidente, el fiscal tomó la palabra. Era un joven de fisonomía simpática y fácil palabra. Pero hablaba sin entusiasmo, con elegancia, pero con calma extraordinaria. Parecía convencido de la bondad de su causa, y no trataba de interesar los corazones, limitándose á impresionar las inteligencias.

Desde luego abordó el objeto de su discurso: resumió las declaraciones de los testigos dándoles la importancia que merecían y haciendo notar lo bien que concordaban unas con otras. Después contó, por decirlo así, la manera cómo había sucedido el crimen, tal como lo comprendía él, tal y como debió cometerse.

Morlain, cansado de su querida y resuelto á abandonarla, le había manifestado varias veces su resolución. Laura Vivian no podía acostumbrarse á esta idea, y le rogó que volviese; le escribió; Jerónimo, el portero, fué el encargado de llevar las cartas.... La última, que el reo tuvo buen cuidado en hacer desaparecer, encerraba

sin duda ruegos y quizás amenazas; pero de esas que son terribles cuando las lanza una mujer celosa, violenta, enloquecida.... Esta carta exasperó al amante: le asustó acaso. Las mujeres que se vengan con un revólver ó con el vitriolo no son raras.... Se paseó por París, luego entró en el *restaurant* de la avenida de la Ópera.... Comió bien.... Su cerebro se excitó. El temor y la cólera aumentaron.... Salía de la fonda, agitado, febril, y de nuevo anduvo errante, sin lograr calmarse.... Hacia las diez de la noche se resolvió á ver á su antigua querida para darle de palabra la respuesta á su carta, y acabar de una vez, fuera como quisiera. Iba á llamar á la puerta de la calle, cuando ésta se abrió para dar paso á Bertin, el inquilino del quinto piso. El testigo se apartó políticamente y le dejó pasar, sin saber quién era: pero á la mañana siguiente le reconoció, como hoy, sin vacilar un momento y sin que pueda sospecharse que miente. El acusado subió en casa de Laura. La halló sola. Estalló una querrela más violenta aún que las presenciadas por la testigo Aurelia. Hubo injurias, amenazas por parte de la víctima; quizás lle-

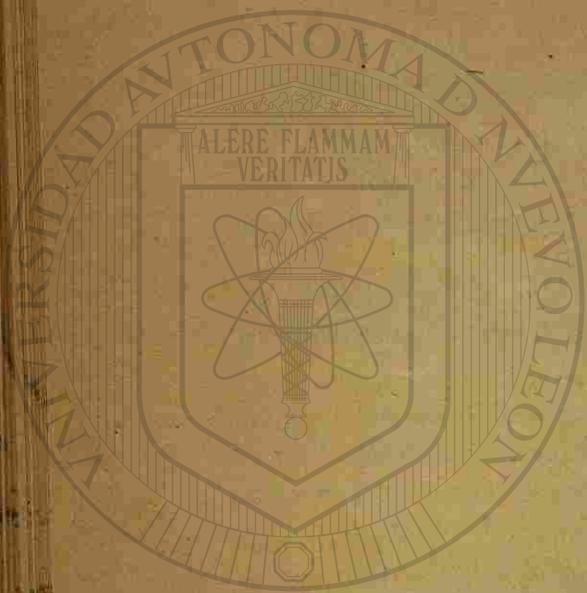
gó á levantarle la mano á su amante.... Convino el fiscal en que hubo provocación.... Morlain, fuera de sí, en el paroxismo de la cólera, tomó un puñal de encima de la chimenea...., y amenazó á su vez.... Laura le desafió aún.... Entonces él hirió, y la infeliz cayó en tierra.... Lleno de espanto el matador, se arrodilló junto á su víctima, trató de levantarla.... Entonces fué cuando se le desprendió el botón de la pechera.... y rodó encima de la sangre. Pronto se convenció el homicida de que de su antigua amante sólo quedaba el cuerpo inerte. ¿Qué hacer? Desolado, aterrizado, huyó.... El portero le oyó bajar y pasar por delante de la puerta; no le vió la cara, pero sí reparó en su traje. Llevaba el gabán mismo de Morlain, con el cuello levantado....

El homicida debió errar algún tiempo por París; luego fué á su casa, y su antiguo criado, de quien no puede sospecharse que tratase de perjudicar á su amo, reconoció que estaba inquieto, agitado, que se paseaba á lo largo de su estancia con muestras de pesadumbre, y que tenía un dedo herido. Es decir, que tenía la herida que se hizo con el puñal, y cuya

huella quedó en el cuello de la víctima.

—He aquí lo sucedido (concluyó el fiscal). He aquí lo que todos los testigos afirmaron. He aquí la verdad de los hechos.... Si nos engañamos, si la justicia yerra, que se nos pruebe. Levántese el acusado, y demuestre que la noche del crimen no estaba en la calle Blanche.

—No se encontraba allí; yo lo afirmo; porque estaba junto á mí, —se oyó decir de repente.



XIX.

Al oír estas palabras, todos los circunstantes, desde el primero hasta el último, se levantaron, como si un resorte les empujara. Los jurados se inclinaban para ver mejor. El acusado, estupefacto, tembloroso, sin saber lo que le pasaba, se puso en pie también. Solo el tribunal permaneció impasible.

—¿Quién ha hablado?

—¿Qué ha dicho?

Se oía por doquier.

Unos buscaban con la vista á la persona

que así interrumpiera al fiscal; otros señalaban á una mujer que estaba en pie, cerca del banco de los abogados, á poca distancia del defensor. Volvía la espalda al público y daba el rostro á los jueces. Desde la sala sólo se veía su espalda ancha y robusta y su cuerpo esbelto y joven, pero ya formado.

— Orden y silencio, ó mando desalojar, — decía el presidente.

— ¡Sentarse, señores, sentarse! — gritaban los alguaciles.

Todos se apresuraron á obedecer.

Deseaban que no les echasen. Querían saber. La curiosidad, hasta entonces adormecida, se despertó ansiosa con el incidente inesperado.

— Ha sido V. interrumpido en su discurso, señor fiscal. Puede V. continuar.

— Se ha producido un grave incidente (replicó el acusador público). Si el tribunal quiere aclarar los hechos, yo, por mi parte, renuncio entre tanto al uso de la palabra.

El presidente cambió algunas frases en voz baja con sus colegas, y luego dijo:

— Ujier. Haga V. que se presente la persona que ha poco interrumpió el debate.

La aludida adelantó algunos pasos, lle-

gando hasta el banco de los testigos, antes de que el ujier se le acercara.

— ¿Quién es V. y cómo se llama? — le preguntó el presidente.

Y deteniendo con un gesto al acusado, que iba á tomar la palabra, prosiguió:

— Cállese V., y espere su turno. Le prohibo hablar hasta que se le ordene hacerlo.

— Me llamo Lucía Fontaine, — dijo la interrogada con voz temblorosa, pero muy clara.

— ¡Es V. hermana de uno de los testigos de descargo, si no me engaño!

— Sí, señor. Soy hermana de Jorge Fontaine.

Éste quiso interrumpirla. El ujier, que estaba junto á él, se lo impidió.

— Acaba V. de decir (prosiguió el Presidente) que el acusado estaba en su compañía la noche en que el crimen que se le imputa tuvo lugar.

— Eso he dicho, en efecto. No se apartó de mí desde las nueve hasta las doce.

— ¡No es cierto! ¡Falta á la verdad!.... — gritó Morlain, sin poder contenerse.

En la sala reinaba el más profundo silencio. Todos estaban pendientes de los

labios del presidente y de Lucía. El primero, sin hacer caso de las protestas de Pedro, continuó, dirigiéndose á la joven:

— ¿Por qué ha demorado V. hasta hoy hacer esa declaración?

— Porque esperaba primero que la instrucción daría por resultado un *no ha lugar*. Más adelante, hasta hace un momento, pensé que la inocencia del señor de Morlain resplandecería á los ojos de todo el mundo después de verle, y nadie creería en su culpabilidad. Pero ha sucedido todo lo contrario. Hasta su discreción admirable se ha vuelto contra él. Tuve miedo, y no obstante sus ruegos y su prohibición de que hablara, dije la verdad, como debía.

— Acusado, levántese V.

Pedro se levantó pálido, lleno de emoción, tembloroso. No era ya el mismo hombre impasible y frío.

— ¿Ha oído V. lo que asegura esta señorita? (le dijo el presidente.) ¿Qué tiene V. que objetar?

— La señorita de Fontaine fué mi amiga desde niña, mi hermana del alma, á quien quiero y respeto mucho. Pero no dice la verdad. No estaba junto á mí la noche

del crimen. Lo juro á fe de caballero.... Trata de engañar á la justicia, impulsada por su cariño, y ruego á la sala y á todas las personas aquí presentes, que no crean lo que dice.

Lucía no se acobardó. Volvióse hacia Morlain, y fijando en él su mirada penetrante, dijo:

— Es inútil que continúes negándote á defenderte por temor de perjudicarme. El tribunal me creerá, porque le probaré que no miento, designando la casa en donde estábamos juntos á la hora en la cual se cometió el crimen.... por el que te hubieran condenado, si yo hubiera sido cobarde hasta el fin.

Pedro comprendió que Lucía, firmemente resuelta á no cejar, no cedería, y se dejó caer sobre el banco con desaliento. Sobrevino la reacción; sus nervios, que hasta entonces le sostuvieron con una energía ficticia, se relajaron, y rompió á llorar.

Sí, lloró, conmovido, subyugado por el desinterés de aquella sublime criatura. En la sala, muchos lloraban también. La opinión había cambiado de súbito, como sucede á menudo en las multitudes. Ya no se re-

prochaba el silencio de Morlain y la sequedad de sus respuestas. Se le comprendía, y se le admiraba. Era la gratitud por las emociones que causara y las lágrimas que hizo verter.

Al mismo tiempo pensaban todos: «Hizo bien en callarse, en protestar hasta el último momento.... Tan bien como ella ha hecho aclarando la verdad.» Bajo el imperio de la primera impresión, nadie quería ver en ella á la querida de un hombre soltero, á la pecadora víctima del amor. Todos admiraban á la mujer que se sacrificaba heroica para salvar al hombre amado.

El tribunal, sin salir de la sala, consultaba con el fiscal lo que procedía hacer. Pasados dos ó tres minutos, sonó la campanilla para imponer silencio, y el presidente exclamó:

— Señores. Visto el incidente que acaba de ocurrir; considerando que es y debe ser motivo de nueva instrucción; en virtud de las facultades que la ley nos concede, aplazamos la sentencia hasta nueva vista.

Muchos sintieron esta demora.

Había durado poco aquello. Quisieran que hubiera resultado un desenlace inme-

diato, sin tener en cuenta las formalidades que requiere la ley.

Mas, por otra parte, las gentes del oficio elogiaban la conducta prudentísima del presidente, y algunos aplaudieron con discreción.

El tribunal se retiró. Los jurados desaparecieron uno tras otro; y el público, invitado por los alguaciles, evacuó la sala lleno de emoción, comentando los extraños sucesos que acababa de presenciar.

Pedro de Morlain, después de cambiar algunas palabras con su defensor, y luego que hubo estrechado las manos de algunos amigos que se le acercaron, se dejó conducir por sus guardianes. Volvió á su celda. Era siempre el mismo acusado, pero cuyo proceso se complicaba.

Lucía le dejó partir sin acercársele, sin hablarle, siguiéndole con los ojos tan sólo. Inmóvil en su puesto, estaba aniquilada, como estupefacta, por lo que había dicho y hecho. Al ruido sucedía un gran silencio, y, sin embargo, aún le retumbaba en los oídos el murmullo de la multitud cuando ella hizo la falsa declaración. Los bancos estaban vacíos, y el estrado también, y no

obstante, aún veía al público y á los jueces.

Jorge se le acercó, y le dijo:

—Vamos, Lucía. Ven.

Ella le siguió como un autómeta. Salieron por el fondo del salón, bajaron por la grande escalera, atravesaron el vestíbulo, y en la calle tomaron un carruaje.

Durante todo el trayecto hasta su casa, no cambiaron ni una sola palabra. Ya en ella, Lucía entró en el salón del piso bajo, y se dejó caer sobre una butaca. Su hermano se colocó junto á ella, y con voz dulce le dijo:

—¿Qué has hecho?

—Lo que *ella* debió hacer,— repuso la joven, irguiéndose como si despertara de un sueño.

—¡Pero te has perdido, desventurada!....

—¿Y qué importa, si le he salvado?

—¡Si así fuera al menos!....

—Lo será; porque persistiré en mentir, y haré que me crean.

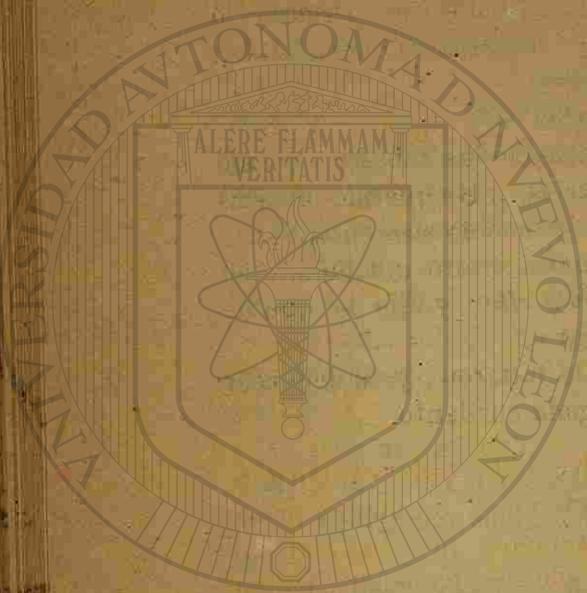
—Pero yo me opongo. Me preguntarán también, y mi deber es protestar contra tu declaración, desmentirla, demostrando que es falsa, que toda la noche aquella la pasaste junto á mí, y que, por lo tanto....

—No harás tal.... Yo no ganaría nada, y tu amigo, tu hermano, se perdería lo mismo.... No; no cometerás esa nueva falta.... después de las otras....

—¿Otras? ¿Cuáles?

—¡Ah! Demasiado las sabes.... No me obligues á decirlas.... He querido lavarlas con mi honra...., y no merezco reproches.... Déjame.... Déjame.... Sufro mucho.... ¡Ve! Ve á reunirte con *ella*, y dile lo que he hecho en su lugar....

Las fuerzas le faltaron, y se dejó caer hacia atrás anegada en llanto.



XX.

Hasta las nueve de la noche estuvo Jorge Fontaine al lado de su hermana, presa de una fiebre puramente nerviosa, efecto de tantas y tan violentas emociones como sufrió durante el día. Había prometido á la Duquesa que sería el primero en ir á contarle lo que sucediese en el juicio, y no bien la pudo dejar, abandonó á la enferma para correr en pos de la mujer amada. Ésta le recibió en el saloncillo del piso entre-suelo, y en cuanto la puerta se cerró detrás de él, le dijo:

—Lo sé todo. Un socio de la Unión, que asistió á la vista, me lo ha contado. El Du-

que ha comido en casa por casualidad, y también me ha referido con detalles el incidente provocado por tu hermana.... ¡Ah! ¡Si supieras qué trabajo me costó no vender mi secreto!...

— ¡Sí! (dijo á su vez Jorge, con acento que revelaba el estado de turbación de su espíritu.) Comprendo lo que debes haber experimentado, y lamento no haberte visto antes que tu marido. Pero mi hermana me detuvo. Era presa de una exaltación extraordinaria; está enferma....

— Sólo perdiendo la cabeza se explica que haya dado un paso semejante. Nos ha puesto á todos en una situación difícil.

— Es verdad, — murmuró Jorge.

— ¡Y pensar que su.... hermosa acción era inútil!.... Porque Morlain hubiera sido absuelto.

— Creo que te equivocas, Diana, — repuso Fontaine alzando la frente, anublada por una honda preocupación.

La Duquesa se le acercó. Tenía el rostro arrebatado y los ojos brillantes. Le miró un instante de una manera extraña, y luego exclamó con voz áspera:

— ¡Y aunque así fuera!.... Todos exage-

ráis la importancia de esa condena. Habéis oído lo que se dijo en el Palacio de Justicia; pero yo, que acabo de leer el resumen de lo que dicen todos los periódicos, estoy á mi vez bien enterada. Todas las circunstancias atenuantes han sido admitidas.... Bastantes pasos di yo para lograrlo.... Llegué hasta transigir con el ministro de Justicia, que, como sabes muy bien, no es santo de mi devoción, entre otras razones, por las ideas avanzadas que profesa.... La cuestión estaba reducida ya á una quimera entre los amantes, seguida de un acto de violencia inconsciente.... Aun siendo condenado Morlain, no padecía su buen nombre....

— Sí.... No hablemos de eso.... ¿Y la prisión?

— Dos ó tres años hubiese durado.... Las circunstancias atenuantes, no sólo no se rechazaban, sino que se admitían desde luego.... Y con la influencia de todos, la mía, la tuya, la de sus amigos, ¿crees que no hubiésemos logrado disminuir aún el tiempo de la condena? Y ésta, ¿dónde la hubiese extinguido? De seguro en alguna casa de salud.... ¿Dudas también que me hubieran concedido esta gracia?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

no. 1625 MONTERREY, MEXICO

— No. Tú la hubieras obtenido. Pero...

— Ya un no siendo así (prosiguió Diana, siempre animada por aquella especie de excitación febril); ¿no merecen uno ó dos años de privaciones y de sufrimientos mis sacrificios?... Sí, mis sacrificios.... Él estaba enamorado de mí.... Yo de él no.... Por lo menos, no estaba bastante enamorada para cometer por él una falta.... Sucumbí.... qué sé yo por qué.... Por lástima quizás.... Me rogó que fuera á aquella casa.... Consentí.... porque no quería que padeciese por causa mía.... ¿Crees que no hay hombres capaces de comprar su dicha al precio de su libertad?... Porque Morlain se creía amado.... Lo cree todavía, y se convencerá más aún mañana.

— ¿Por qué? ¿Qué quieres decir? — interrogó Jorge con sorpresa.

— Porque mañana (le replicó Diana, irguiéndose y mirándole frente á frente); mañana iré á decir á los jueces: «Esa joven que asegura ser la querida de Morlain, les engaña á Vds. Nunca fué más que su hermana del corazón.... Se sacrifica por salvarle, visto que yo no lo hacía.... La mujer que estaba con él la noche del crimen de la calle Blanche, era yo.»

— ¿Eso vas á decirles?

— Ya lo verás. Es una decisión irrevocable, que tomé desde que supe el incidente ocurrido.... Ya no tengo el derecho de callar, porque no se trata de Morlain, sino de ti!.... De ti, á quien adoro hasta querer perderme por tu bien....

— ¡Oh!

— El honor de tu hermana es el tuyo.... El nuestro.... Debo velar por él, y todo se desvanece delante de este deber mío.... Hasta mi propia estima y mis temores de perder la consideración social.... Ya no existe para mí ni sociedad, ni familia, ni mundo, ni nada más que tú.... tú, tú sólo....

Así diciendo, Diana se levantó, y fué á sentarse lejos de Jorge en una butaca. Después de un instante de silencio, más tranquila, más dueña de sí misma, prosiguió con tono resuelto:

— Tan pronto como tu hermana pueda oírte, mañana lo más tarde, es menester que la prepares. Dile que es inútil que persista en su mentira cuando los magistrados la interroguen, que lo harán sin duda. Ya los habré yo visto, y les habré enterado de

todo, para que su honor no sufra el más pequeño perjuicio.

Jorge escuchaba todo esto trastornado, presa á un tiempo de los más encontrados afectos; sentía espanto por una parte, al pensar en los peligros que corría; mucha alegría al verse amado como Diana acababa de probárselo, y mucha admiración, mucha gratitud por aquella mujer; tanto, que el llanto le brotaba de los ojos.

No encontraba palabras con que expresar sus sentimientos. ¿Podía oponerse al proyecto de la Duquesa, rogándole que callase, que no se denunciara á sí propia? Entonces Lucía estaba perdida. ¿Tenía el derecho de sacrificar á su hermana en aras del interés de su querida, prefiriendo el honor de ésta al de aquélla? ¡No! ¡Indudablemente no!.... Por eso no pronunció una sola frase; por eso cayó de rodillas, y tomándole las manos á Diana, se las cubrió de besos y de lágrimas.

—Me quieres mucho, ¿verdad? — le dijo la Duquesa, inclinandose sobre su cabeza.

—¡Oh! Como no imaginé que se pudiera amar....

—Entonces, suceda lo que quiera, jamás lamentaré mi conducta.

Y abrazándole con ternura, le hizo levantarse, y por largo espacio le estrechó contra su corazón.

Cuando volvió á su casa, Jorge halló dormida á Lucía. La fatiga corporal pudo más que sus dolores.

La materia subyugó al espíritu.

Á la mañana siguiente, la fiebre había desaparecido, y pudieron hablar de sus asuntos. Fontaine le dió cuenta de los proyectos de la Duquesa; pero se guardó muy bien de explicarle la causa que se los inspirara.

—¡Cuánto le ha costado decidirse!.... — fué la respuesta de Lucía.

—Siempre creyó que Pedro sería absuelto, y por eso consideraba inútil sacrificarse. Hoy han cambiado las circunstancias, y no quiere consentir que tú hagas lo que á ella sola le corresponde....

—Bien.... está muy bien (replicó la joven fríamente). Puesto que se decide á salvar á un inocente....

—Me parece que ahora rectificarás tu opinión sobre la Duquesa.... Y que debías mostrarte más contenta....

—¿Por qué? ¿Porque Pedro va á ser absuelto por su causa? Hubiera preferido....

Aunque Lucía no se atrevió á concluir la frase, ciertas sospechas que Jorge abrigaba hacía largo tiempo se confirmaron en aquel momento. Ya no hallaba extraña la conducta de su hermana. Lo que hasta entonces tomó por un afecto puramente fraternal, era verdadero amor. ¡Quizás hubiera convenido que lo adivinase antes!.... Pero aquel amor se había desenvuelto poco á poco, en silencio, sin que nadie notara su desarrollo.

—Quieres mucho á Pedro, ¿verdad? — le preguntó con acento cariñoso.

—Muchísimo.

—¿Como á un amigo? ¿Como á un hermano sólo?

—¡No lo sé!.... —repuso ella, retirándose ruborosa.

Jorge la siguió, y tomándole las manos con ternura, le dijo:

—Lucía, más que mi hermana eres mi hija. Al morir nuestra pobre madre, me encargó que velase sobre ti como ella lo hubiese hecho. Tengo, pues, el derecho de

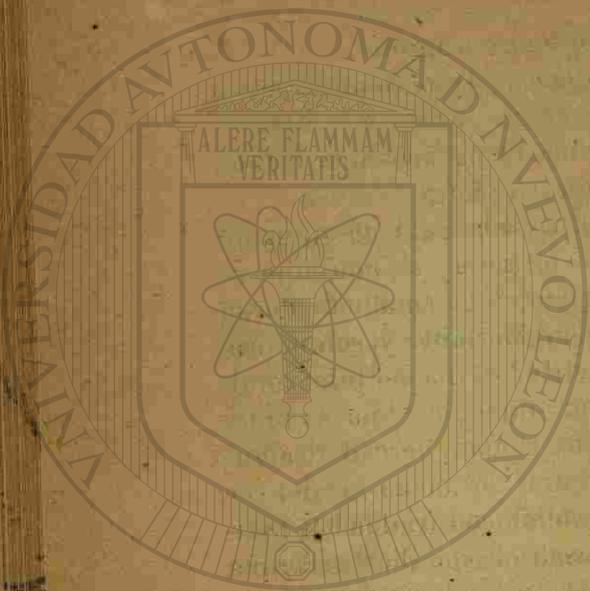
saber tus secretos, y tú el deber de confiármelos.

—Pero si no tengo ninguno....

—Sí: uno tienes. ¿Te pertenece tu corazón?

—No, —replicó Lucía, apoyando la frente sobre el hombro de Jorge.

Esta palabra bastaba para descifrar un enigma que no lo sería, si Fontaine se hubiera fijado bien en la conducta de su hermana para con Morlain, y sobre todo en su extraña actitud el día del juicio oral. Se trataba de una mujer de alma grande; amaba mucho, y tenía afán, verdadero afán, por inmolarse en aras del bienestar del ser amado. Por eso recibió con frialdad la noticia de lo que pensaba hacer Diana. Porque sentía no ser ella quien salvara á Pedro de Morlain á costa de su propia dicha.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

XXI.

Lucía Fontaine estaba en lo justo. Diana de Limours tardó mucho en decidirse á declarar la verdad que salvaba á Morlain. Pero tanto como indecisa hasta resolverse, fué activa y resuelta una vez tomada la determinación. Desde el día siguiente á la vista de la causa comenzó á tomar antecedentes para proceder con rapidez y utilidad. El Código hubiera podido instruir la tan bien como los amigos que la suministraron los datos necesarios. Si no *todos* los casos que pueden ocurrir en causas criminales,

la mayor parte y los que más frecuentes son están previstos.

El artículo 247 dispone que, en el caso de resultar de las declaraciones de los testigos alguna incidencia que afecte al fondo de la instrucción, el tribunal puede y debe, en honor de la verdad, entablar una nueva, dirigida por otro juez ó el mismo que instruyó la primera, pero con independencia absoluta de ésta. En tal caso, el proceso de la causa toma el aspecto que le corresponde, y nada se opone á que los resultados sean diametralmente opuestos á los de la primera.

X*** fué el juez designado por la *Cour d'Assises* para entender en la que se incoó de nuevo con motivo de la declaración de Lucía Fontaine. Se creyó que, enterado como estaba hasta de los menores detalles del asunto, era el más á propósito para llegar á un término preciso en poco tiempo, como la opinión pública manifestada por los periódicos exigía. Diana supo la resolución del tribunal un sábado por la noche, y el domingo por la mañana se presentó en casa de X***: éste se apresuró á recibirla, y quedó estupefacto al oírla decir:

— Caballero, vengo á ilustrarle á V. sobre algunas circunstancias de interés en el negocio que tanto tiempo le ocupa y que de nuevo le ha sido encomendado. Pero quisiera que mis declaraciones las oyese el caballero X***, un hombre de mundo, según reconocen todos, no el juez instructor de una causa.

— Entonces, señora Duquesa, no puedo escucharla á V. Perdóneme...., y nada me diga. Un magistrado no es un confesor que debe olvidar los secretos que se le confían. El juez tiene, por el contrario, el deber de recordar todas las confidencias que se le hagan, y usar de ellas en pro de la justicia, á pesar de todas las súplicas y sin consideración á nada ni á nadie. El afán de esclarecer la verdad en beneficio del inocente ó de la sociedad acusadora, nos absuelven desde luego del pecado de indiscreción.

— ¿De modo que lo que yo le diga á V. en este gabinete, será menester repetirse-lo otro día en la sala de Audiencia, en público y delante de un escribano?

— Sí, señora. Y después de lo que me ha dicho, creo muy útil y considero necesario citarla á V. como testigo.

—Está bien (dijo la Duquesa con tono resuelto). Acepto todas las consecuencias del paso que voy á dar. Sólo, si, intentaré demostrar que mi confidencia no es indispensable publicarla.

—Y, por mi parte, no omitiré medio para dejarme convencer.

—Muchas gracias. Para molestarle menos... y dejarle libre una parte siquiera del día de asueto, voy derecha al fondo de la cuestión (repuso Diana, sonriendo con amabilidad extremada). Si no me engaño, se llama un *incidente* lo que perturbó el curso natural del debate hace pocos días, durante la vista de la causa del Sr. Morlain en juicio oral. Una joven, la señorita de Fontaine, dijo que el acusado pasó con ella las horas de la noche en que fué asesinada Laura Vivian, y cuyo empleo nunca quiso confesar el presunto asesino. Pues bien: yo puedo probar que todo eso es falso; que no tuvo más razón para mentir que el afán de salvar á su amigo de la infancia, engañando á la justicia.

—Esa es precisamente mi opinión. Estoy seguro....

—Perdone V. (interrumpió Diana, siem-

pre sonriente, para dorar en lo posible las frases que iba á pronunciar). Está V. *seguro*, porque ofende á su amor propio reconocer que se engaña declarando culpable á un hombre.... que es inocente.... La señorita de Fontaine trataría en vano de acreditar sus afirmaciones, á pesar de su buen deseo. Pero otra persona no está en igual caso, y tiene en su mano el medio de probar que el señor de Morlain no es criminal, porque la noche en que se perpetró el asesinato estaba con ella.

—¿Y quién es esa persona?

—Yo.... —dijo Diana sin vacilar.

—¡V., señora Duquesa!....

—Yo misma. La declaración es muy dura, ya se hará V. cargo de ello; y cuando me decido á hacerla, se me puede creer.

—Pues me permitirá que no la crea, señora, á menos que me traiga V. pruebas tan evidentes.... V. misma reconoce que la señorita de Fontaine, por cariño al acusado, por gratitud, trata de engañarnos á los representantes de la ley. ¿Por qué no ha de hallarse V. en análogo caso, impulsada por un sentimiento.... piadoso?....

—Porque soy la duquesa de Limours, y

mi título y mi rango me imponen deberes muy sagrados. Porque tengo un marido y una reputación que nadie osó manchar jamás ni con el pensamiento.... Reconozca V. que, sin grandes motivos, no se inmola lo que tanto vale, el nombre, el amor propio, la consideración del mundo....

—¿Y ese motivo no puede ser un gran sentimiento, uno de esos sentimientos tan absorbentes que todo lo hacen olvidar?

—¿Es decir, que no adquiere V. la convicción moral? —exclamó Diana, después de un momento de reflexión.

—Quizás en otro tiempo la hubiese adquirido, señora Duquesa.... Hoy, después de la declaración de la señorita de Fontaine, necesito pruebas concretas.

—Está bien. Acaso mañana esa señorita comparecerá delante de V. Una de las primeras preguntas que se le dirigirán, será ésta: «¿En dónde estaba V. con el señor de Morlain la noche del crimen?»

—Sin duda; eso será lo primero que la pregunten.

—Y ella le contestará sin dificultad, porque está al corriente de muchas cosas. Le dirá á V. que estaban juntos en un ho-

telito del boulevard Pereire. Pero si le exige V. que describa el interior de la casa, no sabrá cómo hacerlo...., y yo sí que lo sé. Cuando vaya V. á verle, se convencerá de que no le engaño; hallará lo que yo le diga y en los lugares que le indique, sin faltar un detalle. Y aún haré más. Añadiré circunstancias que V., en calidad de hombre, no repararía. La señorita de Fontaine es morena, y yo blanca. El hotel está dispuesto para una mujer rubia, para realzar la belleza de su tez y de su pelo, combinando los colores que más han de favorecerla. Esto es un detalle mujeril, pero cuya importancia alcanzará un hombre de mundo como V. Además, el lujo que encierra aquella casita es el que corresponde á una persona de mi rango, acostumbrada á él; es un lujo que molestaría á una muchacha humilde como la que pretende haber escondido entre él una falta. Finalmente: si bien es verdad que la encargada de la limpieza de aquel recinto me es del todo desconocida, porque jamás la vi, esté V. seguro de que ella habrá procurado verme, y me habrá visto. Traíganla á mi presencia, y me reconocerá....

—Todo eso probaría que la señorita de Fontaine trata de engañarnos suplantándola á V.; pero de ningún modo demuestra la presencia de Morlain en el hotel en tanto que el crimen que se le imputa tenía lugar.... Este es el punto más importante, créame V.... ¿Los vió á Vds. juntos alguien?

—No puedo afirmarlo; pero es posible. Todo lo que pasó aquella noche...., última en que vi al señor de Morlain, se me quedó grabado en la memoria, y jamás lo olvidaré.... Recuerdo que oí ruido en el piso bajo, y procedía, sin duda, de la mujer encargada de limpiar la casa, que se retiraba más tarde que de ordinario.... ¿Cree V. ahora (prosiguió Diana, mirando al Juez con fijeza) que las pruebas morales que le proporciono se fundan en hechos concretos?

—Sí; lo reconozco. Pero tenga V. en cuenta que, siendo así, me veré obligado á reclamar su testimonio de una manera oficial.

—No entiendo esa obligación, y, como le prometí al comenzar mi relato, voy á probarle que no existe.

—Veamos, y ojalá logre V. convencerme.

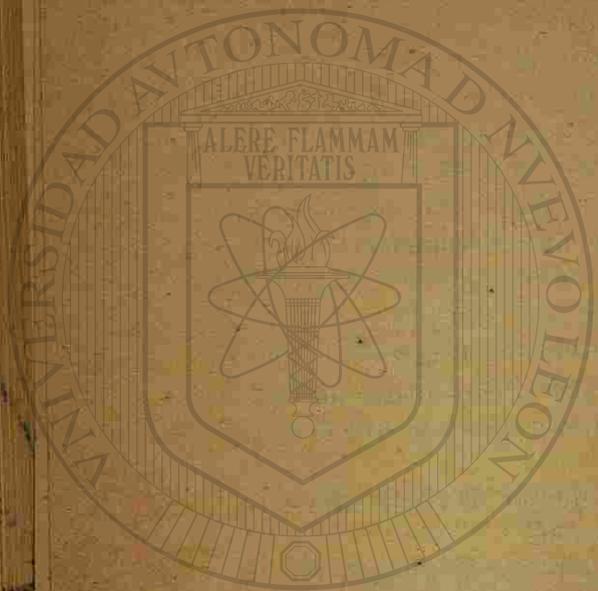
—Si cree V. firmemente que el señor de Morlain es inocente, porque estaba conmigo en la casa del boulevard Pereire cuando sucedió el asesinato de que le acusan, todas las pruebas que se han reunido para probar su presencia en la calle Blanche, caen por su base.... No siendo él el culpable, existe uno desconocido.... Búsquelo V., y las declaraciones mía y de la señorita Fontaine son inútiles.... La instrucción debe entonces dirigirse en otro sentido. No hay por qué ocuparse de Morlain. V. no debe ver ya más que al culpable....

—¡Pero si es que no le veo!—dijo sonriendo el magistrado.

—¿Quiere que le ayude á buscarlo?

—Con mucho gusto. Crea V. que no entra para nada mi amor propio en estos asuntos. Busco la verdad, y, en compañía tan buena, es tarea doblemente agradable.

—Sobre todo en domingo, ¿verdad?—añadió sonriendo Diana.



XXII.

Reclinada en la butaca la duquesa de Limours, parecía mejor recibir la visita de X*** que ser la visitante de éste.

— Antes de buscar al culpable (continuó con acento alegre y juguetón), importa fijar del todo la inocencia de Morlain, echando por tierra todas las presunciones que pesan sobre él.... Me propongo que demolamos el edificio construído por V., amigo mío.... ¿Tiene ánimos para verlo á sangre fría?

—Hágalo V., Duquesa (le replicó el Juez

sonriendo como ella). Quizás esté muy por encima de sus fuerzas lo que V. desea....

X*** no podía evitar la influencia de aquella mujer seductora en grado superlativo cuando se dignaba querer seducir. Además, hay que comprenderlo, las confidencias de que había sido objeto se la hacían asequible. Ya no estaba sobre un pedestal, sobre un trono, como una diosa ó una reina. Sin levantar los ojos al cielo, podía contemplarla y pensar: «Si pecó una vez, ¿por qué no ha de pecar otra más?» Y aunque el magistrado no pensaba esto, una fuerza extraña le arrastraba por la pendiente de un deseo sin esperanza aún, pero que podía ofrecerlas.... En el momento en que la divinidad se humaniza, la imposibilidad desaparece, y quien la víspera era adorador, pudiera bien convertirse en enamorado.

Como si Diana comprendiera esto, le hizo una nueva confidencia, que le hubiese llenado de esperanzas y de ánimo si algún pensamiento abrigara sobre ella.

—Con el permiso del arquitecto, pues, voy á comenzar el derribo (prosiguió la Duquesa). El fiscal ataca á Morlain hacien-

do notar la agitación que experimentaba la noche del crimen, el largo paseo que dió antes de retirarse, y su inquietud cuando estuvo ya en su casa. Este estado febril lo atribuye á los remordimientos, y se equivoca. La causa de todo eso fuí yo.

—¿V.?....

—Sí, señor; yo.... Puesto que no hay remedio, me decido á hacer de nuevo declaraciones delicadísimas. Ya no amaba á Morlain. ¿Qué quiere V.?.... Cree una á veces en los amores eternos...., y se convence que eso, como todo en el mundo, se acaba.... para renacer acaso más tarde.... La última noche que estuvimos juntos, le dije lo que sentía.... He ahí la causa de su despecho, de su sobrexcitación nerviosa.

—Sí; la verdad es que de esa manera se explica....

—Otra prueba contundente. La causa de la herida que tenía en un dedo, y que fué atribuída á una cortadura hecha con el puñal que sirvió para matar á Laura Vivian...., ¡cosa más sencilla!...., se la hizo con el alfiler de este mismo broche que llevó.

Diana se desabrochó el abrigo de pieles

que hasta entonces tuvo abotonado, y mostrando la alhaja, prosiguió:

— Mírela ; juzgue por sus propios ojos.... Vea V. si es fuerte el alfiler. Parece un puñal.... Acérquese. Acérquese.... Puede hacerlo. Soy una testigo, y tiene el derecho de exigir la prueba de lo que declaro. El Juez aprovechó la invitación : se levantó, acercóse á la Duquesa, y, un poco turbado al verse tan cerca de ella, al respirar el perfume embriagador que despedía, examinó el broche, fijo debajo del cuello, en el nacimiento del pecho, pecho robusto, alto, y de cuya turgencia se podía juzgar á la simple vista.

— Sí (dijo, después de un minucioso examen, quizás demasiado minucioso). Es un alfiler capaz de producir la herida que yo mismo vi.

— Y la produjo; esté V. seguro, — concluyó Diana, echándose atrás y abrochando el abrigo.

El magistrado creyó que debía volver á su puesto, y la Duquesa, proponiéndose obtener una nueva victoria, prosiguió:

— Aún puedo dar otra prueba. Sobre la sangre, junto al cadáver de Laura de Vivian,

se encontró un botón de pechera que pertenecía á Morlain. Me consta que lo perdió muchos días antes del crimen. Tanto es así, que me rogó que viese si en casa de mi joyero hallaba una perla igual del mismo grueso y de análogo color.... También estoy dispuesta á daclararlo bajo juramento, si me obliga V. á comparecer ante el tribunal.... Y presumo que esta declaración tendrá para V. tanto valor, por lo menos, como la de la doncella de la víctima. Esa mujer dijo que Morlain no le había encargado que buscara el botoncito. Yo afirmaré que no me encargó buscarle, porque no podía ser ; pero sí que le encontrara uno igual, lo que viene á serlo mismo, poco más ó menos.

La Duquesa miró al Juez de reojo para formar idea del efecto que sus palabras habían producido, y visto que era satisfactorio, se apresuró á añadir :

— Ya ve V. que el edificio tan laboriosamente construído se derrumbó poco á poco. No quedan de él más que escombros. Apartémoslos, y sobre las ruínas construyamos otro más sólido. Pero antes permítame que le haga una pequeña observación. Supongo que no le herirá, porque tiene V. de-

masiado talento para enfadarse por tan poca cosa.

El Juez se inclinó sin replicar. El recuerdo del broche, ó, mejor dicho, del lugar que ocupaba, le tenía muy preocupado.

—Tengo el gusto de conocer al Guardasellos, y me permití interrogarle sobre sus antecedentes de V.... ¡Esto es tan natural!... Quería conocer lo mejor posible al hombre de quien dependía en gran parte la suerte de Morlain, y me contestó: «X*** es el más diestro de los jueces de instrucción. Se le encomiendan los negocios más delicados, haciendo justicia á su talento.... Pero.... nadie es perfecto...., y tiene una falta....

—¿Sólo una?—preguntó X*** sonriendo.

—Quizás tenga V. otras,—repuso Diana en el mismo tono;—pero yo sólo conozco una.

—¿Que consiste?....

—« Cuando se empeña en una cosa, —añadió el amigo que me informaba—no hay quien le apee....»

—Es decir, ¿me tiene V. por testarudo?

—Ya que la palabra no le disgusta.... Confieso que no me atrevía á pronunciarla. Pero si yo estuviera en su caso de V., ten-

dría empeño en demostrar que estaban todos en un error.... ¡Es tan fácil!... Cuando mañana comience V. la nueva instrucción, prométame olvidar la primera. Eche á un lado el protocolo de antes; olvide las antiguas presunciones, y no tema obtener un resultado distinto. Entonces todos dirán que el Guardasellos se equivocaba, porque, cuando menos, no es V. tan testarudo como él dice....

El Juez se echó á reir, y repuso:

— Confieso que me halaga la idea, y reconozco que, vista la cuestión por el prisma que V. la presenta, ofrece otro aspecto nuevo. Pero si desde luego declaro inocente á Morlain, se me exigirá otro reo...., y desde que V. me ofreció ayudarme á buscarle, no hemos hablado de él....

— Ahora le corresponde el turno. Antes era necesario desembarazarnos del primero, que nos hubiese molestado en nuestras investigaciones. Tenía V. un falso culpable nada más; busquemos el verdadero. Por de pronto, no se trata de un homicida, sino de un asesino y ladrón.

—¡Ah! V. cree que el robo....

—Fué la causa del homicidio. V. no

admitió que el que juzga reo hubiese entregado cincuenta mil francos á Laura Vivian. Yo lo admito. Es más, estoy segura. Conocía el antiguo compromiso de Morlain, seguido por una ruptura cuya causa se le alcanzará á V. Esto no podía suceder sin dejar corrientes ciertos detalles de intereses. Y de que se quedaron arreglados, no me cabe duda. Eo juraría sin reparo. Ahora bien: ese dinero desapareció. ¿Quién pudo robarlo? Una sola persona: la doncella de aquella pobre mujer...

—¿Acusa V. á esa testigo?

—¡Ah! ¡Poco á poco!... No es una testigo. La antigua causa no existe. Así me lo prometió V. Se trata de un presunto criminal....

—¡Muy de prisa vamos, Duquesa!

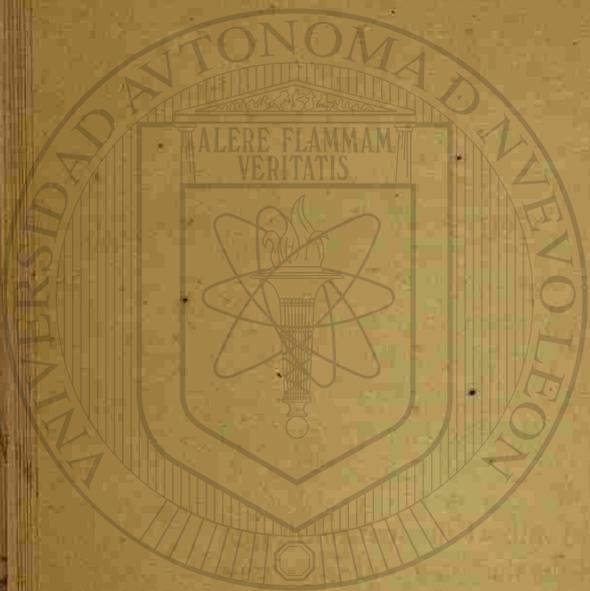
—Se lo parece á V., porque nunca le fué sospechosa Aurelia. Pero nosotros, los amigos de Morlain, sí que sospechamos, y mandamos vigilarla.

—¿Con resultados?

—Hasta ahora no. Pero puede V. obtenerlos. Cuenta con polizontes oficiales, y nosotros sólo podíamos disponer de agentes de ocasión, asalariados y muy poco dignos de crédito.

—Apenas conozco yo á esa muchacha. El Comisario de policia fué quien la interrogó.... Porque, como estaba enferma y no podía salir de casa.... Pero desde luego es incapaz de haber cometido el asesinato. No tiene fuerza para eso.

—¿Y quién nos dice que no tiene un cómplice? Búsquele V., y estoy segura de que le encontrará, ahora que no se fija en una base falsa.... He cumplido mi propósito, y me retiro. Veo que ya bulle en su mente de V. el afán de hallar al verdadero criminal, y me voy contenta... Perdóneme, si abusé de su bondad.... Estoy á la disposición de V., aunque persisto en creer que mi público testimonio es inútil.... De todos modos, tendré mucho gusto en verle.... mejor que en el juzgado, en mi casa, cuyas puertas hallará siempre francas....



XXIII.

Pedro Vignot y Albertina Jeanrond, que bajo los nombres de Bertin y Aurelia comparecieron ante el jurado, luego que hicieron sus declaraciones ocuparon sus puestos en el banco de los testigos, como es costumbre. El incidente provocado por la señorita de Fontaine, y el aplazamiento de la sentencia para otro día, les contrarió sobremanera. Comprendieron al mismo tiempo los dos que convenía verse, consultarse y tomar una pronta resolución.

Vignot, aprovechando el barullo, se

acercó á su querida, de la cual estaba lejos por prudencia, y la citó para aquella misma noche en su casa. Mejor hubiese querido hablarla al salir del Palacio de Justicia; pero pensó que Grimard, presente en el debate, procuraría reunírsele al terminar, y les quitaría la libertad. Tenía el deber de vigilarla, pues que para eso le pagaban, á pesar de su inútil vigilancia, y, además, le causaba placer tornar á su casa con una muchacha bonita. Con sus hábiles coquetterías, había acabado por embaucarle, y desde que no tenía dudas sobre su inocencia, el pensamiento de casarse con ella echó en su ánimo hondas raíces. Hubiera querido antes conocerla como querida; pero estaba desengañado de que era imposible lograrlo: Aurelia se mostraba rebelde hasta no poder más. Á pesar de varias tentativas y de los mil medios de seducción que empleó, nunca salía con su empeño: no le consentía más que ciertas pequeñas libertades, esas que no tienen consecuencias, propias de un amo libertino que tiene criada honesta, pero no feroz. Todas las noches, por prudencia, por miedo de un nuevo ataque ó una sorpresa, se encerraba; y

el bueno del polizonte llegó á tener tal confianza, que muy raras veces se levantaba para escuchar á la puerta y convenirse de que dormía tranquilamente. No obstante, la noche que pasaron juntos después de la escena del Palacio de Justicia, fué más agitada. Para comparecer delante del jurado y del tribunal, creyó Aurelia que debía embellecerse algo, y Grimard, que nunca la vió más que con la ropa vieja, quedó atónito contemplándola mejor vestida. Tanto, que, después de comer, probó á tomarse algunas libertades. La querida de Vignot estaba preocupadísima, y, sin darse cuenta de ello, se mostró tan indiferente á las caricias de su amo, que éste llegó á incurrir en la licencia, y sólo entonces mereció ser llamado al orden. Mas las audacias casi toleradas y los ataques apenas reprimidos le sobreexcitaron, y á eso de las diez, cuando Aurelia se retiró á su cuarto y cerró las puertas, estaba tan fuera de sí, que no quiso acostarse. Andando de un lado para otro pasó largo espacio, y la Culebra, que le oía, no se atrevió á salir, á pesar del afán que tenía por hablar con su amante.

Hasta la una de la mañana estuvo oyendo andar por la estancia de Grimard. Á esa hora, el silencio que reinaba la hizo comprender que la fiebre del polizonte había remitido, y que el bueno del hombre, sin duda acabó por dormirse. Silenciosa, con más cuidado que nunca, se levantó, abrió y cerró la puerta sin producir ningún ruido, y arañó tenuemente en la de su vecino.

Vignot la esperaba en la antesala: la condujo á la alcoba, por ser el lugar más lejano del tabique de la casa inmediata, y sin preámbulo ninguno le dijo:

— La situación ha cambiado. El negocio parece que se tuerce. Todo va á volver á empezar.

— ¡Ya! Ya comprendo.

— El incidente que no podíamos prever, y que ha surgido por desgracia, requiere nueva instrucción. Se probará la inocencia de Morlain. Como acredite la coartada, se salva.... Entonces la justicia querrá tomar la revancha. Buscará al verdadero culpable.... ¿Y sobre quién recaerán las sospechas? Sobre ti....

— ¡Ah! ¡También temes lo que yo! — exclamó Albertina temblorosa.

— ¡Caramba! Eso es claro como la luz.... Pero, ¿de dónde ha salido ese diablo de mujer que le trae el socorro á Morlain cuando menos esperábamos? ¡Cuándo estaba á punto de sucumbir...., todos lo decían...., le han echado la tabla salvadora! Esa chiquilla debe ser su querida.... Después de su visita y del paseo que la hiciste dar por Bretaña, desconfió de ti, te ha hecho vigilar.... Tu espía...., ese imbécil que duerme ahí al lado, no ha descubierto nada, y como los amigos del reo no podían llevar al Juez ninguna noticia concreta, prefirieron callarse.... Temían que les perjudicara acusar á una testigo tan simpática.... ¿Si creerán que no lo he comprendido?.... Pero ahora ya no tienen por qué guardar silencio.... Lucía Fontaine contará lo que sabe, su amante probará la coartada, y luego la emprenderán contigo....

— ¡Ay! ¡Qué desgracia!.... ¡Pobre de mí!....

— Te llamarán de nuevo á declarar. Te asediarán á preguntas, inútiles, antes, cuando te tomaban todos por una santa.... Inquirirán en tu pasado, buscarán tus antecedentes, y como tengas un instante de

duda, como te embrolles, que bien puede suceder.... á pesar de tu astucia..... ¡estás perdida! Empezarán por meterte en la cárcel, y no pienses ya en que te suelten. Una orden de prisión no cuesta nada....., y una vez te vean en Saint-Lazare, con la cabeza descubierta y con tu cicatriz en la mejilla y tu vicio del diablo....., que con la emoción te vuelve.... (ahora mismo no dejas de relamerte los labios), no te quepa duda, Culebrita mía, te reconocerá desde luego alguna de tus antiguas compañeras de prisión, y entonces, ¡adiós mi dinero!

— ¡Sí, sí! Es verdad. ¡Estoy perdida!

— La convicción de los jueces no se hará esperar. Esa gente no cree en el arrepentimiento. ¡Fuiste culpable una vez? Pues también debes serlo otra.... «¡Ah! ¿Es Albertina Jeanrond, (a) *la Culebra*, la antigua querida del forzado Pedro Vignot? (dirán.) Pues entonces no hay que buscar más. Si lo hubiésemos sabido, no hubiéramos perdido el tiempo en requisitorias y juicios.... Ha matado á su ama, ó á hecho que la maten. Y ¿quién será su cómplice? Seguramente su amante, que escapó de presidio, y al cual buscamos hace un

año.» Y lo que es cuando así esté descubierta el pastel....

— ¡Oh! Es espantoso, — exclamó Aurelia, estremeciéndose de pies á cabeza.

— Pues, mira, asustándonos nada conseguiremos (le replicó Vignot, cogiéndola por un brazo). Lo que hace falta, ya que estamos prevenidos, es tomar nuestras precauciones.

— Huyamos....

— ¿Volvemos á lo mismo? Pero, chica, ¿tú quieres que nos echen mano cuanto antes?.... ¡Qué huir ni qué niño muerto!.... Ocultarte es lo que necesitas, y para eso, en ninguna parte mejor que en París. Y si no, á la prueba....

— ¿Pero en dónde me esconderé?

— En una buena casa, tan buena, que á nadie se le ocurrirá ir á buscarte allí. En el hotel de la Duquesa de Limours.

— ¿En el antiguo palacio Polkine?

— Precisamente. El lugar dichoso donde yace nuestro tesoro.

— Pero ¿quieres?....

— Matar dos pájaros de una pedrada: ponerte en salvo, y atrapar los dos millones.

— ¿Y si me reconocen?

—¿Quién te va á reconocer? ¿Los criados? ¿Si fueran los mismos de otro tiempo!... ¿Los dueños? Nunca te han visto, ni oído hablar de ti. Están completamente ajenos al asunto de Morlain, y quizás ignoran que existe.... Esos señorones no se ocupan de pequeñeces.... Y sobre todo, no discutamos, que no es tiempo de eso.... El negocio está preparado, la breva madura, y sólo falta cogerla. Oye cómo se me ocurrió la idea de hacerte entrar en casa de la Duquesa en calidad de doncella....

—¡Siempre criada!... ¡Siempre sirviendo!....

—¡Pero en una buena casa; en la de una Duquesa!... ¿Aún te quejas? Mira, ten paciencia. Guarda la ambición para cuando seamos millonarios, que no falta mucho.

XXIV.

Sentada, con los codos sobre las rodillas y la mirada atenta, Albertina escuchaba á su amante:

—Hace mucho tiempo (prosiguió éste) sabes que busco un medio para introducirme en el hotel de Limours, y permanecer en él unas cuantas horas.... No daba con él.... Es verdad que podía repetir lo que ya hice: presentarme figiéndome abastecedor de la casa ó cosa así.... Pero hubiesen entorpecido mis pasos como la otra vez; no hubiera podido contar con una hora de li-

bertad que necesito para dar el golpe.... Después de darle muchas vueltas al proyecto, hube de convenir en que no había más que un recurso: habitar en el hotel. Pero ¿á qué título? ¿Como secretario del Duque? Ya en otra ocasión desempeñé ese papel cerca del príncipe Polkine, y no me gusta repetir la suerte.... Además, el Duque no tiene secretario.... Esta razón es la más poderosa.... ¿Como criado? ¡Oh! Puedo asegurarte que no me apura el amor propio.... Pero en las casas grandes, los sirvientes, sean los que fueren sus oficios, llevan la cara afeitada, y si me quitan á mí las antiparras y el bigote, es igual que si me condenan á decir á voz en cuello. «Este que ven Vds. aquí es Pedro Vignot, el escapado de Caledonia.» Toda mi fuerza actual se reduce á un disfraz que me dé apariencias de viejo y enfermo, y á los papeles que le robé á Bertin. Si me desnudo de estas apariencias dándolas al diablo, el mismo demonio, bajo la forma de Merle ú otro polizonte, dará conmigo en presidio.

Vignot comenzó por advertir á su querida que el tiempo era precioso y urgía hablar pronto y bien....; pero se perdía en un dédalo

de frases inútiles....; se recreaba en su locuacidad, y gustaba de que le escucharan. El antiguo comparsa, redicho como él sólo, reaparecía por doquier, y se revelaba hasta en los menores detalles de su vida. Sin poder evitarlo, cuando tomaba la palabra, hablaba hasta incurrir en el vicio de ser insostenible.... Albertina era su público.... Pero ¡qué complaciente!.... ¡Como que veía en él al *non plus ultra* de los hombres listos!....

—Así, pues (prosiguió), era menester proseguir desempeñando el mismo papel de siempre, y buscar sin punto de reposo la ocasión propicia para franquear aquellos muros impenetrables.... Por eso vigilaba sin cesar y espiaba á sus habitantes.... Un día observé que el mayordomo, hombre ya viejo y con aspecto de antiguo servidor de los Duques, tenía costumbre de pasear por el parque de Monceau todas las tardes, hasta la hora de comer. Desde entonces todos mis afanes se dirigieron á trabar amistades con él. Paseaba por donde él, me sentaba en el banco que él acostumbraba escoger para descansar...., y al cabo de una semana logré mi propósito: éramos conocidos, y hasta llegué á inspirarle bastante confianza para que me

dijese un apuro en que se hallaba. Tenía precisión de escribir una carta de gran importancia, y no sabía cómo hacerlo.... Le faltaba estilo.... Ofrecile mis servicios, los aceptó, y le atraje á mi casa.

—¿ Á esta?— exclamó Albertina.

—¡No, mujer!.... Á la de la calle de Nápoles, que alquilé para estar á cubierto de todo accidente imprevisto.... No me hacen gracia las habitaciones amuebladas.... La policía las vigila. Tengo mis muebles, y habito en una casa particular con más comodidades y menos peligros. Resulta más cara, pero en nuestro caso la roñosería puede traer funestas consecuencias, cuando se trata de guardar la pelleja.... Mi hombre quedó encantado de mi amabilidad, de mi talento y de mi letra. Me rogó que le escribiese otras varias cartas que tenía atrasadas...., y yo le complací. De esta suerte adquirí el derecho de pedirle otros favores, y no perdí el tiempo. Le hablé de una persona á quien quería servir y que deseaba entrar en una casa aristocrática en calidad de doncella.... La suerte me favoreció, como de ordinario.

La Duquesa había despedido una de las

muchachas que la servían ; el mayordomo, persona de toda su confianza, esperaba poder lograr que fuese admitida en su lugar mi protegida, que ya lo era suya...., y sus esperanzas no fallaron. Es cosa hecha. Hoy mismo te presentará á su señora, y si le agradan tu tipo y tus modales, serás admitida á su servicio.

— Es decir, que te propones que yo....

—Me propongo que tú seas la que revuelvas el escondite de nuestra fortuna, y recojas esos millonajos. Una vez que estés ya en la casa, nada es más sencillo. Cualquiera noche, mientras duerme todo el mundo, sales de tu cuarto sin hacer ruido; como buena culebra que eres, te deslizas en el estudio.... El gabinete está á la izquierda, y cubre la puerta un tapiz que representa á Venus rodeada por una porción de amorcillos.... Ya en él, encontrarás fácilmente el tesoro; lo escondimos juntos, y debes recordar cómo lo hicimos. Desgarras el papel de la pared, descubres los ladrillos que están sueltos, los levantas, y verás los legajos de billetes detrás de ellos; como abultan poco, fácilmente podrás ocultarlos.... Tornas á dejarlo todo como antes, y

vuelves á acostarte. Por la mañana, sales como si tal cosa; le dices al mayordomo que te dé la cuenta, porque no te gusta el servicio de la casa; vienes á buscarme á la calle de Nápoles, y allí nos esconderemos hasta que la ocasión se presente y podamos sin riesgo anochecer aquí y amanecer en un país seguro. ¡Eh! ¿qué te parece la combinación?

—Muy bien (replicó Albertina). Pero el mayordomo conoce la casa en que viviremos, y....

—¿Y qué? ¿Por qué ha de venir á buscarte en ella? ¿Qué perjuicio significa para la Duquesa, ni para nadie, que no te venga servir en su palacio? ¿Sabe, por ventura, que desde hace mucho tiempo existe un tesoro en su gabinete de estudio? No la robas, ningún mal le haces.... ¿De qué puede quejarse?....

—Me parece bien combinado. Tienes razón. Mis dudas son ridículas. Y, además, de esta manera tú no corres ningún peligro, y por eso me halaga ser yo quien dé cima al negocio. Pero, dime: ¿y el individuo ese que duerme ahí al lado?

—¿Te duele dejarle?

—¿Qué cosas tienes!.... ¡Hombre más fastidioso!.... ¿Pues no quiere casarse conmigo? ¡Figúrate tú!....

—Y se acredita de hombre listo. ¡Vas á tener un bonito dote!.... Conque, ¿estamos conformes?.... Anda, en marcha....

—¿Te parece que es ya hora de volver á mi casa?

—No. ¿Para qué? Desde aquí te vas á la calle de Nápoles.... El portero está prevenido. Le he dicho que llegarías en uno de los trenes de esta noche.

—¿Y mi ropa y mi cofre?

—¡Serás tonta! ¿Por ventura no lo preveo yo todo? Tu equipaje hace dos días que llegó. En la casa encontrarás todo lo necesario para presentarte en la de la Duquesa de un modo decoroso. Cambias de piel, hija mía. Aurelia ha desaparecido. De hoy más, te llamas Victorina.

—Sí; mas para el Juez de instrucción que me buscará, soy la misma....

—Que te buscará, es indudable; pero que de fijo no mandará los polizontes al hotel del duque de Limours, no es menos cierto.

—¿Y tú?

—¿Yo? Desapareceré también. Es lo prudente. Sabe Dios lo que puede suceder. Me ocultaré en la otra casa, y no saldré más que bien disfrazado el día en que vengas á buscarme con el dinero.

—Pero los muebles y todo lo que tienes aquí....

—Aquí se quedan. Es menester saber hacer sacrificios cuando llega el momento. No pienso llevarme más que lo restante de los cincuenta mil francos que Morlain le dió á tu ama (q. e. p. d.). ¡Y vaya si nos han sacado de apuros! Con ellos hemos podido vivir bien, amueblar la casa de la calle de Nápoles, y esperar á que los dos millones se nos vengan á las manos. Conque basta de charla, y lárgate. Si me dejas hablar, ya sabes que no acabo nunca.

—Ya me voy. Te obedezco. Pero no sé si la portera abrirá.... ¡á estas horas!....

—Entonces lo harás tú. Entrás en la portería, y como sabes dónde está el cordón que abre la puerta, tiras de él, y te queda el paso franco. Si se despiertan los porteros, les dices que vas á buscar al médico para tu amo, que se ha puesto malo.... Es una excusa muy socorrida.... ¡Pregún-

taselo si no á los dramaturgos ó á los novelistas!

Los dos bribones abandonaron la alcoba, y ganaron la antesala, andando de puntillas. De súbito se detuvieron. En el cuarto que habitaba Grimard se oía un ruido extraño. Uno y otro aplicaron el oído al tabique y escucharon atentos. El rumor que se percibía era un chirrido como el que produce el hierro rozando contra hierro.

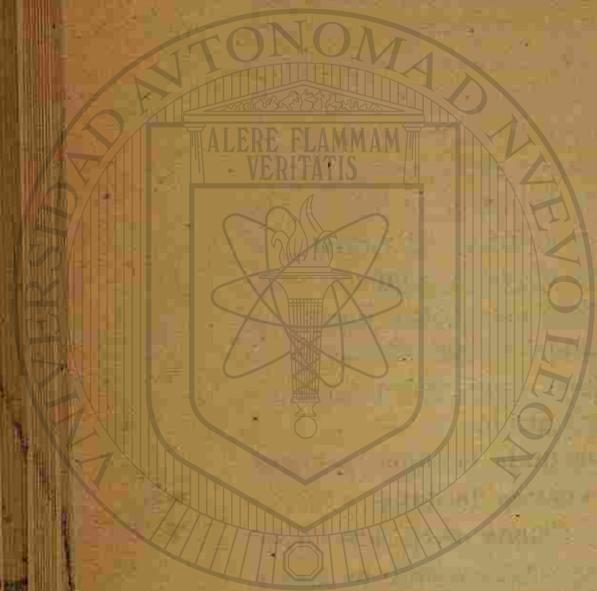
—Está arrancando la cerradura de la puerta de la antesala, —murmuró Aurelia, con voz apenas perceptible.

—¿Pero la de entrada la cerraste bien?

—Sí; con dos vueltas de llave.

—Pues entonces tiene para rato hasta poder salir en tu persecución. Pero no pierdas tiempo.... Anda...., largo....

Así diciendo, Vignot abrió la puerta de la habitación sin hacer el más ligero ruido, y Albertina desapareció en la escalera.



XXV.

Pocos días antes de la vista de la causa Morlain en juicio oral, Mazade, el director de la agencia, recibió el siguiente telegrama:

«MONTE-CARLO. — *Paris.*

»Combinación quebró. Si aún tiene V. necesidad de mis servicios, gíreme por telégrafo cincuenta luíses para pagar cuenta hotel y viaje.—MERLE.»

Mazade giró los mil francos, sin dudar un instante. No creía que el antiguo poli-

zonte le fuera indispensable; pero le convenía obligar á un hombre como él, activo, inteligente, celoso, y cuyos antecedentes notabilísimos como agente dimisionario de la prefectura, darían crédito á la agencia y confianza á los clientes.

Merle, por su parte, no se hizo esperar. Una mañana apareció en casa de Mazade antes de la hora de abrir el despacho; le dió las gracias por su amabilidad, y para pagar su deuda le ofreció sus servicios.

—¿De modo que aquella combinación infalible acabó por quebrar?—le dijo Mazade.

—¡Por desgracia!.... —repuso tristemente Merle.

—Por lo visto, no hay combinación posible. Dura más ó menos la buena suerte, y luego todo se desvanece como el humo.

—Mas antes de perder, debió V. ganar mucho dinero. ¿Por qué no se retiró V. ó volvió á empezar?

—Eso debí hacer; pero ¿qué quiere V.? Se pierde el aplomo, entra la ambición, se le ocurren á uno mil supersticiones, y en la ruleta no hay que andar con esas cosas. ¡Ah! ¡Si V. supiera!.... Está V. apuntando á un número días y días, y no viene nunca. Le

deja V., y entonces sale tres ó cuatro veces seguidas. Esto me ha sucedido siempre con el 32, vecino del 0.... Buena pasada me jugó el tal número.... Todas mis ganancias perdí por él.... ¡Y qué ingrato!.... Salía allá de vez en cuando.... Nada, porque no podía menos.... Jamás dos veces el mismo día.... ¡Y repetido!.... ni pensarlo.... Y me hubiera salvado si se repite....

—¿Y por qué esa afición al 32?

—Porque era el de mis años y el del cuarto de la fonda. Los jugadores tienen esas manías.... Es una estupidez; está uno convencido de ello...., y, sin embargo, dale que le das. A veces cree uno que tal ó cuál persona le trae desgracia ó que otra le hace ganar.... Había dos mujeres vestidas de negro siempre que.... Vamos, es para volverse loco.... En cuanto pisaban el salón de juego, ya estaba yo perdiendo.... En cinco minutos me quedaba sin un céntimo....

—Y sabiéndolo, ¿por qué jugaba V. cuando aparecían?

—¡Ah! ¡Caramba!.... Si pudiese el que juega pararse cuando le conviene.... Pero exigir sangre fría á un jugador, es pedir peras al olmo....

— Y cuando perdió V. todo su dinero, ¿no se le ocurrió presentarse á la administración del Casino y ofrecerle de nuevo sus servicios? Porque V. fué á Monte-Carlo á eso, no á jugar....

— Y lo hice como V. dice. Cuando uno se queda sin blanca no tiene amor propio.... Pero el director, muy amable por cierto, me respondió: «Reconocido como jugador, señor Merle, ya no nos sirve V. La primera condición para ser empleado en esta casa es no jugar nunca por ningún concepto. Vea V. los *croupiers*, los inspectores, los mozos, todos ven, oyen y callan....; pero ninguno pone un franco siquiera sobre el tapete verde.... ¡Tendría que ver que hicieran la partida por su cuenta! —Pero si Vds. me admiten, no jugaré nunca (le repliqué).— ¡Vaya!.... (repuso él): no se haga V. ilusiones. El que hace un cesto.... No diré que jugara V. por su cuenta propia, pero buscaría un amigo y le diría: «Póngame ese luís á tal ó cuál número, al 32 mejor que á otro (porque ese le gusta á V. sobre todos), y vendría á ser igual para nosotros...» —Es verdad; el pícaro 32.... Sabía que me gustaba.... En

Monte-Carlo todo se sabe.... Juzgué inútil insistir...., y me limité á pedir mi *viático*.

— ¡En cuánto lo estimaron?

— En quinientos francos.

— ¿Y no tenía V. bastante para volverse á París?

— Sí; pero ya que no personalmente, porque no podía volver al salón de juego, hice que un amigo, mejor dicho, un conocido por casualidad, los jugase por mi cuenta.

— ¡Y los perdió?

— Ó se los guardó, que para mí viene á ser lo mismo; porque el resultado fué que no los volví á ver.... Entonces me resolví á ponerle á V., el telegrama.

— Y sin perder momento le mandé yo los cincuenta luíses pedidos. Esos no los perdió V., por lo visto.

— Hasta cierto punto. Lo primero que hice fué devolverle á la administración los 500 francos que me dió. Así podía volver á entrar en las salas de juego y arriesgar su dinero de V.... Pero no me trajo fortuna.... Tiene mala sombra.... En tres cuartos de hora me quedé *in alvis*.

— ¡Siempre al 32!

—No. Tenía 33 años desde la víspera. Celebré bien tristemente mi cumpleaños....

—¿Entonces fué el 33 el pícaro número?

—El mismo. Sí, señor.... Y salió el 32. Pero ¡cómo! ¡A cada paso!.... Se desquitaba de los días anteriores.... En fin, se acabó. Por un momento creí que iba á recobrar mi fortunilla; un talego de dinero....; y lo que traigo es el saco de noche...., casi vacío por cierto.... ¡Claro! ¡Tuve que dejar en prenda casi toda mi ropa al salir del hotel!.... Y, lo que es peor, he venido en tercera clase.... Hágame V., pues, trabajar, porque me hace falta ganar con que vivir.

—Procuraré hacerlo; pero me temo que no habrá en qué ocuparle. ¿Sabe V. cómo anda el negocio Morlain?

—Sí.... Lo leí en el ferrocarril, en el *Petit Journal*.... No tenía ni para comprar un periódico de los que cuestan 15 céntimos....

—¿Y qué le parece á V.?

—Pues me parece que, sin la intervención de aquella joven, el presunto reo hubiera sido condenado.... Llegó bien á tiempo....

—Pero admitiendo que su absolución sea un hecho, como quiera que mi agencia no ha logrado lo que me propuse, el negocio pierde mucha importancia para mí. No me reportará tanto beneficio como si hubiésemos podido decir: «Morlain es inocente, porque Aurelia, la doncella de la víctima, es la criminal».

—Aún puede V. llegar á decirlo, y de seguro el señor de Morlain se daría por muy contento. Porque la declaración de la señorita Fontaine no resuelve el problema. Causará perplejidad en el jurado, pero nada prueba en concreto, y en el supuesto de que su cliente de V. sea absuelto, siempre empañará su honor una nubecilla. Mientras que si encontrásemos al culpable....

—¿Tiene V. alguna idea?

—La que V. me sugirió. Tengo sospechas sobre la joven que figura como principal testigo. ¿Sabe V. por qué? Precisamente porque ante el jurado trata de atenuar la gravedad de sus declaraciones anteriores. Cuando la leí, pensé: «Ésta tiene miedo».

—Los amigos del señor de Morlain

creen lo que V. Pero le advierto que nada hemos descubierto que pueda fundar las sospechas que sobre ella abrigamos.... Su conducta es irreprochable.

— ¿Quién lo asegura?

— Uno de mis empleados, encargado de vigilarla. Es un muchacho activo, inteligente....

— ¿Nuevo en el oficio?

— Sí.

— ¿Joven?

— Tendrá unos treinta años.

— ¿Buen mozo?

— No tiene mala figura.

— ¡Y la muchacha es también bonita, según he leído en los periódicos!

— ¡Más que regular es, en efecto!

— ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Ya me figuraba yo que no se dirigía bien el asunto. Apuesto doble contra sencillo á que su empleado de V., en vez de trabajar por cuenta de la agencia, lo hace por la suya propia. Le encargaron de hacer de espía, y ha hecho de Tenorio.... Perdóneme V. que se lo diga, señor Mazade. Poner á una chica guapa bajo la vigilancia de un buen mozo, y joven por ende, es una imprudencia.

— Si en vez de permanecer en Monte-Carlo para quedarse sin un céntimo con su combinación *infalible*, hubiese hecho caso de mis proposiciones, la joven en cuestión hubiera sido mejor vigilada (dijo Mazade, algo amostazado). La culpa no es mía.

— Aún es tiempo de remediar el mal, pues que se va á abrir nueva instrucción. Ya se lo he dicho. Necesito trabajo para rehacerme de mi pérdida y para olvidar la endiablada ruleta, que no se me quita de la cabeza.

— Bueno. Trabajaré V. Pero lo primero es que se ponga de acuerdo con el otro agente.

— ¿Con el enamorado? Dígame V. su nombre y las señas de su casa.

— Se llama Grimard, y vive en la calle Blanche.

— ¿Y Aurelia?

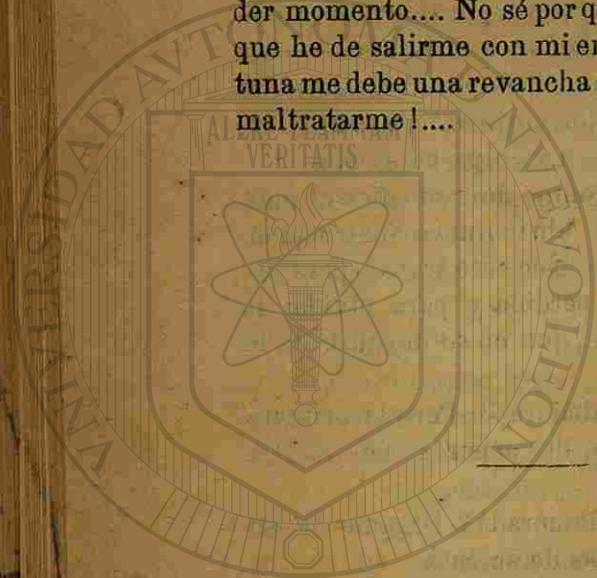
— Viven juntos. Grimard pudo hacer de modo que entrara á su servicio.

— ¡Toma! ¡toma! No está mal eso. ¿De modo que la encontraré allí?

— Sin duda.

— Me gustará verla. Si es una bribona, es más que probable que la conozca. ¡Tantas

he visto!... Voy á la calle Blanche sin perder momento.... No sé por qué, se me figura que he de salirme con mi empeño. ¡ La fortuna me debe una revancha después de tanto maltratarme!....



XXVI.

Sin detenerse para nada, llegó Merle á la calle Blanche, y ya iba á llamar en casa de Grimard, cuando observó que no era preciso. Bastaba para entrar con empujar la puerta: no tenía cerradura. El antiguo inspector de policía, como pudiese, evitaba ser anunciado en donde algún interés le atraía. Prefería sorprender á la gente, aun cuando la sorpresa le obligase á deshacerse después en excusas.

Pero no había dado aún dos pasos en la antesala, cuando otra puerta, sin cerradura

también, se abrió de súbito, y dió paso á un hombre. Era Grimard. Al ver á un desconocido, retrocedió: esperaba sin duda á otra persona.

—¿Quién es V.? ¿Qué quiere? — dijo con desabrimiento.

En vez de contestar, Merle interrogó:

—¿No me equivoco? ¿Estoy en el piso quinto derecha, en casa del Sr. Gounet, subarrendador del cuarto?

—Sí. Yo soy el Sr. Gounet. ¿Para qué le quiere V.?

—Si no tiene inconveniente (repuso Merle con dulzura socarrona), desearía que hablásemos de la criada que le sirve.

—¡Ah! ¿viene V. de su parte?—exclamó Grimard, mirando con desconfianza y casi amenazando á su interlocutor.

—¿Es indiscreta mi pretensión? Vengo del pueblo, y...

—¿Conque de su pueblo?... ¡De veras! ¿eh? Pues ello es que si viene de su tierra, no volverá á ella tan pronto. Porque ya le tengo, y no le suelto (dijo Grimard, interponiéndose entre Merle y la puerta, con ademán agresivo). ¡No espere V. salir!....

—No lo pretendo (replicó el agente,

siempre imperturbable). Precisamente mi deseo es entrar. Hace un frío del diablo en esta antesala; las puertas cierran mal..., y no es extraño, porque no tienen cerraduras....

—No tienen cerraduras..., y á V. nada le importa (gruñó entre dientes Grimard). Pase V.; entre en el salón. Allí nos explicaremos mejor.

Merle obedeció. Abrió la puerta de la sala, y entró, seguido de cerca por Grimard, que cualquiera hubiese creído dispuesto á echársele encima.

—¡Vaya! La verdad es que aquí se está mejor.... Pero no veo á Aurelia, que es la persona á quien busco, — dijo Merle.

—Demasiado sabe V. que no está aquí.

—¿Cómo que no? Por lo visto tiene V. gana de broma....

—Se marchó anoche..., para reunirse con V. sin duda.... No se han encontrado Vds., y por eso viene en su busca.

—¿De veras cree V. eso? Pues fuerza es convenir en que no peca por demasiado perspicaz.... para ser agente de la que dirige Mazade.

—¡Eh! ¿Qué dice V., hombre?....

—Digo que no se llama V. Gounet, sino Grimard...., y que trabaja por cuenta del señor de Morlain, que es quien le paga. Ya ve V. que estoy bien enterado de todo.

—¿Quién es V., pues, para saber tanto?

—Me llamo Merle, y soy inspector dimisionario, no destituido, de la prefectura de policía.

—¡Ah! V. es el que....

—El mismo que su principal de V. fué á buscar, hace un mes, á Monte-Carlo.... Como no quise venir con él, me substituyó por V...., y veo que no anduvomuy acertado en la elección...., pues que, por lo visto, ha dejado escapar el pájaro....

—¡Es verdad! Anoche se fué....; pero quizás vuelva, porque ha dejado aquí todas sus ropas.

—¡Espere V. un rato!.... ¡Ah! Por desgracia llego tarde. Ahí tiene V. lo que me cuesta haber venido en tercera clase y en tren mixto. Si á última hora hubiese acertado un pleno, hubiera llegado á París en el expreso de ayer mañana, hubiese asistido á la vista de la causa, y á estas horas la tal Aurelia estaría desenmascarada y á

buen recaudo. Pero se largó con todo el hilo.... ¿Y V., señor Grimard, no comprendió que, de huir, esta noche había de hacerlo?

—¿Por qué?

—Porque el incidente surgido en la vista y el aplazamiento de la sentencia, por fuerza habían de asustarla.

—¿Y qué quiere V.? (dijo con ingenuidad infantil Grimard.) ¡Como no la creía culpable!....

—¡Ya me lo figuraba!.... ¡Le dió á V. la gran castaña!.... En nuestro oficio, señor mío, hay que desconfiar de las muchachas bonitas.... Pero no perdamos tiempo. Describame V. á esa bribona que le embaucó, porque es menester hallarla á todo trance.

—¡Ah! ¡Lo que es eso!.... Yo le juro á V. que he de encontrarla aunque se esconda debajo de tierra, y mi venganza será cruel.

Merle sonrió, y luego dijo:

—¿Es alta?

—No: pequeñita, y con muy buen cuerpo.

—¿Muy joven?

—Tendrá unos veintidos años.

—¿Morena?

—Rubia. Blanca, con muy buenos colores.

—¿Pintados? ¡Porque hay tantas mejillas sonrosadas y tantos cabellos rubios, que no lo serían sin la química!....

—No, ésta no lleva nada pintado. El pelo es realmente rubio y los colores naturales. Se conoce, porque en varios sitios de la cara tiene manchitas rojizas que la afean el cutis.

—¡Toma! ¡toma! (exclamó Merle.) ¿Y ha notado V. otra particularidad; alguna señal?....

—No. No recuerdo.

—Recuerde V. bien.

—Me parece que tiene una cicatriz en una mejilla. No estoy bien seguro, porque desde que estuvo enferma llevaba la cara casi tapada con un pañuelo; pero....

—Entonces estélo V. de que en efecto ocultaba la cicatriz. ¿Y en qué mejilla la tenía? ¿Acaso en la derecha?

—Sí. De tenerla, en la derecha debía ser. ¿Por ventura conocería V. á esa pícara?

—No. Aún no. ¿Y los dientes, cómo los tiene?

—Muy hermosos. Blanquísimos....; pero un poquito puntiagudos.

—Puntiagudos.... Bien.... Dígame V. algo de su lengua.

—¿De la lengua!.... —exclamó Grimard sorprendido.

—Sí, de su lengua.... No se enfade V. por tan poco. ¿No observó si tenía costumbre de pasársela constantemente por los labios? ¡Así!

Y Merle imitó aquel movimiento.

—Sí, señor. Es verdad. Me chocó precisamente ese vicio.... ¿Por lo visto sabe V. quién es ella?

—No. Pero busco entre mis recuerdos para encontrar la semejanza con alguna de las muchas bribonas que he tenido ocasión de conocer durante el tiempo que serví en la prefectura.... ¿Á qué hora cree V. que debió salir de la casa?

—Sobre las cinco de la mañana.

—¿Por lo visto saltó las cerraduras?

—No. Yo fuí quien las arrancó.... La maldita me había encerrado.

—Vamos; trocaron Vds. los papeles. V. era el vigilado, y ella la vigilante.... ¿Y cómo notó V. su fuga?

— He pasado muy mala noche. No podía dormir. Estaba agitadoísimo, atormentado por el insomnio.

— Exceso de imaginación, señor Grimard... — interrumpió Merle con socaronería.

— Las cuatro de la mañana serían cuando me levanté, y me acerqué á la puerta de la antesala.

— ¿Dormía ella en ese cuarto?

— No. En el gabinete oscuro que está al lado, y dejaba la puerta abierta.

— ¿Quiso V. asegurarse de si estaba ó no en la cama? Quizás abrigaría V. alguna sospecha, y....

— No. No era ese mi objeto, — replicó humilde el agente de Mazade.

— Vamos, ya caigo; no insistamos sobre ello. La puerta estaría cerrada; llamó V. primero suavemente, luego más fuerte....; y al ver que no contestaba Aurelia, decidió V. saltar la cerraja.

— Sí. Así fué....

— Y cuando entró V. en la alcoba, se encontró con que el pájaro no estaba en el nido....; en la cama, quiero decir.

— Ni siquiera se había acostado.... Como

es natural, me alarmé.... Corrí á la puerta de la escalera, pensando que quizás acababa de salir y podría alcanzarla.... Pero me encontré con que la cerró también, y con dos vueltas de llave nada menos.

— Y repitió V. la operación hecha con la otra cerradura.

— Pero con mayores dificultades, porque oponía mucha resistencia. Por fortuna el destornillador que debió olvidar el otro inquilino al marcharse, es fuerte y no se rompió.

— Por lo visto era hombre previsor.... Y una vez descerrajada la puerta, ¿qué hizo V.?

— Bajé á la portería, y los porteros se extrañaron de que aún no hubiera vuelto Aurelia, que salió diciéndoles que iba en busca de un médico para mí.

— Buena ocurrencia. El médico no hubiera estado de más.

Grimard se encontraba tan pequeño al lado de Merle, el antiguo inspector conocidísimo por toda la gente del oficio, que le dejaba bromear sin defenderse. Su fracaso, la falta cometida, le achicaban extraordinariamente.

— ¿Y no se le ocurrió á V. avisar al

señor Mazade?—preguntó el ex-polizonte.

—No me atreví á abandonar mi puesto, esperando que la fugitiva volviera.

—Bueno. Pues siga V. esperándola, mientras yo voy á la agencia. Hasta la vista, señor Grimard.

XXVII.

En pocas palabras, Merlé puso á Mazade al corriente de lo ocurrido. Tuvo la prudencia de no mofarse de Grimard, ni de culpar á su jefe por haberse fiado de un agente demasiado joven é inflamable para encargarse de una joven: antes bien se consideró á si mismo culpable de la fuga de Aurelia, diciendo: «Si yo llego antes, hacemos la gran jugada.»

—¿Resueltamente cree V. que es la doncella quien cometió el crimen?—preguntó Mazade.

señor Mazade?—preguntó el ex-polizonte.

—No me atreví á abandonar mi puesto, esperando que la fugitiva volviera.

—Bueno. Pues siga V. esperándola, mientras yo voy á la agencia. Hasta la vista, señor Grimard.

XXVII.

En pocas palabras, Merlé puso á Mazade al corriente de lo ocurrido. Tuvo la prudencia de no mofarse de Grimard, ni de culpar á su jefe por haberse fiado de un agente demasiado joven é inflamable para encargarse de una joven: antes bien se consideró á si mismo culpable de la fuga de Aurelia, diciendo: «Si yo llego antes, hacemos la gran jugada.»

—¿Resueltamente cree V. que es la doncella quien cometió el crimen?—preguntó Mazade.

— Estoy seguro.

— ¿Porque ha huido?

— Convendrá V. en que es un gran indicio; pero tengo mejores razones, que me deciden á pedirle á V. un favor.

— Diga V.; y si está á mi alcance, cuente con él.

— Depende absolutamente de V. El día que yo le pedí mil francos, me comprometí á trabajar por su cuenta. Pues bien: permítame devolverle esa suma poco á poco, un tanto al mes, y no exija de mí que sea su dependiente.

— ¿Por qué, señor Merle?

— Porque al presente, ocupándome de Aurelia y procurando averiguar su paradero, me acuden al pensamiento un cúmulo de consideraciones, y al propio tiempo se restablece en mí la afición á mi antiguo oficio.

— Puede V. ejercerle en mi casa.

— Pero no es lo mismo. Tiene V. demasiado talento para comprenderlo. Las agencias como la de V., que están al servicio de los particulares, son una industria privada, que sirve para enriquecer solamente á los que las dirigen, y á satisfacer á aquellos á

quienes sirven. La verdadera policía, por el contrario, es desinteresada: su única misión es proteger á las gentes honradas contra los malhechores. Sus agentes, pequeños y grandes, no son menospreciados más que por los imbéciles y por los criminales; pero merecen la estima de los que saben apreciar sus servicios. Es sabido que por su módico sueldo desempeñan el más duro de todos los oficios, exponiendo á cada paso la vida. Pues bien: permítame V. tomar de nuevo ese oficio: estoy constituido para él.... Tendría más ventajas en esta casa, lo sé bien; pero ¿qué quiere V.? No estoy predestinado á ser rico, según todas las apariencias: la ruleta es buena prueba de ello:

— Entonces, ¿quiere V. abandonar al señor de Morlain, mi cliente?

— De ningún modo. Voy, por el contrario, á trabajar en su favor mejor que se ha hecho hasta aquí; pero con una carta-orden en el bolsillo, y probablemente... no de dinero, sino de prisión.

— Entonces los mil francos son de V.: no tiene necesidad de devolvérmelos: los pondré en la cuenta al señor de Morlain.

— ¡Oh! No; de ningún modo. No me ha comprendido V. Desde el momento en que no le sirvo por haber entrado en la policía, no acepto dinero de nadie por mis servicios. Déjeme levantarme un poco, que demasiado se denigra uno jugando á la ruleta.

— Bien; haga V. lo que guste.

— Gracias.

— ¿Me permitirá tan sólo decir al señor Fontaine, el amigo de Morlain, que su asunto marcha bien, gracias á V.?

— Dígale lo que guste, si ha de redundar en beneficio de la agencia; pero nada en mi favor.

XXVIII.

En cuanto dejó á Mazade, sin perder momento, Merle se dirigió á las oficinas de policía, y solicitó ver al *jefe*. Varios empleados reconocieron al antiguo inspector, y de tal suerte le obsequiaron, que le distrajeron por algunos momentos.

— ¡Ah! ¡Ah! ¿V. por aquí, Sr. Merle?— dijoX*** al verle entrar.

— ¿Me conoce V.?

— Conozco su reputación. Ha dejado V. buenos recuerdos. He visto, además, su expediente, que es brillante; á mi entrada,

sin duda no quiso estar á mis órdenes, y pidió la cesantía.

—Perdone V. Creí deber seguir á mi jefe: había sido muy bueno conmigo, y le quería mucho; pero creo que quiero más aún al oficio.

—¿Desea volver á él?

—Si á V. le place, lo estimaré.

—No puedo pedir nada mejor; y sepa V., además, que no le guardo rencor ninguno; pero esto no depende de mí solo, aparte de que el personal está completo:

—No pretendo por el pronto mi antigua plaza, con el cargo de inspector principal; sólo deseo ser empleado con cualquier título, y sobre todo en este momento.

—¡Ah! (dijo el jefe de policía, levantando la cabeza): ¿trae V., sin duda, alguna noticia preciosa?

—Sí, señor; sobre el asunto Morlain.

—¡Sobre el asunto Morlain! Llega V. á tiempo. Precisamente acabo de recibir una nota del Juez instructor, en que me pide para un servicio delicadísimo un hombre fiel é inteligente.

—Yo no sé si seré inteligente; pero fiel, sí creo serlo.

—Lo sé; y voy á probarle cómo trato yo á los fieles de mi predecesor, aunque para seguirle en su retirada me negaran su concurso. Voy á enviarle al señor X***, y le daré á V. una cartita que le servirá de recomendación.

—Gracias; pero antes de ir al Palacio de Justicia necesito una noticia.

—¿Cuál?

—Quisiera saber si un forzado que se llama Pedro Vignot está aún en Caledonia.

—Pedro Vignot... Me parece que no me es desconocido ese nombre. Sí, ya recuerdo una nota enviada por el ministro del Interior, en la cual se preguntaba si las indagaciones que sobre su paradero se hacen habían producido algún resultado.

—¿Indagaciones sobre Pedro Vignot?

—Sí; ese es su nombre.

—¿Ha escapado de nuevo?

—Hace mucho tiempo se fugó por segunda vez de la isla de Noua.

El Jefe de policía había escrito una breve carta al Juez instructor, y la entregó á Merle, diciéndole:

—He ahí lo que le he prometido. Dé V. al señor X*** cuantos antecedentes tenga so-

bre el asunto Morlain. Hubiera podido exigírselos á V. y comunicarlos al Juez siguiendo la vía ordinaria; pero he querido ofrecerle una ocasión para que personalmente se distinga. Aprovecharé la primera para ponerle en su antiguo destino.

—Muchas gracias, y siento....

—No sienta V. nada: manifestó V. á su modo el disgusto que le producía la separación de su protector; y aunque esas pruebas de agradecimiento son raras en la administración, yo sé apreciarlas.

Así diciendo, el jefe de policía hizo un ademán, y despidió á Merle.

Las tres visitas hechas á Mazade, á Grimard y á la prefectura, le habían absorbido toda la mañana. Merle no pudo llegar al Palacio de Justicia hasta la una de la tarde. Hizo entregar la carta para X***. Esperó como media hora en el largo pasillo sobre el cual se abren la mayor parte de los gabinetes de los jueces instructores, y por fin fué recibido.

El Juez estaba escribiendo. Dos minutos después levantó la cabeza, miró á Merle, que permanecía en pie, y le dijo:

—¿Es V. el agente que la policía pone

á mi disposición? ¿Tiene V. las cualidades necesarias para despachar airoso un asunto delicado?

—Así lo creo, señor.

—Se trata de vigilar á una joven sobre la cual recaen algunas sospechas: su nombre es Aurelia, testigo en el proceso Morlain, que conocerá á V. sin duda.

—Perfectamente; sí, señor. Y creo asimismo conocer el nombre de los culpables.

—¡Dígalos!—replicó vivamente el Juez.

—Albertina Jeanrond y Pedro Vignot.

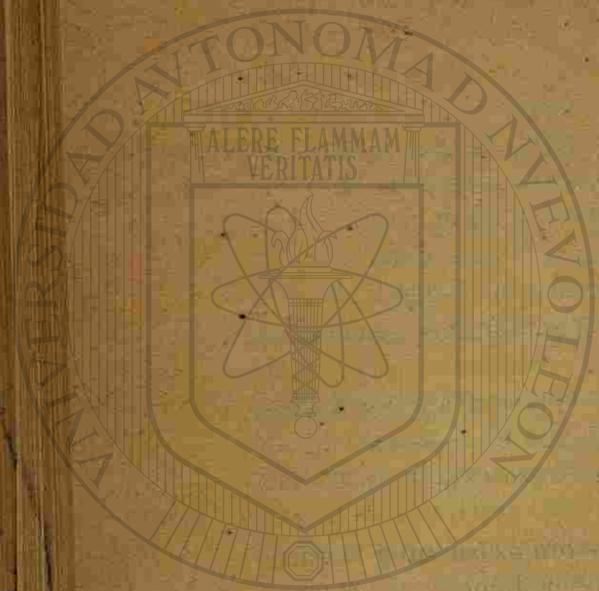
—¿Cómo sabe V. eso? ¿Qué se lo hace suponer?

—Indicios que tengo por muy seguros.

—¿Por qué no ha dicho V. nada hasta este momento?

—Llegué á París esta mañana, y hace dos horas sólo que intervengo en el asunto.

—¿Qué motivos tiene para sospechar de las dos personas que acaba de nombrar? Aproxímese V.



XXIX.

Con el codo sobre la mesa y la barba apoyada en la mano derecha, el Juez se dispuso á escuchar atentamente al antiguo inspector de policía. Su curiosidad se había excitado poderosamente por la declaración que acababa de recibir. ¡Cómo! ¡Un simple agente pretendía conocer á los culpables que el Juez instructor buscaba en vano! Porque él los buscaba, persuadido de su existencia, como había estado convencido de la culpabilidad de Morlain.

Después de la partida de la duquesa de

Limours, restablecida su sangre fría, sacrificó al hombre para dejar lugar al magistrado. Al abrigo de toda seducción, reflexionó lo que acababa de oír, alucinaciones y razonamientos, y reconoció lealmente que había sido engañado. Su amor propio no sufrió. Recordó, antes bien, el reproche que se le dirigía de aferrarse á sus ideas, defecto tan hábil y oportunamente señalado por la Duquesa, y no le desagradaba hacer una instrucción absolutamente nueva desde su punto de partida hasta su término. Así podría demostrar á todos de la manera más elocuente que se había engañado y lo confesaba. Por otra parte, le sonreía la idea de hacer un señalado servicio á la adorable Duquesa, que tan franca y espontáneamente había ido á confesar su pecadillo: no pensaba hacerla intervenir para nada en el proceso; la inocencia de Morlain sería demostrada sin obligarla á declarar ante el tribunal.

Seguía el camino que le indicó ella misma. «¡Busque V. al verdadero culpable, y nos salvará á la señorita de Fontaine, á Morlain y á mí!» (le había dicho.) Y el Juez buscaba para darle gusto, por obedecerla y

porque su deber así se lo exigía. Pero no hallaba..., y he aquí que un extraño venía á decirle: «Yo he encontrado lo que V. ansía conocer.»

— Desde el primer instante (prosiguió Merle con acento de convicción) sospeché de la doncella de la señora de Vivian. No me cabía duda de que había tenido algo que ver en el asesinato. Pero no me incumbía meterme en nada; nada tenía que decir, pues que no me preguntaban, y nada dije. Hoy, mi jefe me manda cerca de V., señor Juez, y varían las circunstancias. Debo, por lo tanto, contar lo que sé y lo que sospecho, aun á trueque de pecar por osado.

— Le autorizo á V. para decir cuanto le ocurra. ¿En qué funda V. sus afirmaciones?

— Cuando me han descrito á la que se llama Aurelia, me ha parecido que me hacían el retrato de cierta Albertina Jeanrond, de quien en otro tiempo me ocupé mucho, y de la cual no me he olvidado, á pesar de que muchos bribones se me han cruzado en el camino después que ella. Es la misma, con sus manchillas rojas en la cara, la cicatriz en la mejilla, y cierta costumbre de rela-

merse los labios que la distingue entre las demás. Si quiere V. S. pedir su fotografía, en el depósito de Saint-Lazare está, y sin gran esfuerzo comprenderá que Aurelia y Albertina son la misma persona.

— Entonces no hay tiempo que perder. Voy á darle á V. un auto de prisión.

— Es inútil, señor; Albertina Jeanrond... permítame que la dé su verdadero nombre, no vive ya donde V. S. cree. Ha huido.

— ¿Está V. seguro?

— Completamente. Ha escapado, temerosa de una nueva instrucción, que podría esta vez volverse contra ella.

— ¿Y no sabe V. dónde está?

— No lo sé; pero la buscaré. Y creo que mis indagaciones tendrán más éxito si V. S. me permite que le pida algún dato.

— Diga V.

— Por efecto de mi ausencia, no he leído del proceso más que un resumen muy incompleto. Me parece que un testigo asegura haber visto al señor de Morlain entrar en la casa la noche del crimen.

— Sí; el testigo Bertin.

— Ese testigo miente. Diré á V. que Ber-

tin es el cómplice de Albertina, y de acuerdo con ella, se ha propuesto burlar á la justicia.... ¿Con qué objeto? Con el de impedir que las sospechas recaigan sobre los verdaderos culpables: el artificio está descubierto.

— Sin duda; pero el testigo de que sospecha V. pasa por persona respetable.... Sus antecedentes no dejan nada que desear.... Después de haber vivido en Lyon, donde ha dejado los mejores recuerdos, fué á fijar su residencia en Australia, en Melbourne; creo que ha hecho fortuna en el comercio, y ha vuelto á Francia.

— Verdaderamente, dijo Merle. Regresó de Australia, vecina de la Caledonia, si no me engaño, y para volver á Francia tomó poco después el mismo camino.

— ¿Qué supone V. entonces?

— Supongo que un forzado que se evade de Caledonia comienza por refugiarse en Australia, y no regresa á su país sino rodeado de garantías para el porvenir, bajo otro nombre, y con un disfraz, y con papeles frecuentemente robados.

— Es posible; pero ¿de qué forzado habla V.?

—Del que ya nombré; de Pedro Vignot; el fiel é inseparable amante, el cómplice de Albertina. Cuando uno de ellos está aquí, el otro evidentemente no anda lejos. Por eso desde que pensé: «Albertina es la ladrona,» recordé á Vignot.

—Bien (dijo el Juez); esas suposiciones no están fuera de lugar; Pedro Vignot es el culpable que buscamos. Pero afirmar por eso que el testigo Bertin es un antiguo forzado, me parece algo atrevido. ¿Qué edad tenía el criminal de quien habla V.?

—Unos cuarenta años.

—Bertin, á quien he visto diez veces en este gabinete en pleno día, es un hombre de unos cincuenta; encanecido, enfermo....

—Eso no es una razón. Vignot sabe arreglarse la cabeza; es maestro en cuestión de disfraces. Recibió lecciones de los mejores artistas cuando fué comparsa en la Puerta de San Martín. Así burló á más de un comisario de policía de París. Quizá sea yo el único á quien no puede engañar, y eso porque he estudiado sus ojos durante mucho tiempo. Es mi especialidad: porque se logra deformar el talle, y de esbelto se trueca en grueso; es fácil dejarse crecer la barba ó

teñírsela y fingir arrugas en la cara; pero no se cambian los ojos. ¿No ha llamado la atención de V. S. la manera de mirar de Bertin?

—No; lo que me la llama en este momento es que el testigo que nos ocupa lleva siempre gafas azules.

—Precisamente. Los ojos podrían hacerle traición, y los esconde. Comienzo á creer, señor Juez, que mis suposiciones no son tan atrevidas como en un principio me parecieron. Otros detalles me ocurren. Se ha dicho en el proceso que Aurelia observaba una conducta ejemplar; que jamás salía de su casa. No tenía necesidad de salir. Su cómplice habitaba el piso quinto, y ella el sexto. Se reunían, sin duda, durante la noche y concertaban los golpes de mano que se proponían. Se les presentó uno que les pareció excelente: la señora Vivian acababa de recibir cincuenta mil francos; lo supo Albertina; abrió la puerta á su amante, y se consumó el hecho.

—Todo eso es posible; pero hasta ahora nada lo demuestra.

—¿Vería V. S. una prueba en la fuga del testigo Bertin?

—Sin duda; ¿ha huído?

—No sé nada; pero todo me induce á creerlo así.

—Vaya V. inmediatamente á asegurarse, y vuelva.

XXX.

—¿Está en casa el señor Bertin?— preguntó Merle á la portera de la calle Blanche.

—No, señor; marchó de viaje.

El inspector de policía sonrió con satisfacción: no se había engañado. Pero, satisfecho el amor propio, desapareció la sonrisa y se arrugó su frente. En efecto: ¿cómo encontrar á Pedro Vignot? Porque esta partida precipitada, coincidiendo con la de Albertina, no le dejaba ya duda, si

— Sin duda; ¿ha huído?

— No sé nada; pero todo me induce á creerlo así.

— Vaya V. inmediatamente á asegurarse, y vuelva.

XXX.

— ¿Está en casa el señor Bertin? — preguntó Merle á la portera de la calle Blanche.

— No, señor; marchó de viaje.

El inspector de policía sonrió con satisfacción: no se había engañado. Pero, satisfecho el amor propio, desapareció la sonrisa y se arrugó su frente. En efecto: ¿cómo encontrar á Pedro Vignot? Porque esta partida precipitada, coincidiendo con la de Albertina, no le dejaba ya duda, si

es que la tenía aún, acerca de la verdadera personalidad del testigo Bertin.

— ¡Ah! ¡Conque está de viaje! ¿Y sabe V. si regresará pronto?

— Dentro de unos días, porque ha ido á Lyon, su país natal, á ver á un pariente enfermo.

— Me contraría, porque deseaba hablarle. Y Aurelia, la doncella de la señora Vivian, la criada del señor Gounet, ¿ha vuelto?

— ¡Toma! ¿Y por qué me pregunta V. eso?

Merle añadió, sin hacer caso:

— ¡Le cuesta demasiado trabajo encontrar un médico para su amo!

— ¡De modo que lo sabe V. todo! — exclamó aterrada la portera.

— Es uno de los deberes de mi oficio.

— ¿De su oficio?

— Sí; soy inspector de policía.

— ¡Otro! ¡No nos dejarán tranquilos!

— No, mientras en esta casa habiten malhechores

— ¡Malhechores! ¡No lo dirá V. por el señor Bertin!

— Al contrario; y V. va á suplirle, fa-

cilitándome cuantos datos necesito, — dijo Merle, tomando sin ceremonias una silla que nadie le había ofrecido.

Seguro de que Pedro Vignot no volvería á la calle Blanche, juzgó inútil ser discreto con los porteros, y prefirió asustarlos haciéndoles conocer sus títulos y sus cargos, con lo cual les obligaba á responderle, lo que no habría conseguido si le hubieran tomado por un simple curioso.

— Es decir (continuó el Inspector); el señor Bertin ha partido el mismo día que la doncella Aurelia. Esa doble fuga de los dos testigos principales en la causa Morlain, ¿no le parece á V. chocante?

— ¡Es verdad! — dijo Jerónimo desde el fondo de su tabuco.

— Pero después que declararon en el *Tribunal d' Assises*, todo ha concluido, — se apresuró á decir la portera, que por instinto defendía siempre á sus inquilinos.

— No; ¡qué ha de concluir! Muy al contrario: todo comienza de nuevo con la nueva instrucción.

— ¡Ay Dios mío! ¿Y habré de volver al Palacio de Justicia?

— Sin duda. Pero si sus respuestas á

mis preguntas son claras y precisas, acaso baste con esto.

— ¡Oh! Pregunte V., señor; pregunte V. ¡Ya estoy aburrida de ir allá!

— Responda, pues. ¿Sabía V. que Bertin y Aurelia se conocían?

— No, señor. Acaso alguna vez se saludaran en la escalera, cosa que entre vecinos nada tiene de particular; pero....

— ¿Nunca vió V. al uno en casa de la otra, ó viceversa?

— Jamás.

— Perdona, — interrumpió Jerónimo acercándose.

— ¡Qué!.... — repuso la portera, admirada de ver que su marido tomaba la palabra sin pedirla permiso.

— Hable V. — dijo Merle.

— Mi mujer olvida sin duda....

— ¿Qué es lo que olvida su mujer?

— Que un día, hace ya bastante tiempo, antes de ocurrir el asesinato, salía yo de casa del inquilino del quinto piso, del otro, del que se le ha subarrendado á....

— Al Sr. Gounet, ya sé.

— Y vi á Aurelia enfrente de casa del señor Bertin....

— ¿Y qué la dijo V.?

— La pregunté qué hacía allí, y me contestó que me buscaba para mandarme á un recado, y pensó que estaría en casa de Bertin....

— ¿Y qué? (se apresuró á decir la portera.) ¿Hay nada más natural? Siempre que abres la boca es para decir una estupidez.

— No veo la razón de ese reproche que dirige á su marido (dijo Merle, y prosiguió interrogando). ¿Después nunca volvió V. á sorprender á la doncella Aurelia con Bertin?

— No, señor; nunca.

— Bien. Vamos á otra cosa: ¿recibía Bertin muchas cartas?

— Ninguna, — repuso la portera.

— ¿Ni aun de Lyon, su país natal?

— Pregunta V. la verdad, y se la digo: nunca le hemos subido cartas.

— Cosa que es muy digna de tenerse en cuenta, porque él es de Lyon, donde tiene su familia, según dice; acaba de llegar de Australia, donde habrá hecho relaciones, y sin embargo no ha tenido nunca ni una carta. ¿Lo encuentra V. natural?

—Pero, señor...

—Esta mañana salió para Lyon con objeto de ver á un pariente enfermo, y no se le ocurre á V. preguntarse: ¿cómo lo sabe, si no ha recibido carta ni telegrama?

—Un amigo puede habérselo dicho.

—¡Un amigo! Si los tiene, debe V. conocerlos. Deme noticias sobre ellos.

—No puedo, porque no recibía á nadie.

—Absolutamente á nadie, —dijo el portero, como un eco de su mujer.

—¡Notable es que un vecino de esta población no tenga ni un solo conocido en París! Son pequeños detalles sin importancia, que Bertin ha descuidado, pero que pueden convertirse en cargos contra él, si no los encontramos de más peso... ¿Se ha llevado algún baúl ó maleta?

—Solamente un saco de noche.

—¿Y ha marchado á pie?

—No, señor; mandó á mi marido que le buscara un carruaje.

—¿Dónde lo tomó V.? —preguntó Merle al portero.

—En la parada que está detrás de la plaza de la Trinidad.

—¿Recuerda V. el número?

—No; no lo miré.

—¿Y la hora?

—Lo tomé á las ocho, ú ocho menos cuarto.

—¿Dió la dirección al cochero delante de V.?

—Sí, señor; le dijo: «Estación de Lyon.»

—Con esto me basta por hoy (dijo Merle levantándose). Una postrera advertencia: si por acaso la doncella Aurelia ó Bertin volvieran porque hubieran olvidado algún papel ú objeto que les comprometiera.... no dirán una palabra de mi visita, é irán inmediatamente á prevenir al comisario de policía que les ha interrogado varias veces. ¿Lo entienden Vds.? Cuidado con faltar á mis órdenes, porque se les acusaría de complicidad.

—¡Nosotros cómplices! ¡Cómplices de un crimen! ¡Dios mío, después de una vida tan ejemplar!

La portera se dejó caer en una silla, y Merle se retiró; dirigióse á la parada de carruajes situada detrás de la iglesia de la Trinidad, y llegó en el momento más oportuno. Un cochero que había corrido por París

durante todo el día, volvía á la caída de la tarde adonde se encontraba por la mañana, y recordó haber tomado á eso de las ocho, en la calle Blanche, núm....., un viajero que iba á la estación de Lyon.

—Y creo (añadió el cochero) que perdió el tren.

—¿Por qué cree V. eso?

—Porque le vi cinco minutos después salir con su saco de noche en la mano.

—¡Entonces no partió V. en seguida!

—No; el caballo estaba rendido, y me quedé en fila, como si mi coche estuviera ocupado.

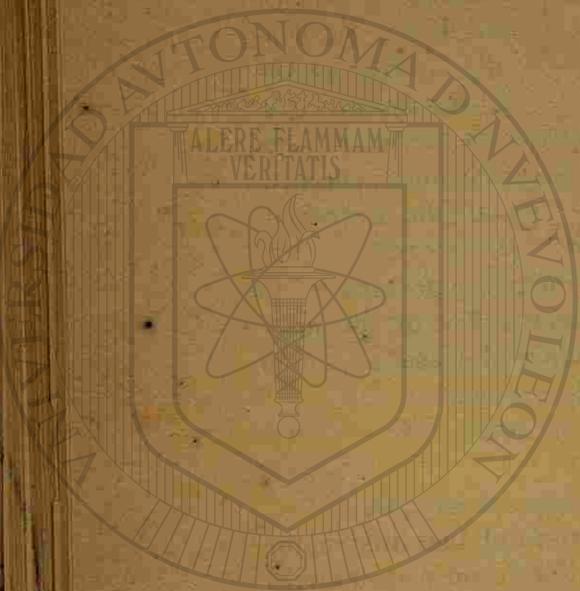
—Como yo lo pensé (dijo Merle para sí, alejándose, después de tomar nota del número y nombre del cochero). Vignot se ha hecho conducir á la estación de Lyon para volver á París cuando crea que nadie puede verle. No todo se prevé. Mañana trataré de ponerme sobre la pista para dar con él y con Aurelia. Por ahora he de ocuparme de otra cosa.

Volvió al Palacio de Justicia, é hizo al Juez un detallado relato de lo ocurrido.

El magistrado, después de escucharle atentamente, le dijo:

—Las sospechas de V., á que no di importancia en un principio por parecerme faltas de pruebas, comienzo á creerlas fundadas. La desaparición de esos dos testigos, inquilinos de la casa en que el crimen se ha cometido, y que V. cree reconocer por antiguos criminales, es de mucha gravedad. Precisa encontrarlos.... ¿lo oye V.?

—Sí, señor, lo oigo; pero será difícil tropezar con esos pícaros. En fin; la constancia, la experiencia y el acaso.... ¡quién sabe si darán fruto!



DIRECCIÓN GENERAL

XXXI.

Después de obtener del Juez instructor cuantas órdenes pudieran serle necesarias en caso de encontrar á Pedro Vignot y Albertina Jeanrond, Merle se lanzó activamente en su busca. Se ocupó desde luego de ésta, que había huído la primera, y con la esperanza de que los vigilantes de servicio en la plaza de la Trinidad pudieran haber visto durante la noche una mujer sola, les interrogó, sin obtener ninguna indicación precisa.

Entonces pensó que Albertina, en vez de

bajar la calle Blanche, pudo seguir la dirección contraria, y se dirigió á informarse de los guardias que estaban de servicio en el boulevard de Clichy. Uno de ellos dijo haber visto á eso de las cinco de la mañana á una mujer, con la cual coincidían las señas que daba Merle: había pasado por delante de él muy de prisa, al parecer inquieta y agitada, volviendo frecuentemente la vista atrás, y el guardia, suponiéndola medrosa, pensó ofrecerle su compañía para tranquilizarla; pero caminaba tan corriendo, que no tuvo tiempo para poner por obra su pensamiento.

—¿Dónde estaba V.? — preguntó Merle.

—En la calle de Clichy; ella entraba por la calle de Moncey.

Merle tomó la dirección indicada, y obtuvo nuevas indicaciones en la plaza de Europa. Á la misma hora, la misma mujer cruzó la plaza con dirección á la calle de Roma. Nada más se sabía.

Entonces el concienzudo inspector de policía se impuso la larga y penosa tarea de preguntar á los porteros de todas las calles vecinas, y alcanzó en sus investigaciones hasta la calle de Nápoles. Llegaba al

término de sus afanes; pero reflexionó que le faltaba tiempo para recorrer París preguntando á todos los porteros. Hasta entonces no había perdido un minuto; tenía ya idea de la dirección seguida por la fugitiva, y siempre podía comenzar de nuevo su tarea donde la dejaba.

Con Vignot fué Merle menos afortunado; lo que se explica fácilmente. Albertina recorrió París durante la noche, mientras su amante lo hizo en pleno día, pudiendo ser menos notado. Merle preguntó en los alrededores de la estación de Lyon por un viajero que llevaba un saco de noche en la mano, y no obtuvo más que respuestas muy vagas ó contradictorias. Además, ¿no se habría desembarazado del suyo Vignot para aligerarse? En cuanto á los anteojos, que completaban sus señas, podría muy bien haberlos guardado en el bolsillo. Nada probaba, por otra parte, que hubiera hecho el camino á pie; y ¿cómo averiguar el carruaje de que se había servido? Preguntar á todos los cocheros de París era cosa difícil. En las estaciones se obtienen algunas veces indicios; pero un perseguido por la justicia, sagaz como Vignot, no se

dirige á la parada, como lo había hecho, más que para extraviar á los que se propongan seguirle.

Otra reflexión hubo de interrumpir las indagaciones de Merle:

Albertina (pensó) se ha dirigido hacia el Oeste de París, y su cómplice debe reunirsele. Poco me importan sus vueltas y revueltas, su viaje á la estación de Lyon y el derrotero que pueda haber seguido.

Dejó en consecuencia á Vignot, y volvió sobre Albertina.

Mientras el polizón se entregaba á todas estas indagaciones, el Juez instructor, por su parte, se trasladó á la calle Blanche, para hacer un registro en las habitaciones de los dos testigos, convertidos ya en sospechosos.

Aurelia había abandonado su baul como si tratara de volver, y al registrarle, se vió que no contenía más que algunas piezas de ropa blanca. En casa de Bertin, por el contrario, se encontraron en un armario ungüentos, cosméticos, tinturas, tres barbas postizas y dos pelucas de distintos colores, lo cual indicaba que su dueño tenía costumbre de disfrazarse, y confirmaba las

sospechas de Merle. En el cajón de una mesa tuvo el Juez la fortuna de hallar los papeles del habitante de aquella casa. Vignot dejaba tras de sí cuanto era referente á Bertin, no por olvido, sino voluntariamente. X*** se apresuró á escribir á Lyon para preguntar si Bertin había vuelto allí después de su regreso de Australia. Le contestaron que su última carta estaba fechada en Melbourne el día de su partida para Francia. Esto confirmaba las sospechas de Merle: los papeles de que Vignot se servía pertenecían á un viajero robado y muerto en el camino, porque no se comprendía que el verdadero Bertin, en excelentes relaciones con su familia, fijara su residencia en París sin ir á Lyon, ó al menos hacer presente á los suyos su llegada.

El día de la visita domiciliaria, Albertina se presentó en el hotel de Limours, bajo el pseudónimo de Victorina, y fué recibida en concepto de segunda doncella. Desde entonces no tuvo más que un pensamiento: realizar el objeto que la llevara á aquella casa, para huir al extranjero después; presentía graves peligros si permanecía en París. No se le ocultaba que su

fuga y la de Bertin autorizarían todas las sospechas, por lo cual, para obrar, debía aprovecharse de la primera ocasión, y aun procurársela.

Era tal su impaciencia, que la segunda noche de estancia en el hotel se decidió á pasar de su habitación á la parte del hotel que ocupaban los señores, para penetrar en el estudio.

Un obstáculo imprevisto hizo abortar su primera tentativa: la puerta estaba cerrada con llave.

Entonces procuró informarse, y supo que un lacayo de confianza estaba encargado de aquel cuarto; que le cerraba en cuanto su señora salía, y no volvía á abrirlo hasta por la mañana para arreglarlo. Entonces lo dejaba abierto y quedaba solo hasta las dos ó las tres de la tarde, que se trasladaba á él la Duquesa.

—Pues bien (se dijo Albertina): haré durante el día lo que pensaba terminar esta noche.

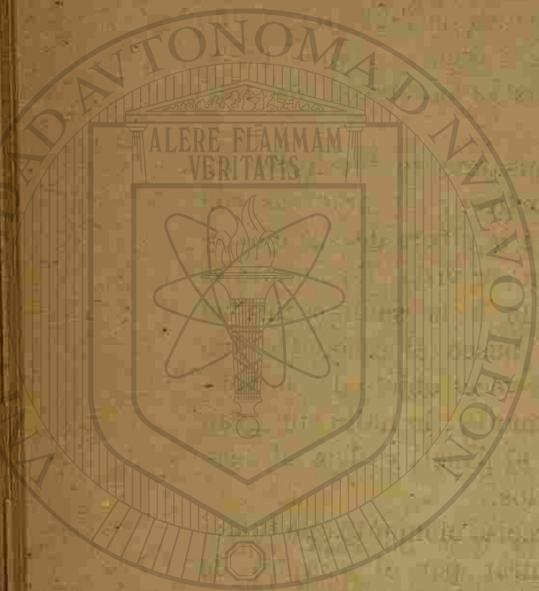
Así, resuelta, desechó todo temor, y se propuso llegar audazmente al fin.

Un día, cuando hubo terminado su servicio, tomando mil precauciones, pene-

tró en el estudio, encontró el sitio indicado por Vignot, levantó la tapicería, y entró en el gabinete oscuro, donde desde tanto tiempo atrás se ocultaban los millones.

Su primer pensamiento fué hacer un agujero en la *portiere*; lo practicó con un cortaplumas, á la altura de sus ojos, y logró poder ver sin ser vista. En cuanto se hubo acostumbrado á la semi-oscuridad que allí reinaba, buscó el escondite que había sido muchas veces objeto de conversación con su amante; lo halló sin gran trabajo, desgarró el papel, y dejó al descubierto los ladrillos.

Pero en este preciso momento oyó ruido. Se apresuró á mirar por el agujero de la cortina, y vió que era la Duquesa, que por casualidad aquel día había alterado las horas acostumbradas.



XXXII.

Envuelta en una bata de raso azul claro, adornada de encajes, Diana de Lيمours estaba verdaderamente arrebatadora. El sol penetraba en el estudio, vertía un torrente de luz sobre aquella mujer adorable, hacía resaltar en toda su admirable belleza la tez de alabastro, los labios coralinos y la cabellera rubia con cambiantes metálicos, sin más adorno que una peineta, y pronta á desbordarse en ondas de oro al más leve impulso. Sentía frío sin duda, y se ceñía la ropa en vez de

dejarla flotar. Así, bajo la fina seda, todas las líneas de su cuerpo escultural se dibujaban con singular limpieza, y el seno, los hombros y las caderas, desafiaban la corrección de formas de las artísticas estatuas que por doquier había en el estudio. Á primera vista se descubría que ni corsé ni justillo separaban el raso de la carne; que el cuerpo, completamente libre, en toda su desnudez, palpitaba debajo del vestido.

Con una mirada abarcó toda la estancia: sonrió satisfecha, y sus ojos reflejaron un mundo de ideas placenteras. Todo estaba en su sitio. Los cuadros, los lienzos, los pinceles, las flores. El trabajo comenzado hacía mucho tiempo, aquel trabajo interminable, pues que nunca se concluía...., permanecía sobre el caballete.

Mal dispuesta para trabajar, lánguida, andando con dejadez, fué hasta dejarse caer sobre el diván que estaba en su rincón favorito. Con la vista perdida en el espacio, los ojos á medio cerrar, la boca entreabierta como para recibir un beso, y las narices dilatadas cual si aspirasen delicioso perfume, se entregó á una meditación que tenía algo de éxtasis.

Albertina Jeanrond, desde su escondite no perdía un detalle. Con un ojo pegado á la improvisada mira, observaba inmóvil, conteniendo la respiración. La oscuridad del gabinete hacía resaltar el estudio más alumbrado todavía, ponía más de relieve los objetos, y les daba mayor vigor de tonos.

Trancurrió media hora.

Diana de Limours interrumpió su meditación para fijar la vista en un reloj de estilo Luis XVI que adornaba la pared enfrente de ella, y á medida que las agujas giraban, su frente se oscurecía, sus labios se contraían, y parecía más inquieta.

Pero resonó ruido de pasos en el corredor. Las nubecillas que empañaban la alegría de su alma se desvanecieron súbitamente. Se levantó, y con paso rápido, sin languidez ya, corrió á la puerta; ésta se abrió, y apareció en ella Jorge Fontaine.

No bien volvió á cerrarse y cayó la cortina, el joven se precipitó en brazos de Diana, que por largo espacio le retuvo entre ellos, dándole el largo beso del regreso, de la nueva vista, de la llegada....

— ¡Cuánto has tardado! ¿De dónde vienes?

— Del Palacio de Justicia. Todo marcha á pedir de boca para nuestro amigo. El Juez de instrucción cree saber quiénes son los culpables.

— Aurelia, la doncella de Laura Vivian, y el testigo Bertin, fueron los asesinos; ¿verdad?

— Sí: es decir, Albertina Jeanrond y Pedro Vignot, que estos son sus nombres verdaderos. Mas, por desgracia, todavía no han caído en poder de la justicia.

— ¿Habrán huído al extranjero?

— No. Merle, el agente de policía que tan buen servicio nos presta ahora, asegura que no pueden haber salido de París; busca sin cesar el escondite donde se ocultan, y sin duda dará con él, porque es hombre muy listo.

— ¡Es tan grande París!

— Es verdad. Pero serios indicios hacen que los lugares sospechosos de ocultar á esos bribones se limiten á dos ó tres barrios. Merle estuvo por la mañana á buscarme para pedirme antecedentes, y esta tarde le volveré á ver. Es un prodigio de sagacidad. De hipótesis en hipótesis, fundándose en los detalles más pequeños y en los meno-

res recuerdos de su época de servicios en la prefectura, ha llegado á reconocer á los culpables bajo sus nombres supuestos y sus disfraces. Además, tiene picado el amor propio, y no descansará hasta entregarles á los tribunales y probar así que no se equivoca tan fácilmente.

Albertina ya no observaba; con el oído atento, escuchaba temblorosa aquella conversación aterradora.

— Sin embargo, á pesar de tanto celo y tan grande inteligencia, ¿quién sabe si llegará al objeto que se propone? Y entonces....

— Pedro será juzgado de nuevo, porque desde el momento en que se incoó causa criminal contra él, por fuerza ha de terminarse, aunque la sentencia sea declarando su inocencia de la manera más completa. Pero esto no pasa de ser una pura fórmula. El fiscal pedirá la absolución, y el jurado se apresurará á dictarla. Luego sobrevendrá el otro proceso, y en él se condenará á los verdaderos culpables.

— ¿Y si no los han cogido?

— Serán condenados en rebeldía.

— Por mi parte (dijo la Duquesa), he dado un paso que me ha salido bien. Ma-

ñana lo más tarde, nuestro amigo será puesto en libertad bajo palabra.

—¡Ah!— exclamó Jorge, que de súbito se quedó suspenso.

—¿Tienes miedo?—le preguntó Diana, abrazándole y mirándole con ternura.

—No. Tengo una fe ciega en ti; pero su primera visita será á esta casa: ¿y qué le dirás?

—La verdad pura y neta.

—Preciso es. ¡Pero va á resultarle tan cruel!

—Menos que te figuras.

—¿Por qué?

—Es imposible que la sublime conducta de tu hermana, su mismo sacrificio, no le hayan impresionado.

—¿Y crees?....

—Que la amaré.... si ya no está enamorado de ella.

—No puede ser. ¡Te quería tanto!....

—¿Quién lo puede asegurar? Comparando con el tuyo su amor, dudo, Jorge mío. Yo impresioné su imaginación; halagaba su amor propio; pero su corazón hacía mucho tiempo que pertenecía á la amiga de la infancia á quien veía diariamente, á la

cual le ligaban vínculos purísimos, y en quien debía notar un interés hermano del amor verdadero. Y aunque así no fuera, si aún me amara, el golpe que voy á darle, la confesión que le haré, le curarán para siempre, créeme.

—¡Quizás sea como dices! Pero de mí, ¿qué pensará? No temo su cólera. Tengo miedo sólo de ver enfriarse nuestra intimidad de hermanos.

—Tu hermana la reanimará. Además, tus servicios, tu interés, ¿no deben atenuar sus agravios? ¿Dudaste de él cuando todos le acusaban? ¿Le has abandonado un momento siquiera? ¿No has desenvuelto un ardor por defenderle, una constancia y una voluntad sin límites? Cuando se proclame su inocencia y quede libre y con la honra incólume, ¿á quién se lo deberá?

—En gran parte á ti. La mejor influencia sobre el Juez la ejercieron tus declaraciones.

—Bueno. Así y todo, mucho interés has desplegado, y, como el mío, debe servir para que los dos obtengamos su perdón. Porque es cierto que nos hemos amado...., más sin olvidarle.

Bien pronto dejaron de hablar de Pedro Morlain, para consagrarse por entero á su pasión. Las caricias se sucedían sin punto de reposo, mejor dicho, un beso interminable unía sus labios, y sus corazones latían isócronos y confundían sus latidos. En la inteligencia de que nadie podía sorprenderles, protegidos como estaban por los biombo esparcidos por el estudio, que interceptaban la vista entre la puerta y el fondo de la estancia, refugiados en su querido asilo, en su templo, se entregaron á los más frenéticos transportes de su amor, de su locura.

Así transcurrió largo espacio. De súbito Diana se desasíó de entre los brazos de su amante, recogió el peñador que se le había deslizado de los hombros y yacía en el suelo, se envolvió en él con viveza, y pálida y temblorosa, exclamó:

—¿Has oído, Jorge? No estamos solos. Alguien está oculto detrás de la cortina del gabinete.

XXXIII.

Algunos instantes le bastaron para reponerse, y entonces, sin vacilación, con paso firme y actitud resuelta, se dirigió al lugar en donde sintiera el ruido causa de su sobresalto; levantó la tapicería, y apareció Albertina agazapada en un rincón, lívida de miedo.

La Duquesa la reconoció, y agarrándola por un brazo, la hizo salir.

—¿Qué hacía V. ahí? —le preguntó.

Albertina encontró en su viva imaginación un recurso salvador.

—Perdóneme la señora Duquesa; mi pecado fué la curiosidad.... Me habían hablado mis compañeras de los cuadros y de las maravillas que había aquí; al pasar, estaba la puerta abierta, me atreví á entrar para verlo, oí pasos y la voz de la señora, y entonces, asustada, me metí en ese gabinete.

—¡Luego sabía V. que existía!

—Vi ese escondite, y.... Estaba levantada la punta de la *portiere*....

—Está bien; salga V., y vaya á buscar á mi ayuda de cámara José: él le arreglará la cuenta, y antes de una hora estará V. en la calle.

Albertina sintió que un peso se le quitaba de encima: no creía salir tan bien parada. No había tenido tiempo para apoderarse de los millones; pero conservaba su libertad. Enteraría á Vignot de lo que había oído, y huirían juntos.

Con la cabeza baja, como arrepentida de lo hecho, se dirigió hacia la puerta; cuando Jorge Fontaine, silencioso hasta entonces, se interpuso, y la dijo:

—Quieta ahí.

—¿Por qué? —preguntó temblorosa.

—Déjela V. marchar. No merece que nos ocupemos más de ella, — dijo Diana.

—No, Duquesa; se engaña V. si cree que ésta es una criada como las demás, sorprendida en flagrante delito de curiosidad ó de traición. Se trata de una antigua pensionista de Saint-Lazare: hablábamos de ella hace un momento; se hacía llamar últimamente Aurelia; pero su verdadero nombre es Albertina Jeanrond.

—¡Albertina!.... —dijo la Duquesa, aproximándose.

—¡Yo! ¡yo!.... ¡Mentira! —balbuceó la querida de Vignot.

—¿Crees que no te conozco? Estuvimos el mismo día en el *Tribunal d' Assises*, y ¿supones que no me fijé bien en la testigo que declaraba contra mi mejor amigo? Sí, no lo dudes; has venido á caer precisamente en la casa en que más interés se tiene por librar á Morlain y cogerte.

—¿Pero en efecto es ella? (dijo la Duquesa.) Entonces voy á hacer que la prendan.

Albertina estaba aterrada: huir era el único recurso, y esta idea la prestó ánimos. De pronto, con agilidad inconcebible, pa-

sando por detrás de Fontaine, ganó la puerta, y quizá hubiera escapado, á no estar cerrada; pero mientras procuró abrirla, Jorge pudo sujetarla y conducirla hacia el interior del estudio, al mismo tiempo que decía á la Duquesa:

— Llame V.

Entonces, vencida por la fuerza, la falsa Aurelia quiso esgrimir las armas de la amenaza. Diana se dirigió á un timbre eléctrico; é iba ya á poner el dedo sobre el botoncillo de marfil, cuando la Culebra dijo:

— Piense V. bien lo que va á hacer. Si llama, si me prenden, yo también hablaré, y entonces...

— ¿Qué quieres decir?— preguntó Jorge amenazándola.

— Quiero decir (respondió Albertina muy pálida, con voz ronca y mojándose sin cesar los labios con la lengua) que desde mi escondite, donde hice un agujero, he sorprendido los secretos de la señora Duquesa. He presenciado los transportes de su pasión, de su loco desenfreno y su exquisito arte. Es peor que yo. La gran señora, famosa por sus virtudes, no me aventaja en costumbres,

y aun tendría yo mucho que aprender de ella. Un indiscreto suspiro, de envidia quizá, me ha perdido. Si no me dejan salir, lo diré todo, absolutamente todo. Sin olvidar un detalle les contaré sus amores de Vds. á los criados, al Duque, á los agentes de policía, á los jueces, al mundo entero...

— Perfectamente (dijo tranquila la Duquesa): vas á ver el caso que hago del mundo.

Ya había apoyado un dedo en el botón del timbre, cuando de pronto Jorge la detuvo, y le dijo en voz baja:

— No llames; acaba de ocurrírseme la siguiente idea. Si mandas prenderla, su cómplice se nos escapará; finge miedo, y déjala marchar: ganemos tiempo. Detenla una hora por lo menos, que yo haré que la espíen.

Y en voz más alta, para que lo oyera Albertina, añadió:

— Se lo suplico á V., Duquesa: va en ello su honor; quedariamos en evidencia.

Como si aparentara ceder, Diana respondió:

— Pero mi deber es entregar esta miserable á la justicia.

— ¡Piense antes en V.; en nosotros dos!
— Y si la dejo en libertad, ¿quién me asegura que no hablará?

Albertina, que estaba en el opuesto extremo del estudio, apoyada en la pared, livida y anhelante, exclamó:

— ¿Qué objeto tendría para hablar? Si V. no me hace daño, ningún interés puedo tener en vengarme.

La Duquesa aparentó dudar aún. Después, como si adoptara una resolución, dijo:

— Bien; en todo caso, la policía sabrá encontrarla. Pero aquí había papeles importantes sobre esta mesa, cartas en ese cajón. ¿Quién me responde de que no los ha cogido antes de llegar yo? Consiento en que se vaya; pero sin llevarse nada.

— Regístreme V., — dijo Albertina.

— No es ese mi oficio (replicó la Duquesa): mis criados se encargarán de hacerlo. Señor Fontaine, hágame el obsequio de llamar al ayuda de cámara de mi confianza, á José; está en el primer piso. Le encargaré de esta muchacha, con lo cual evitaré el escándalo; por eso no llamo. No tenga V. cuidado en dejarme sola, que nada tengo que temer de esta mujer.

XXXIV.

Transcurrieron algunos minutos. Apoyada en los tapices que cubrían la puerta, la Duquesa impedía salir á Albertina. Retirada ésta en un ángulo del salón, dirigía oblicuas miradas sobre su guardiana. Una idea se le ocurrió: ¿por qué no lanzarse sobre la Duquesa y con las uñas destrozarla el traje? De esta suerte quedaría completamente desnuda, y á la llegada de los criados habría de retirarse de la puerta y ocultarse, con lo cual le dejaría franco el paso para escapar.

— ¡Piense antes en V.; en nosotros dos!
— Y si la dejo en libertad, ¿quién me asegura que no hablará?

Albertina, que estaba en el opuesto extremo del estudio, apoyada en la pared, livida y anhelante, exclamó:

— ¿Qué objeto tendría para hablar? Si V. no me hace daño, ningún interés puedo tener en vengarme.

La Duquesa aparentó dudar aún. Después, como si adoptara una resolución, dijo:

— Bien; en todo caso, la policía sabrá encontrarla. Pero aquí había papeles importantes sobre esta mesa, cartas en ese cajón. ¿Quién me responde de que no los ha cogido antes de llegar yo? Consiento en que se vaya; pero sin llevarse nada.

— Regístreme V., — dijo Albertina.

— No es ese mi oficio (replicó la Duquesa): mis criados se encargarán de hacerlo. Señor Fontaine, hágame el obsequio de llamar al ayuda de cámara de mi confianza, á José; está en el primer piso. Le encargaré de esta muchacha, con lo cual evitaré el escándalo; por eso no llamo. No tenga V. cuidado en dejarme sola, que nada tengo que temer de esta mujer.

XXXIV.

Transcurrieron algunos minutos. Apoyada en los tapices que cubrían la puerta, la Duquesa impedía salir á Albertina. Retirada ésta en un ángulo del salón, dirigía oblicuas miradas sobre su guardiana. Una idea se le ocurrió: ¿por qué no lanzarse sobre la Duquesa y con las uñas destrozarla el traje? De esta suerte quedaría completamente desnuda, y á la llegada de los criados habría de retirarse de la puerta y ocultarse, con lo cual le dejaría franco el paso para escapar.

Mas ¿para qué huir? No se trataba de prenderla, sino de registrarla. ¿Qué le importaba? Los millones estaban todavía en su sitio.

En cuanto á la Duquesa, estudiaba con curiosidad, con interés de artista, á aquella muchacha audaz, corrompida, viciosa, criminal á los veinte años. La gran señora hallaba original encontrarse sola, frente á frente con la antigua pensionista de Saint-Lazare. Su imaginación, excitada aún por las interrumpidas caricias, se complacía en aquella monstruosidad. No veía en Albertina á la sirvienta; sus vicios, sus crímenes la agigantaban á sus ojos. El último había redundado en favor de Diana de Limours. ¿No tuvo por causá de él, medio para entablar sus relaciones con Jorge Fontaine? ¿Á qué, si no, era debido el haber visto satisfechas todas las dichas soñadas? En el primer momento, la hubiera entregado á la justicia: era su deber. Sin embargo, contra ella no tenía resentimiento personal alguno.

Quiso hacerla hablar por curiosidad, y por romper aquel largo silencio que la embarazaba, le dijo:

—¿Cuándo cesarás de mirarme? Me devoras con los ojos. ¿Qué meditas contra mí?

—Es que observo que es V. tan bella de rostro como hermosa de cuerpo (dijo Albertina con su aplomo habitual). Está V. admirablemente formada. ¡Qué pecho, qué piernas, qué caderas! ¿Y lo demás?... ¡Oh! ¡lo demás...! Desde mi observatorio no he perdido ningún detalle, y la envidio á V. ¡Ah! Si yo estuviera dotada de sus formas!

—¿Me lisonjeas para que te deje marchar?

—No; digo lo que he visto y lo que repetiría á todo el mundo si, en vez de contar con la promesa de V., me entregara á la justicia.

—¿Qué podías decir? ¿Que soy hermosa?

—¿Le agradecería á V. que todo el mundo supiera los más íntimos detalles de su belleza?

—Todas estamos expuestas á las indiscreciones de nuestras doncellas, porque nos ven diariamente.

—Pero no como yo á V., enamorada, palpitando bajo el influjo de los besos, vivir y desvanecerse al calor del fuego de las ca-

ricias; sería una descripción admirable... Digna de un periódico.

Aurelia tenía miedo, y amenazaba á su vez.

La Duquesa oyó llamar á la puerta, y abrió. Era su ayuda de cámara favorito.

—José (le dijo señalando á Albertina); he sorprendido á esa muchacha escondida en aquel gabinete. No la creo culpable más que de curiosidad. Asegúrese V. de que no ha sustraído nada de aquí ni del hotel. Registre V. su habitación, y después de arreglarle la cuenta, déjela marchar.

Dadas estas órdenes, salió, dejando á la ^a Albertina llena de confianza.

Así se ganaba el tiempo suficiente para que Jorge buscara á Merle y le pusiera en antecedentes.

XXXV.

Fontaine encontró al polizonte en el cuerpo de guardia de la avenida de Villiers, donde había establecido el centro de sus operaciones, y desde donde dirigía los pasos de dos individuos puestos á su disposición.

—Ya sabía yo que debía andar por estos alrededores; pero no suponía que hubiera hallado un refugio en el hotel de los duques de Limours. Algo buscaba allí. Ya reflexionaré sobre ello. Ha sido una idea excelente dejarla en libertad, porque irá sin

duda á casa de Vignot, y mataremos dos pájaros de una pedrada.

Inmediatamente, Merle, solo, se dirigió hacia el palacio de Limours, y entró en un café próximo.

Previéndolo todo, apostó un carruaje.

Como media hora después, Albertina salió por una de las puertas de servicio. Para mayor libertad, había dejado el baul, asegurando que volvería por él. Atravesó el boulevard, mirando en todas direcciones, y aun cuandonada le pareció sospechoso, juzgó prudente dar un paseo por París antes de dirigirse adonde iba; y como pasara un carruaje vacío, lo tomó.

Merle dejó transcurrir algunos momentos, subió al suyo, y dió orden al cochero de seguir al tomado por Albertina.

Ésta notó que otro coche seguía su misma dirección. ¿Sería por casualidad? Para convencerse, dió á su cochero nueva orden, que le obligó á volver por el camino recorrido. El cochero de Merle hubo de hacer lo mismo.

Entonces comprendió que estaba cogida, y resolvió jugar el todo por el todo. De rodillas sobre la bigotera, le suplicó que

diese la vuelta, diciéndole: «Soy perseguida por un hombre celoso, á quien temo. Apriete V. el paso; se lo ruego. Ahí van cinco francos, y le ofrezco un luís si logro escapar.»

Seducido el cochero, fustigó al caballo.

Pero el agente Merle contaba también con medios de seducción: se hizo reconocer como inspector de policía, dijo que le interesaba cazar un pájaro de cuenta, y ofreció su protección al cochero si le daba caza. Entonces comenzó por París una carrera digna del Hipódromo.

Por espacio de más de una hora los dos coches conservaron la misma distancia, recorriendo calles, lanzándose por las más tortuosas, volviendo en los mismos sitios, arremetiendo contra iguales obstáculos. Los conductores hicieron causa común con sus clientes, y concluyeron por insultarse desde el pescante.

Merle, entre tanto, reflexionó:

—De este modo (se dijo) la seguiré durante diez años sin adelantar nada, porque no se dirigirá adonde se encuentra el otro. Además, la noche se acerca, y puedo

perderla. Lo mejor es prenderla, y ya veremos después.

— Ya estoy cansado, y tú también (dijo á su cochero). Es necesario alcanzar á nuestro contrario. ¿Podrás darle caza?

— Sin duda. Lleva cansado el caballo, mientras que el mío está tan fresco como al salir de la cuadra.

— En marcha, pues. Si empezonas, la prefectura paga el desperfecto.

No sólo lo alcanzó, sino que lo pasó, y, sin detenerse, insolente por la importancia que le daba la protección de un inspector de policía, y más orgulloso aún de haber vencido á su colega, porque pertenecía á una compañía rival, estrechó el coche contra la acera, y le dejó en la imposibilidad de marchar.

Mientras los dos cocheros se insultaban, se apeó vivamente Merle, y abriendo la portezuela de la otra berlina, asió á Albertina por el brazo, y la obligó á bajar.

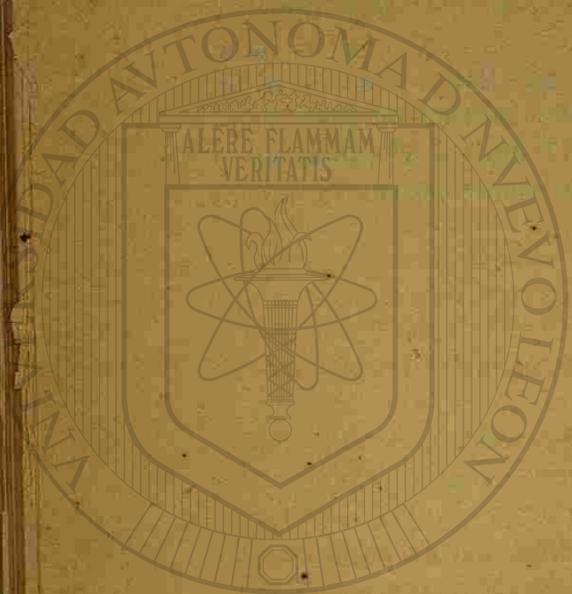
Ella se resistió; le había reconocido. ¡Era Merle! El único hombre á quien temía con verdadero pánico.

Éste se aprovechó de su emoción para hacerla pasar de un carruaje al otro sin

llamar la atención de los transeuntes, y sentado ya junto á ella, dijo al cochero:

— Al pretil del Reloj.... Al depósito.

El cochero de Albertina no quedó contento. Su caballo temblaba de cansancio, y su cliente se iba sin darle los veinte francos ofrecidos.



XXXVI.

La prisionera guardaba un profundo silencio. Sus previsiones, sus temores, se habían realizado: estaba perdida.

Por un instante, un pensamiento halagüeño la reanimó. Pedro Vignot estaba en libertad, era de creer al menos; podría salvarse y vivir en el extranjero, pero lejos de ella, para siempre.... Porque con respecto su propia suerte ella, harto sabía la que le esperaba: una cárcel por sepultura.

Merle, sin duda adivinaba este pensamiento, y respetaba su infortunio. Aquel

silencio asustaba más á Albertina. Cuando él no quería hablar, era porque no necesitaba saber nada. Había tropezado al fin con ella, y probablemente también con Vignot.

Entonces se resolvió á romper el silencio, con objeto de saber lo que había sido de su amante.

—¿Por qué me prende V.? ¿Qué he hecho yo?—dijo.

—Te creía con más talento, y no esperaba que me hablaras de eso. Sabes perfectamente el crimen de que se te acusa..., y conmigo haces mal en aparentar inocencia.

—Si se me acusa de un crimen, ¿á qué esa larga carrera detrás de mí? Era más fácil prenderme inmediatamente.

—Veo tu intención, y no he de ocultarte la mía, con lo cual calmaré tus inquietudes. Esperaba que irías á encontrarte con Vignot; notaste mi persecución, y quisiste rehuirla; por eso he concluido por donde debiera haber comenzado.

—¿Cree V. entonces que Vignot está en París?

—¡Vamos! ¿Continúas con tus mojigaterías?... Sí, está en París; estoy tan

cierto como de que es el asesino de la señora Vivian, y de que tú le ayudaste á cometer el crimen.

—¡Mentira! Son invenciones de V., que me quiere mal.

—¿Quizá! En todo caso, la invención no puede conformarse más con la realidad.

—¿Á Vignot no lo ha cogido V.?

—No; mas espero que no tardará en suceder. Acabo de encontrar el medio de dar con él.

—¡Eso lo dice V. por asustarme!

—Como quieras.

Merle dejó de hablar, y miró por la ventanilla.

En aquel momento, un recuerdo surgió en la mente de Albertina; y tocando á Merle en el brazo, dijo:

—¿Sabe V. que tengo medio de vengarme?

—¿De quién? ¿De mí?

—No; V. hace su oficio. Me vengaré de la duquesa de Limours, que me ha jugado una mala pasada. Me ofreció...

—Dejarte marchar en perfecta libertad, y tú lo creíste. Ha sido una inocentada por tu parte.

— Pero V. no sabe, como yo, que la Duquesa tiene un amante á quien recibe en su estudio. Contaré sus amores á todo el mundo.

— ¡ Á qué llamas todo el mundo? ¿ Estás soñando? Si fueras libre.... Pero así no podrás contar esas historietas más que á las paredes de tu celda.

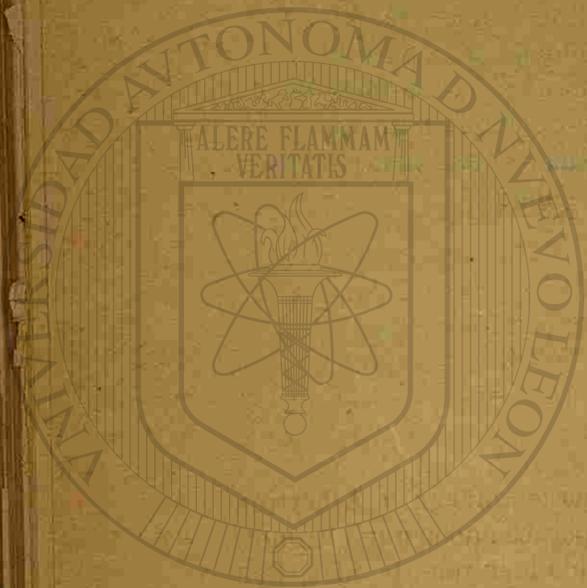
— Y en el *Tribunal d'Assises*.

— Si el presidente te deja hablar....

— No siempre me lo impedirá.

— Es posible; pero ¿ crees tú que pueden hacer mella en una gran señora como la Duquesa calumnias lanzadas por una criatura de tu condición? Yo, en tu lugar, en vez de amenazar, tomaría una actitud más humilde. En vez de alardear de picardía, le confesaría al juez instructor mi complicidad en el asesinato....; pero sin dejar de hacer presente que te avasalló la influencia de Vignot, bajo cuyo absoluto dominio estás desde la infancia. Es un consejo de amigo el que te doy. Créeme; es el mejor partido que puedes tomar. Tu arrepentimiento y tu juventud te conquistarán circunstancias atenuantes. De lo contrario, puedes estar segura del resultado: reclusión perpetua,

lo cual no puede ser más duro á tus años. Hemos llegado: ya conoces la casa. Vamos á entrar en la oficina de la prevención.... — una simple formalidad.... Después te conduciré al depósito, donde haré que te dispongan una buena celdita, en la cual podrás reflexionar á tus anchas.



XXXVII.

Merle no había engañado á Albertina diciéndole que esperaba encontrar á Vignot. Se le había ocurrido la siguiente idea. Fué sin perder tiempo á casa de Jorge Fontaine, y después de participarle la prisión, le dijo:

—Necesito saber cómo Albertina pudo entrar en casa de la señora Duquesa en calidad de doncella, y quién la recomendó y dió buenos informes.

—Esa pregunta no me sorprende; se la había hecho yo ya á la Duquesa: me dijo que la recibió por recomendación de su mayordomo, antiguo servidor de la casa.

— ¡Y cómo la conoció éste?

— Eso lo ignoro.

— ¿Puedo yo hablar inmediatamente con él?

— Nada más fácil: acompáñeme V. al hotel de Limours.

El mayordomo contestó con precisión á todas las preguntas que se le hicieron.

— Me relacioné, hará como un mes, con un hombre de venerable aspecto, que me hizo algunos servicios, en cambio de los cuales me pidió el favor de colocar en una casa buena á cierta muchacha que él protegía, y yo la traje aquí.

— ¿Dónde conoció V. al hombre respetable de quien habla?

— En el parque Monceau, donde nos encontrábamos todos los días.

— ¿Sabe V. su habitación?

— Sí, señor; calle de Nápoles.... Le he hecho varias visitas.... Ahora mismo vengo de allí.

— ¡Cómo!.... ¿Qué dice V.?

— En cuanto he sabido el disgusto que mi protegida ha ocasionado á la señora Duquesa, fui á quejarme al recomendante, y....

— ¡Bien! ¡Puede V. estar satisfecho!

¡Buena la ha hecho V.! — gritó Merle furioso.

Despidió al viejo, y solo con Jorge Fontaine, prosiguió:

— ¿Ha oído V.? Sin duda, el *venerable anciano* es Pedro Vignot.... Calle de Nápoles, una de las que yo he visitado; pero que no he podido recorrer enteramente aún. Sin la visita de ese imbécil, habríamos copado á nuestro hombre.... Pero corramos; quizá lo encontremos aún.

De pronto se detuvo.

— No puede escapárseme (añadió). Es la segunda vez que un pensamiento me asalta, y debe ser bueno. Razonemos.... ¿Por qué ha hecho entrar á su querida Albertina en el hotel? ¿Por sustraerla á las pesquisas de la policía? No. Hubiera estado tan segura ó más, oculta en su casa de la calle de Nápoles. Debía tener otro objeto; algún plan concebido desde largo tiempo ha, y puesto por obra ahora. Cuando en otro tiempo le prendí en esta misma casa, intenté registrar de arriba abajo sus habitaciones, y no me dejaron. El príncipe Polkine había sido robado por su secretario Vignot; el antiguo falsificador había estafado con le-

tras falsas dos millones en varias grandes casas de banca de París. ¿Qué ha sido de aquel dinero? El Príncipe, por razones particulares, por temor al escándalo, no formuló ninguna queja. Yo capturé á Vignot como prófugo, no como ladrón. Nos importa saber si los millones están todavía en el hotel. V. me ha dicho que Albertina estaba escondida en el estudio de la señora Duquesa; ¿no es eso?

— Sí.

— ¿En qué piso está situada esa dependencia?

— En el segundo.

— Precisamente.... El segundo ocupaba el secretario del Príncipe, y se habrán servido de esa habitación para hacer el taller de pintura.

— Es probable.

— Pues bien: yo tengo para mí que, buscando, debe encontrarse un tesoro en aquellos rincones; quisiera asegurarme, por interés de nuestro asunto. Si los millones están en el hotel, ahí es donde Vignot irá á hacerse prender.... ¿Me permitirá la señora Duquesa visitar su estudio?

— Voy á preguntárselo. Espéreme V.

XXXVIII.

La duquesa de Limours se apresuró á conceder á Merle la autorización que pedía, y ella misma deseó saber si, en efecto, había sido durante muchos años la depositaria de dos millones, la inconsciente guardadora del tesoro. Curiosa, además, por conocer al agente de policía de quien tales prodigios de habilidad y destreza se contaban, resolvió asistir al registro.

Ya en el estudio, Merle, sin pedir indicación de ningún género, se puso á registrar las paredes, golpeando con los nudillos los

tapices que las cubrían. Cuando llegó al sitio en que Albertina se había escondido, exclamó:

— Aquí hay un hueco.

— En efecto (dijo la Duquesa); ese tapiz oculta un gabinete.

— Sí; en otro tiempo formaba parte de las habitaciones de Pedro Vignot. ¿Puedo registrarlo á mi gusto?

— Sí, señor.

Después de algunos momentos de examen, notó desgarrado el papel en un rincón. Se aproximó: la desgarradura parecía reciente.

— Bien (pensó); Albertina comenzaba su operación cuando fué interrumpida.

Golpeó los ladrillos descubiertos, y notando que nada los unía entre sí, metió la hoja de una navajilla entre dos de ellos, y quitó uno: los otros cayeron por sí mismos, y aparecieron cuatro paquetes. Deshizo uno: contenía un grueso legajo de billetes de Banco perfectamente conservados; los otros tres eran del mismo volumen, y debían contener igual cantidad; quinientos mil francos cada uno.

Cargado con los cuatro paquetes, salió

al estudio, y dijo á la Duquesa y á Jorge:

— He aquí los dos millones.

— Verdaderamente es maravilloso; ¿cómo ha conseguido V. descubrir eso?— exclamó admirada la Duquesa.

— Señora Duquesa, conociendo la índole de Albertina, había de suponer que tenía muy buenas razones para penetrar en el hotel y esconderse en ese gabinete.

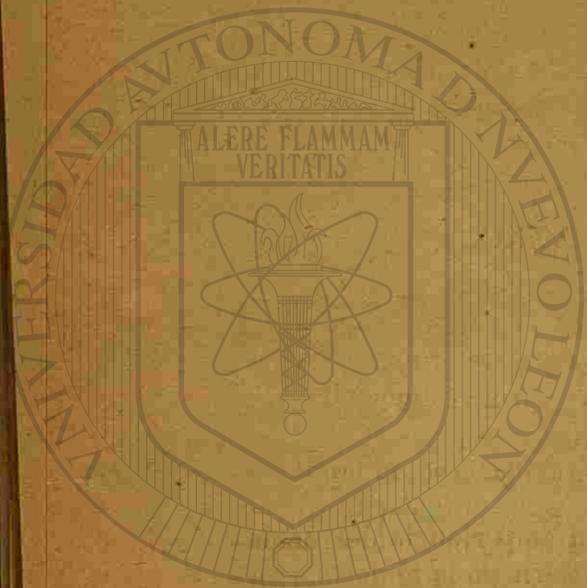
— Le felicito por su extraña habilidad; pero ¿qué haremos de ese dinero? No es mío; pertenece al antiguo propietario, el príncipe Polkine.

— ¿Quiere V. guardarlo por lo pronto, y dejarme concluir mis investigaciones? Porque temo ser depositario de tan gran cantidad.

— Creo que puede confiársele sin temor de ningún género. Y ciertamente no sé qué admirar más en V.; si su inteligencia, ó su honradez.

— Mi inteligencia, señora Duquesa (repuso Merle), es el resultado de la práctica; y en cuanto á la otra, es natural que no presumo de ella.

Y dicho esto, con el permiso de la Duquesa, se retiró.



XXXIX.

Á pesar de la importancia del descubrimiento, para Merle no la tenía sino porque eso le daba la casi seguridad de prender á Vignot. Indudablemente volvería por su tesoro. Y no se engañaba; por espacio de muchos años, el amante de Albertina no abrigaba más que un pensamiento: apoderarse de los dos millones y procurarse todas las satisfacciones que debían ofrecerle. Esta idea fija le habían ayudado á soportar las miserias del presidio, á arrostrar los peligros de la evasión. No podía renun-

ciar á las ventajas y placeres con que le brindaba la posesión de aquella suma. Por otra parte, él sólo sabía que Albertina había sido despedida del hotel, pero ignoraba su prisión. La esperaba, seguro de que había de buscarle, y de que, si no estaba ya con él, era sin duda por exceso de prudencia, por no exponerse á delatar el sitio de su último refugio.

Además, tenía previsto un posible fracaso, y dispuesto lo oportuno para obrar por sí mismo.

Después de tres días de ausencia, pasados en otro barrio de París, como atraído por un imán, Vignot fué á rondar los alrededores del hotel, y se instaló en el café en que Merle había acechado la salida de Albertina. Esperaba encontrar á ciertas horas á un lacayo de los Limours, gran jugador y en extremo amante de las mujeres y del vino, con quien estaba relacionado desde tiempo atrás. Se había propuesto llevarse una tarde á una habitación convenientemente preparada, y hacerle jugar y beber hasta emborracharle; despojarle entonces de su librea, y, disfrazado con ella, entrar en el hotel de los Duques. El plan era

atrevido y de ejecución difícil; pero su idea fija no le dejaba punto de reposo, y resolvió llegar pronto al fin, ignorante, además, del regreso de Merle y de sus descubrimientos.

Todo se ofreció favorable á sus deseos: el lacayo se dejó llevar, emborrachar y desnudar. Vignot consiguió entrar en el hotel, y á eso de las dos de la madrugada se deslizó por la escalera de servicio y llegó á la parte del edificio ocupado por los señores, hasta la misma puerta del estudio. Pero en el momento en que trataba de abrir, se lanzaron sobre él dos hombres que ocultaban los tapices, y le sujetaron los brazos á la espalda.

Al propio tiempo Merle se aproximó, y le dijo:

—Es inútil entrar, mi querido Vignot; los millones ya no están: han ingresado esta mañana en la Caja de Depósitos. Vámonos; en marcha, y nada de resistencia, ó te trataré como mereces, levantándote la tapa de los sesos.

Vignot se dejó conducir como Albertina se había dejado prender; sin defenderse, sin protestar: Merle le aterraba también á él.

En el camino, el inspector de policía le dijo:

—Hubiera podido prenderte esta tarde en la casa á que has conducido al imbécil con cuyas ropas te has disfrazado; pero me pareció más notable cogerte con tu nuevo disfraz, en el mismo sitio donde te prendí otra vez.

—¿Y Albertina? — preguntó Vignot.

—En Saint-Lazare.

—¿De qué la acusan?

—Del mismo crimen que á ti: del asesinato de la señora Vivian.

—No somos culpables.

—Eso se lo contarás al Juez instructor. Y, mira, puede que no le haga demasiada gracia.

XL.

Hay criminales de audacia verdaderamente inaudita, que hacen del crimen el objeto de su vida; pero que inmediatamente después de cometerle pierden toda la energía, y se entregan sin resistencia á la justicia el día que son descubiertos y presos. Antes del crimen, todo es ánimo, esperanza de satisfacer sus malas pasiones; después, el temor al castigo que les amenaza, el ardiente propósito de escapar á la acción de la justicia, de aprovecharse del fruto de sus crímenes, de vivir y gozar, en fin, les

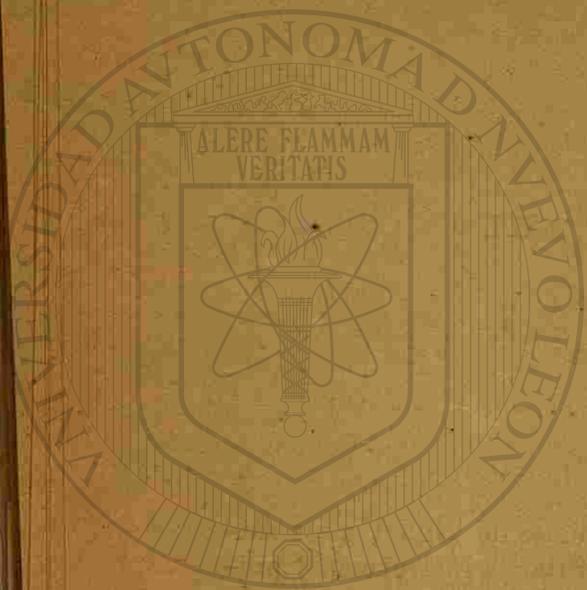
sostiene y les comunica un valor ficticio; pero en el aislamiento de la celda, todo desaparece á la vez: valor, habilidad, audacia. El Juez instructor apresta sus mejores armas para luchar con un enemigo poderoso, que no obstante se rinde á los primeros golpes.

Tal era el estado de Pedro Vignot. Aunque abatido más que por hallarse preso y por los horrores de la cárcel, porque la ilusión de toda su vida, sus millones, se le escapaban; por amor propio y por instinto organizó su defensa en los siguientes términos: « Me llamo Pedro Vignot, y pertenezco á la justicia como forzado; pero ignoro lo que Vds. quieren decir cuando me hablan de ese Bertin, testigo en un asunto que me es desconocido absolutamente. »

Mas, si no había desempeñado el papel de Bertin, ¿en qué se había ocupado desde su fuga del presidio? ¿bajo qué nombre se encubrió? ¿dónde había vivido? Y Albertina Jeanrond, su querida, ¿podía negar haberse llamado Aurelia y haber sido la doncella de la señora Vivian? Las pruebas surgían en abundancia y se acumulaban en su contra:

Fatigado ya, aburrido de la vida celular, y deseoso de encontrarse de nuevo con sus antiguos camaradas de presidio, emprendiendo de nuevo el viaje á Caledonia á costa del Estado y con el indudable propósito de escaparse otra vez, concluyó por declarar. ¿Qué le importaba una nueva condena?

Pero por reincidencia y como forzado, ¿no le aplicarían la pena de muerte? No; se defendería, alegando que entró en casa de la señora Vivian con ánimo de robarla; pero no de matarla. Que, despertada por el ruido, se armó de un puñal, le acometió, y para no morir, solo para defenderse, hubo de luchar con ella, se acaloró y la mató. Habría que creerle: el puñal, por otra parte, había sido hallado en casa de la víctima, y le pertenecía sin duda. Y en caso de que le condenaran á muerte por no admitir circunstancias atenuantes de impremeditación, ¿no podría esperar indulto?



XLI.

Las declaraciones de Vignot y de Aurelia debían facilitar la instrucción y precipitar los acontecimientos.

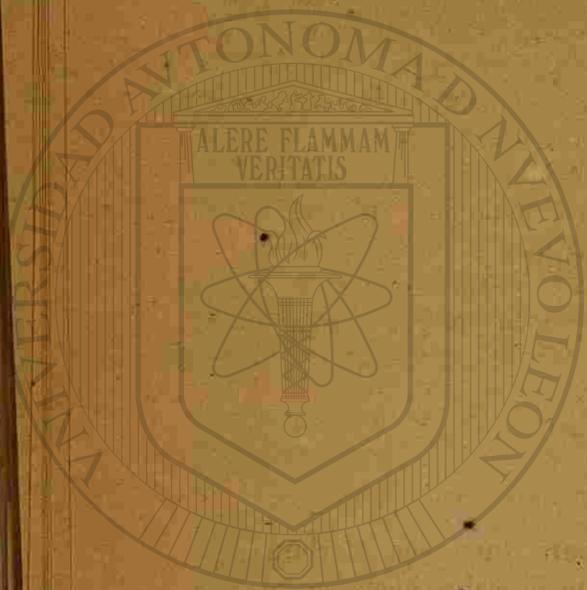
A mediados de Febrero, M. Morlain compareció por segunda vez ante el *Tribunal d' Assises*; pero, en lugar de atacarle, hizo el fiscal su apología, y le declaró inocente en nombre de la justicia, manifestando su disgusto por un error que podía haber tenido fatales consecuencias. Tocó con gran tiento el incidente que había provocado una nueva instrucción; dejó entre-

ver que, sospechando la señorita Fontaine de los verdaderos culpables, había expuesto su honor por ganar tiempo. De la duquesa de Limours no hizo mención, y todo hace creer que el Juez instructor reservó el secreto de las revelaciones que esta señora le hizo.

Así planteada la cuestión, es fácil adivinar el resultado; se pronunció el fallo absolutorio entre calurosos y repetidos aplausos, que, no sólo no procuró reprimir el Presidente, sino que, según algunos periódicos aseguraron, inició por sí mismo.

En la misma sesión tuvo lugar la vista del proceso de Pedro Vignot y de Albertina Jeanrond, que por cierto no siguió los consejos de Merle. No trató de echar sobre su amante toda la responsabilidad del crimen; por el contrario, procuró que recayese sobre ella la mayor parte de la culpa. Pero Vignot hizo lo que ella había rehusado; declaró cómo la había conocido, niña aún, huérfana y abandonada; cómo la había perdido, envolviéndola en el torbellino de sus pasiones y de sus crímenes; puso de relieve la terrible influencia que ejercía

sobre ella, lo cual la impulsaba á obedecerle casi sin conciencia. Aquel sempiterno comediante tuvo verdaderas lágrimas para su querida, y con tal emoción la defendió, que nadie pudo dudar de la verdad de sus declaraciones. En vista de lo cual, el jurado sentenció con circunstancias atenuantes para los dos culpables, á Pedro Vignot á trabajos forzados á perpetuidad, y á Albertina Jeanrond á cinco años de reclusión.



XLII.

Diana de Limours tuvo con Morlain la conversación que deseaba hacía largo tiempo.

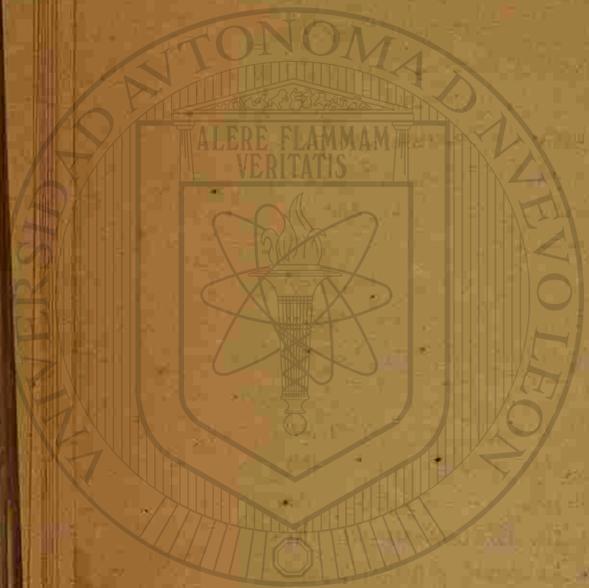
—Mientras estuvo V. preso (le dijo); mientras fué V. infeliz y estuvo sumido en la desgracia, debía callar, y callé. Le estimó en mucho, y hubiera sido punible en mí aumentarle el dolor y disminuirle el ánimo.... Hasta consentí que se le engañara en lo tocante al estado de mi corazón.... Podía creer que de nuevo le pertenecía.... Mas esto no era exacto.... Yo no siento, no

puedo sentir por V. más que una amistad muy tierna y muy sincera.... Uno y otro nos equivocamos de completa buena fe.... Yo me juzgué enamorada, y á su vez se creyó V. apasionado.... ¡Oh! No, amigo mío.... No pretenda revestir con falsos ropajes lo que es realmente cierto. Estoy segura de no engañarme.... ¿Sabe V. por qué? Se lo confieso francamente. Porque amo y soy amada de veras. Y le diré también por quién; pero no le acuse, amigo mío; no nos acuse. Él pretendió salvarle á toda costa, me buscó, y supo encontrarme.... Nos aliamos para probar su inocencia de V., y poco á poco, de esta íntima fusión de nuestros pensamientos, nació la de nuestros corazones.... Perdóneme, y perdóneme.... Consérvenos su amistad, que estimamos en mucho, y dé su amor á la única mujer que es acreedora de él, y que tal vez le poseía ya sin que V. mismo se diera cuenta de ello.... Pero no se precipite.... Acaso sospecharía que tan sólo la gratitud le animaba á pretender su mano.... Cuide mucho de no herirla en su exquisita delicadeza.... Siga V. siendo lo que era para ella, cuando creía amarme.... su hermano.... Esto no le costará trabajo, porque aún no está

curado completamente de lo que imaginó que era amor por mí.... Pero más adelante, cuando ella confie del todo en V., cuando ni una nubecilla empañe su esperanza, ámela con toda su alma, como la hubiese amado hace mucho tiempo, si yo no me hubiera interpuesto en su camino.... Con ella será V. dichosísimo toda la vida, porque es una criatura adorable.... Y ahora, por V., por mí, por otro, y por ella, separémonos *amigo mío*, y séalo mucho, porque en muchísimo le tengo.

Así habló la que llamamos *una loca de amor*, porque, á nuestro juicio, la locura de este género es pasajera y no excluye ni la razón ni la prudencia. El corazón de la mujer que siente así late con fuerza; sus sentidos están sobrecitados, pero la razón subsiste lúcida, la cabeza no se interesa para nada. Ama cual una *loca*; pero razona como la mujer más prudente, á menos que los celos ó el abandono la atormenten hasta ofuscarle el cerebro.

Y Diana, ¿por qué había de sufrir si Jorge la adoraba y la adoraría siempre?



X LIII.

El príncipe Polkine, á quien se avisó que en su antiguo hotel se había encontrado una gruesa suma, reconoció que dos millones de que se trataba le pertenecían y le fueron robados por su ex-secretario. Pero al propio tiempo, en honor de la justicia, los dividió en la forma siguiente: dos terceras partes les fueron donadas á los hospicios de París, y la otra al *inventor* del tesoro. (Esta es la palabra técnica.)

Merle, propietario ya, dejó el servicio de la policía, y se retiró á vivir de sus rentas.

De vez en cuando se le ve en Monte-Carlo, sentado delante de la mesa de ruleta. Sigue jugando al 32...., pero el cero quiebra con harta frecuencia su juego. Su monomanía le cuesta algo cara: una docena de miles de francos todos los años. Pero como asciende á veinticinco mil lo que le produce su capital, y sus necesidades son tan escasas, apenas podría gastar la mitad de sus rentas si no tuviera un vicio.... y un número que le ayudaran.

La Culebra quedó por algún tiempo enroscada y mortecina en su madriguera. Es decir, en la casa central de corrección, sita en Clermont.

FIN.

